Cetys Universidad

Cuaderno azul

Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

Joel Flores
(Antologador)

Ilustraciones de
Ana Jiménez

Cuaderno azul

Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

Centro de Enseñanza Técnica y Superior
Programa Editorial del Cetys Universidad

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

Ing. Sergio Rebollar McDonoug
Vicerrector de Operación

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Jéssica Ibarra Ramonet
Directora Zona Costa
Pablo Antonio Muradás
Director de Vida Estudiantil, Campus Tijuana
Yvonne Arballo
Coordinadora de Difusión Cultural, Campus Tijuana

Cuaderno azul

Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

Joel Flores
(antologador)

Ilustraciones de Ana Jiménez

PQ 7298 .13 C48 C83 2017

Cuaderno azul : antología del seminario de creación literaria del Cetys Universidad / coord. Joel Flores.— Mexicali : Instituto Educativo del Noroeste, A.C., 2017

210 p. ; 21 cm.

Incluye índice

ISBN: 978-607-97452-3-3

1. Literatura mexicana – Siglo XXI

RmR/Del 210915

Cuaderno azul. Antología de cuento
del Seminario de Creación Literaria del Cetys Universidad

D. R. © Programa Editorial del Cetys Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada Cetys, colonia Rivera s/n, Mexicali, Baja California,
C.P. 22159. Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, Mexicali, Baja California, 2017.

ISBN: 978-607-97452-3-3

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza
Ilustración de interiores y cubierta: Ana Jiménez
Concepto editorial: Joel Flores

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del Cetys Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

Viajar de nuevo en bicicleta 9
Joel Flores

Ojos arrepentidos, ojos perdonados 15
Rogelio García

Desde abajo 39
Aka Manah 49
Mack Robles

Besos rojos 59
Mariana Bolaños

Lucanor para pubertos 87
Víctor Bocanegra

Zehn kleinkinder 97
Carolina Herrera Hernández

Matices familiares 117
Adriana Morga

Mike la tortuga 131
Jesus Daniel Lerma

Los peligros del encierro 145
Cinthya Meza

San Angel Inn 157
Jorge M. Durazo

El expendio de la fe 175
Y. V. Arballo

Mi hermano Paco 183
Flor Cervantes

Los autores 197

Viajar de nuevo en bicicleta

Cuando uno viaja su mejor acompañante es la memoria. Gracias a ella, al terminar el viaje, existe el verbo rememorar, es decir, traer al momento los sucesos que se vivieron en el pasado lejano o inmediato. Leer también es viajar: los protagonistas de cualquier libro siempre inician un viaje psicológico, de intriga o de aventura para encontrar la razón de su existencia. Lo dijo Kavafis en su poema donde habla del periplo y de retardar el regreso a casa como una de las maneras más idóneas para adquirir conocimiento: "Cuando emprendas tu viaje a Ítaca / pide que el camino sea largo, / lleno de aventuras, lleno de experiencias". Entre más viajamos, más se amplía nuestro mundo, en mejores seres humamos podemos convertimos; aprendemos del otro, su cultura, sus tradiciones y entendemos que nuestra región, nuestra identidad e ideología no es única en el mundo. Somos parte apenas de un vasto terreno.

Escribir ficción, sin duda alguna, también es viajar pero en bicicleta: en esa empresa el iniciar es

complicado, pero conforme se practica se perfecciona la conducción; se traza una trama con palabras buscando dominar un vehículo aparentemente austero, que se equipa conforme se usa hasta hacerlo ágil y persuasivo. El cuento es un viaje corto pero a gran velocidad en una sola pista, bosque, parque, calle o avenida; la novela, en cambio, es recorrer una ciudad en varios viajes. Para aprender a conducir una bicicleta, se deben leer ciertos manuales: travesías que otros aventureros han hecho con el deseo de mostrar lo que vieron y vivieron a los otros, los que no se atreven a agarrar una bicicleta o los que ya están montados en ella y quieren llegar muy lejos.

En este *Cuaderno azul* volvemos a viajar pero esta vez 11 veces y de la mano de 11 distintos conductores. Siete pertenecen al Seminario de Creación Literaria y tres más fueron elegidos gracias al "Primer Concurso de Cuento Francisco Cabrera Tapia": primer lugar y dos menciones honoríficas. El lector en el mismo libro se dará cuenta de quiénes son. Cada una de las piezas narrativas aquí presentes es auténtica a su modo y explora desde una mirada narrativa los grandes relatos del hombre, pues al abrir estas páginas el lector encuentra historias fantasmales ambientadas durante la Revolución Mexicana, donde los seres humanos se quedan anclados entre muros hechos por vivos y muertos como si pagaran una condena o la alta traición ("Ojos arrepentidos, ojos perdonados", de Rogelio García); así como paseos por el inframundo de la mano de un Virgilio sarcástico, irónico y jocoso, que nos explica que la tierra de los vivos

no es muy distinta al infierno ("Desde abajo", de Mack Robles); o los terribles pasillos de la muerte en campos de concentración Nazi, donde se efectúan experimentos atroces con infantes ("Zhen Kleinkinder", de Carolina Herrera); y el diálogo entre mafiosos de cuello blanco al repartirse el erario público de un país donde peculado e impunidad son sinónimos de funcionarios públicos, dependencias de gobierno y sus triquiñuelas ("San Angel Inn", de Jorge M. Durazo).

Como punto intermedio en el *Cuaderno azul* también hay viajes en bicicleta que rescatan el amor y la desazón de las familias disfuncionales a causa de los bajos recursos, el sueño americano, el divorcio o la separación de los papás; todo ello narrado desde la capacidad de asombro infantil de las niñas que creen en la esperanza, la vocación artística, la hermandad y el cariño como tablas de salvación. En "Besos rojos", de Mariana Bolaños, está la lucha constante de una adolescente por vencer una enfermedad inexplicable que le impide ir a la secundaria, relacionarse con el chico que le gusta y vivir la mejor época de su vida, la adolescencia; en "Matices familiares", de Adriana Morga, un niño desea ser pintor y se obliga a crear, como si fuera su obra maestra, el cuadro familiar de la vida que siempre deseó tener; en "Mike la tortuga", de Jesús Daniel Lerma, presenciamos el tema de la adopción y reintegración de los infantes a un hogar, pero desde la alegoría de lo maravilloso (una de las ramificaciones del género fantástico), donde los animales tienen los mismos problemas y roles que los

humanos; en "Mi hermano Paco", de Flor Cervantes, la protagonista nos enseña que la hermandad y la amistad son la válvula de escape cuando se es hija de un matrimonio roto por el sueño americano y cuando se sufre la constante agresión de sus compañeros de primaria y el acoso de un tío alcohólico.

No tan alejada de este camino está Cinthya Meza en "Los peligros del encierro", cuento que además se abre camino en el terreno de lo erótico pero desde la mirada infantil, pues nos narra la historia de una niña que, hija de una madre que sobrelleva el duelo del divorcio, se la pasa el día entero detrás de las rejas de su casa, sin conocer los peligros que hay en las calles y las maneras soterradas que la llevarán a descubrir su feminidad de la mano de personas no deseadas. En el mismo sendero de lo erótico pero retomando la sátira con el lenguaje de la fábula, está "Lucanor para pubertos", de Víctor Bocanegra, cuento que ofrece los sinsabores de un estudiante de la licenciatura en Letras que se hermana con Mefistófeles para lograr encamarse a sus condiscípulas y lo que consigue es una trampa que bien podría resumirse en un dicho callejero: "el que con el diablo se mete, no sabe con quién se compromete".

Para el final, luego de estos largos, cortos pero amenos recorridos en un tándem con varios pasajeros, dejamos un cuento que rescata uno de los temas más antiquísimos de la literatura y que es un aliciente para las nuevas generaciones: la creencia y la esperanza. Es "El expendio de la fe", de Y. V. Arballo un regalo para el

lector por habernos acompañado (no sólo en este cuaderno, sino también en el amarillo) en nuestros múltiples viajes sobre ruedas. No me queda más que agradecer a los autores, a los participantes del concurso de cuento, a los estudiantes del Seminario de Creación Literaria y al equipo editorial de Cetys Universidad por su trabajo. Como editor y creador de este proyecto fue un placer compartir vehículo con ustedes. Wittgenstein decía: "los límites de mi lenguaje significan los límites de mi pensamiento". También pudo haber dicho: "los límites de mi bicicleta significan los límites de mi recorrido por el mundo".

Joel Flores
Tijuana, 30 de enero de 2017

Ojos arrepentidos, ojos perdonados

Rogelio García

Libros, son libros en un librero enorme. ¿Dónde estoy? Volteo al gran ventanal detrás de mí. Es de noche, sólo alcanzo a ver siluetas de árboles cuando relámpagos los iluminan, más allá... sólo oscuridad.

Con la poca luz que entra por el ventanal y la de los candelabros, puedo ver que estoy en una oficina o estudio. Hay un escritorio ostentoso que al parecer pertenece a alguien muy ocupado.

Estoy parado en un fino tapete de flores, al que alguien derramó vino, o es… sangre. La mancha proviene debajo del escritorio, me agacho lenta y temerosamente, sólo para asustarme al ver a un hombre sin vida, de unos treinta a cuarenta años de edad con los ojos abiertos y una expresión casi de arrepentimiento. Qué impresión.

No alcanzo a ver de dónde proviene la sangre; pero si alguien lo asesinó, y yo intervine de algún modo, tal vez recibí un golpe del atacante, eso explicaría mi pérdida de memoria. ¡Eso es! Tengo que pedir ayuda… Pero ¿y si yo lo maté?

En esta oficina deben existir pistas sobre quién es ese hombre o de quién soy. Un torrente de preguntas me inundan repentinamente mientras reviso papeles, notas, libros, recibos. Tantas preguntas me aturden que no me dejan entender lo que veo. De pronto, de la nada escucho:

—Dicen que por tus amores...

¿Qué fue eso?

—Un mal me van a seguir…

Una niña, cantando.

Me acerco a la puerta, la abro un poco y me asomo para ver si veo a alguien, pero sólo veo un largo pasillo vacío y poco iluminado del interior de lo que parece ser una ostentosa hacienda.

—No le hace que sean el diablo...

Camino lentamente hacia el centro del pasillo y al fondo veo la luz que entra por la ventana que contrasta con la oscuridad del interior.

Entre la oscuridad que rodea la ventana y la iluminación que proviene del quinqué que está sobre un estante en el pasillo, de reojo veo una masa oscura de humo creciendo y moviéndose sin prisa como tinta en agua. Cuando la miro, desaparece por completo.

—Yo también me sé morir… —me da un susto escalofriante al escuchar eso justo detrás de mí, pero guardo mi compostura. De inmediato volteo y veo a la niña; de unos siete años, morenita, con trenzas y vestido blanco con olanes; probablemente la hija de alguna de las criadas del lugar. Me mira con asombro, curiosidad y a la vez, por su mirada, siento que me conoce.

—Pensé que eras Mateo —me dice.

—¿Mateo? —le contesto.

—Sí, el joven Mateo, pero no, usted es el señor de la casa.

—¿El señor de la casa? ¿Sabes cuál es mi nombre?

—¡Ay, qué preguntón! ¿Y cómo no sabe su nombre? Mejor sígame, yo le enseño.

La niña me guía a través de esta majestuosa hacienda, claramente de una familia muy bien posicionada.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Me llamo Valentina. Como la canción.

Curiosamente recuerdo la canción…

—¿Y tu madre, dónde está?

—No sé.

Se detiene y me voltea a ver con tristeza.

—No recuerdo, sólo sé que no está aquí, Mateo tampoco sabe y los demás no me hacen caso.

—¿Los demás no te hacen caso?

—No. Venga.

Seguimos caminando hasta llegar a un cuarto redondo y enorme, rodeado por columnas, con un domo de cristal por techo, en el centro una sala y en un extremo una gran chimenea.

—Ahí está, ¿ve? Ése es usted.

La niña me apunta hacia arriba de la chimenea y a los costados se encuentran dos grandes retratos, con su mano apunta al de la izquierda.

Me acerco con curiosidad, veo que es una pintura al óleo, de alta calidad con un hombre posado de manera

elegante de unos treinta a cuarenta años de edad. Se parece mucho al hombre debajo del escritorio…

—¡Niña! ¿Dónde hay un espejo?

—Los espejos, los espejos no sirven.

Pobre niña, la asusté...

—¿Cómo que no sirven?

—Todos los espejos de la casa están descompuestos —me asegura.

No entiendo.

—Bueno, regresemos al pasillo donde me encontraste —le digo.

Justo antes de llegar, veo un espejo enmarcado en la pared, lo tomo, pero por más que intento no puedo ver mi reflejo, ni el de la niña.

—Ve, se lo dije. No sirven.

Enfocados en el espejo, me empiezan a surgir sentimientos de angustia, desesperación, tristeza, miedo, cada vez más intensos, terror… siento que voy a desmayar, todo se oscurece…

—¡Déjalo! —escucho a la niña gritar.

Volteo y alcanzo a percibir algo como lo que vi en el pasillo justo antes de encontrar a la niña; una masa oscura de humo y en una fracción de segundo desaparece.

—¿Qué fue eso? —le pregunto a la chiquilla.

—Debe tener mucho cuidado con las Sombras. Cuando uno está concentrado en algo, llegan por detrás y se aprovechan para querer llevárselo, basta con voltear a verlas directamente y desaparecen, bueno, sólo si son de las chiquitas. Hay unas grandotas que…

Y como borrón de pizarra, la niña desaparece frente a mis ojos.

—¡Valentina! ¡Niña! ¡Valentina! —grito desesperado.

Quisiera despertar y que todo esto sea un sueño horrible, pero no... Sigo aquí. Y tengo pavor de entrar a esa oficina de nuevo para confirmar la identidad del cadáver.

Mientras camino hacia la puerta, me llena de terror admitir lo que siento en el fondo de mi conciencia. Cuando veo debajo de ese escritorio otra vez, ya no hay nada, ni rastro alguno del cadáver.

Reviso con más calma los documentos sobre el escritorio, hay varias cartas dirigidas a un Belisario Estrada Parrales, ¿acaso éste es mi nombre?

No puedo evitar regresar a ver el retrato, definitivamente creo que es el hombre del escritorio. Mientras lo contemplo, trato de recordar algo, lo que sea. Escucho sollozos detrás de mí en el centro de aquel cuarto redondo ligeramente iluminado. Ha parado de llover, el brillo de la luna entra por el domo, ilumina la silueta de alguien que está sentado en un gran sillón y completamente tapado en tela negra, sollozando de la manera más inconsolable y libre de esperanza alguna.

Con todas las cosas que he presenciado, no puedo negar que siento miedo. Al acercarme lentamente, veo que es una dama de luto, con un velo negro cubriendo su cabeza entera. Sus sollozos cortan mi alma como el machete corta la caña. Es insoportable. Pero, poco a poco no puedo evitar sentir lástima por esa pobre mujer sentada ahí completamente sola.

—Disculpe usted —digo con delicadeza, pero no hay respuesta.

—¿Dama? —digo más fuerte y obtengo el mismo resultado.

—¡Buenas noches! —exclamo casi sin gritar y la mujer no reacciona.

Me acerco más, me agacho a un costado del sillón y observo su perfil: tiene los párpados entrecerrados, de sus manos cuelga un rosario y como si sus lágrimas fueran su único consuelo, acarician constantemente su rostro. Ese aroma...

De pronto me deslumbran recuerdos fragmentados, como escenas de una obra de teatro; su aroma, su risa, nuestra boda, sus caricias, mi desprecio, su soledad...

No recuerdo mucho, sé que fue un matrimonio arreglado, la quería bastante, pero sólo como una pariente más; nunca la amé. Sin embargo, hasta donde sé, ella sí me amó con todo su corazón.

Belén Rivera de Estrada, mi señora esposa. Su cuadro al lado del mío sobre la chimenea lo confirma.

Me acerco con intención de acariciar su mejilla y, justo antes de tocarla, abre los ojos como si me hubiera presentido.

—Yo no haría eso, señor —escucho la voz de un joven y no veo a nadie.

—¿Quién anda ahí? —pregunto algo atemorizado.

—Yo, señor. ¿Sabe quién soy?

—¿Mateo? —le respondo adivinando.

—¡Sí! ¿Me recuerda?

—La verdad no, sólo asumí que eras Mateo, la niña mencionó a un joven llamado así.

—Valentina —me afirma.

—Así es.

Mateo se acerca a lo iluminado y, por lo que puedo ver, es un joven hecho en el campo.

—¿Qué es lo que sucede aquí, Mateo?

—Estamos muertos —me contesta.

—Creo que eso ya lo pude deducir, pero ¿qué es este lugar? ¿Por qué no puedo recordar casi nada? ¿Por qué aparecen y desaparecen las personas? ¿Sabes quién soy?

—Estoy en las mismas, señor. Tal vez juntos podríamos averiguar lo que pasa aquí. Pero antes déjeme compartirle algo muy importante.

Mientras lo sigo, echo un vistazo hacia atrás, pobre Belén... inconsolable.

Mateo me lleva a otra parte de la casa donde se encuentra un gran reloj en la pared, no cualquier reloj, sino uno de esos muy costosos, llenos de adornos y que, además de la hora, marcan la fecha.

—Si por alguna razón llegáramos a perdernos, éste es un buen lugar para encontrarnos. Mire, aquí el tiempo sucede en desorden.

—¿De qué hablas Mateo?

—Por eso es muy importante el reloj, sólo basta con concentrarse en fecha y hora para desplazarse a ese tiempo, en realidad no es necesario el reloj, pero ayuda a visualizar el acto. Verá, aquí el tiempo es como una corriente marina, si dejamos que nos arrastre nos puede

llevar en diferentes direcciones, pero podemos superarla nadando, para ir en la dirección deseada.

—Mateo, esto suena a locura.

—Usted mencionó que las personas desaparecen; esto lo explica: en realidad no desaparecen ni aparecen, sino que usted se mueve a través del tiempo, arrastrado por la corriente, digamos, y de pronto usted ya no las puede ver. También pasa con objetos que son movidos de lugar, o cuando de repente es de día, cuando hace unos segundos era de noche. Aunque, los días aquí son más oscuros de lo que recuerdo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Eso ahora no importa, en cualquier momento nos podemos desfasar. Una de la mañana, 14 de enero de 1909, recuerde esa fecha. Si me llega a perder de vista, lo que tiene que hacer es pararse frente al reloj y visualizar esa fecha. El reloj no muestra los años, pero es importante que lo recuerde también.

—Creo que entiendo... ¿Por qué esa fecha en específico?

—Es la fecha más atrás a la que puedo regresar. Tal vez sea después del momento en que fallecí, ya que nunca me he visto por aquí, ni a usted. Lo que significa que usted y yo pudimos haber muerto al mismo tiempo o usted murió antes que yo. Bueno, ya que le dije la fecha déjeme advertirle sobre…

En un instante se hace de día, Mateo ya no está y escucho a alguien tocar la puerta. De pronto una dama casi se topa conmigo, es la criada que atiende la puerta.

—Señor inspector, pase usted.

—Acompáñeme, Rosario.

Los sigo hacia la sala que está al centro del cuarto redondo, veo a Belén de luto en su sillón, la criada Rosario toma asiento y... ¡Mateo!, está parado a su lado.

—Señor inspector, ¿acaso son necesarias más preguntas en estos momentos? —lo increpa Mateo—. Doña Belén está muy…

—Entiendo Mateo —lo interrumpe el inspector—, pero mientras más pase el tiempo, más difícil será resolver el caso.

—Doña Belén, tengo entendido que usted recientemente se enteró del amorío que tenía su esposo con una de las criadas. Y que en la noche del crimen, corroborado por varios testigos, usted y su esposo tuvieron una calurosa discusión —indaga el inspector.

—Sí, confirmé el amorío de mi esposo recientemente —responde Belén molesta—, pero eso fue un secreto a voces por años y la discusión que tuve con mi esposo no fue en respuesta a esa revelación.

—También, tengo entendido que usted quería abandonar a su esposo, pero sin medios económicos le sería muy difícil, aunque una herencia resolvería ese problema...

—¡Juan! ¿Cómo te atreves? Esos son rumores, ¡habladurías! —contesta Belén enfurecida, con lágrimas todavía en sus ojos.

Veo que el inspector se hinca en una rodilla, le toma la mano y le dice:

—Discúlpeme, Belén, mi intención no es ofenderla. Entienda por favor que para llevar a cabo una investigación adecuada tengo que descartar todas las posibilidades que carezcan de verdad, después de todo, don Belisario era mi compadre y si algo le debo es mi objetividad profesional, especialmente en estos momentos.

Belén sólo quita la mano ajena lentamente de sí y voltea su cara con desdén.

—Bien, continuemos. Rosario. Es bien sabido que usted no veía con buenos ojos al señor de la casa, lo veía como un vil cacique, prepotente, despectivo y sin corazón. La demás servidumbre también afirma que usted le guardaba mucho rencor al culparlo por la muerte de su hermana y hasta por el accidente de su sobrina.

—¡Y se lo sigo guardando! —contesta Rosario al borde del llanto —. Yo sólo sigo aquí por la seño Belén, que siempre nos trató como sus hijas desde que llegamos aquí. Pero ese señor siempre se salía con la suya, no era un hombre de dios, ¡ya era hora de que alguien le diera su merecido! Discúlpeme seño...

Y la pobre mujer rompe en llanto. No puedo evitar sentir lástima por ella y también culpa, aunque no sé qué fue lo que hice para merecer su odio. ¿Qué habrá pasado con su hermana y su sobrina?

Mientras Mateo la consuela, el inspector continúa:

—Precisamente ese alguien es el que me interesa. Joven Mateo, usted fue el que encontró el cuerpo. Bueno, eso es lo que dijo cuando alguien lo vio salir de la oficina de don Belisario. También es bien sabido que

usted le tiene mucho afecto a la señorita Rosario, pero el sentimiento no es mutuo. ¿Usted también compartía algunos de los sentimientos de ella sobre el señor de la casa? O tal vez pensó que hacer algo como esto ganaría la aprobación de la señorita.

—Inspector, yo no sería capaz de hacer algo así —responde Mateo a la acusación.

—Mateo, lo siento, pero le voy a pedir que me acompañe al resguardo municipal, para hacerle más preguntas.

De pronto todos desaparecen y me encuentro solo en otro tiempo. Debo compartir esto con Mateo. Aunque tengo mis reservas, él podría ser mi asesino; sin embargo, es la única persona con la que cuento.

Voy al reloj y me concentro en la fecha: una de la mañana, 14 de enero de 1909...

—¡Señor! —me recibe Mateo.

—Fue más sencillo de lo que creí. Debemos recorrer cada día a partir de nuestras muertes para averiguar más —le digo con entusiasmo.

—Lamentablemente eso no es posible, cada vez que nos desplazamos a propósito en el tiempo, nos debemos concentrar para permanecer en ese tiempo, esto ocasiona, digamos... ondas en el agua que atraen a las Sombras, como Valentina les dice.

—Sí, las he visto.

—Pero estas Sombras no son como las pequeñas que con sólo mirarlas desaparecen, sino que, aunque pienso que son ciegas, nuestra mirada es lo que las

atrae. Por eso debemos tener mucho cuidado cuando permanecemos en un tiempo determinado por nuestra voluntad.

—Mateo, ¿cómo sabes todo esto?

—Bueno, aparte de lo que me dijo Valentina, lo sé por mi abuela. Verá usted, mi abuela practicaba lo que ella llamaba proyección astral. Cuando era niño, me contaba que era capaz de expulsar el espíritu de su cuerpo y explorar precisamente este lugar o, como ella lo llamaba, el intermedio. Lo primero que vi cuando desperté aquí fue una proyección de mi abuela; lo único que le alcancé a escuchar fue mi nombre y eso me hizo recordar la parte de mi niñez que pasé con ella. Ciertas cosas pueden desencadenar nuestra memoria; por ejemplo, encontré una carta que le escribí a doña Belén, su contenido me hizo recordar cómo llegué a la hacienda. Resulta que mis padres, una familia adinerada, fueron asesinados por apoyar levantamientos liberales en el norte. Compañeros de la universidad me ayudaron a escapar lejos del conflicto y he trabajado en los campos de esta hacienda desde entonces.

—¿Sobrino, eh? Pues permíteme compartirte lo que averigüé.

Le cuento todo lo que presencié en el interrogatorio, incluso que el inspector piensa que él es un sospechoso.

—Según el inspector —repasa Mateo—, mi motivo para asesinarlo fue querer quedar bien con una señorita llamada Rosario. Ella, a su vez, lo culpa a usted por la muerte de su hermana y el accidente de su sobrina. Esto

puede ser una pista importante, tenemos que averiguar más. Se me ocurre una idea, pero es algo arriesgada.

—¿Qué se te ocurre, Mateo?

—Preguntarle —me responde.

—¿Acaso ella también está…?

—No, ella está viva —me interrumpe—. Pero así como mi abuela podía proyectarse al intermedio, nosotros podemos proyectarnos al otro lado. El peligro consiste en que esto ocasiona muchas ondas en el agua que atraerán a las sombras rápidamente.

—¿Qué pasa si nos atrapan?

—En realidad no sé, pero se siente horrible, como si uno empezara a dejar de existir; creo que se alimentan de nosotros.

—Sí, también lo he experimentado, es como el peor de los miedos.

—Por eso tenemos que ser muy rápidos —recomienda Mateo—. Son las dos y cuarto de la mañana, debe estar dormida y creo saber cuál es su habitación, vamos.

Entramos a una habitación típica de una criada, la mujer está dormida en la cama.

—Lo más probable es que se asuste mucho y eso puede ser peligroso para su salud. Mientras yo hago las preguntas, usted trate de alguna manera tranquilizarla por si se asusta. No tengo idea cómo, pero trataré de ser lo más sutil posible; tal vez crea que está soñando.

Mateo se posiciona a los pies de la cama, ve hacia la mujer, yo me pongo al costado derecho de ella como si

supiera lo que estoy haciendo. Mateo susurra su nombre un par de veces y la dama contesta entre dormida:

—¿Mateo?¿Eres tú, Mateo?

—Sí, Rosario, soy yo. Dime, ¿qué le pasó a tu hermana?

—¿Mateo? —dice la mujer al despertar.

Y, en cuanto abre los ojos, me ve y pega un grito espeluznante.

—¡Maldito, déjeme en paz!¡Todo es su culpa! Julia. ¡Por qué!

Julia…

De repente se abre la puerta y entra Belén, pero se paraliza al vernos. El cuarto empieza a oscurecerse.

—¡Vámonos! —dice Mateo— ¡No mire hacia atrás!

Me muevo lo más rápido posible sin ver la dirección, mientras, en mi cabeza, retumba el nombre de Julia.

Al escapar, un torbellino de memorias me envuelve. Julia, ¡Julia!

Recuerdo a Julia Bernal, mujer de belleza salvaje, astuta, divertida, independiente y terriblemente intimidante para muchos hombres, pero para mí... el amor de mi vida.

Cuando la empecé a pretender ella tenía novio, nada serio; aun así lo mandé a trabajar a otra hacienda. Poco después ella y yo nos enamoramos y quedó embarazada. Hasta donde puedo recordar, Julia siempre evadía el tema de quién era el padre de la niña. Temía que Belén la echara de la hacienda si la niña fuera mía, y temía a mis celos si resultaba ser de su exnovio.

Recuerdo seguido cuando le cantaba "La Valentina". Julia siempre me preguntaba con sarcasmo, ¿quién es ésa vieja? Pero no se aguantaba la sonrisa y, me premiaba con abrazos y caricias. Por eso nombró así a la niña y le enseñó a cantar la canción.

Sé que la niña murió, pero no recuerdo las circunstancias. Sólo que Julia estaba completamente devastada. Me pidió dejar a Belén para estar siempre juntos. Pero yo me negué; no podía hacerle eso a mi mujer. Si no fuera por ella y su familia, yo no tendría nada. Así que mi Julia, al no ver otra opción, se quitó la vida colgándose de un árbol… Ahora entiendo a Rosario.

En ruta al reloj, veo a Mateo sentado en la sala.

—Mateo, gracias a Rosario, pude recordar más sobre mi pasado, pero no fue suficiente para saber la historia completa. Se me ocurre ir al tiempo anterior, al que tú no puedes viajar; tal vez ahí pueda encontrar más pistas sobre lo que te pasó.

—Creo que eso no va a ser necesario —responde Mateo muy desconcertado.

Mateo me señala un diario sobre la mesa, lo leo: "Al ser confrontado por las autoridades sobre el hallazgo de un abrecartas con rastros de sangre entre sus pertenencias, del cual se presume ser el arma utilizada en el asesinato de don Belisario Estrada Parrales, el joven Mateo Crecencio Rivera González intentó huir de las autoridades que lo tenían bajo custodia, las cuales se vieron obligadas a abrir fuego en contra del sospechoso. Después de estos acontecimientos, las autoridades han declarado cerrado el caso".

—¿Recuerdas esto, Mateo?

—Entonces, ¿todo esto es mi culpa? —se dice a sí mismo.

—Pero ¿lo recuerdas? —insisto.

—Recuerdo que corría y corría… Discúlpeme, tío, yo… —me suplica angustiado.

Veo que sus labios se mueven pero no logro escuchar lo que dice y se empieza a convertir en una especie de masa oscura entre líquido y humo; en un instante se esfuma por completo. Desconcertado, volteo a mi alrededor.

—¡Tío! —escucho atrás de mí.

—¡Mateo! —digo al verlo flotando, paralizado contra su voluntad en medio de aquel cuarto rodeado por altas columnas. Debajo veo una gran mesa redonda con gente tomada de la mano, entre ellos Belén, Rosario, otros miembros de la servidumbre, inclusive el inspector y, lo que asumo, a una médium. No me puedo concentrar en lo que dice la mujer, pero entiendo que lo quieren expulsar. De pronto el cuarto se empieza a oscurecer y de las paredes salen sombras que rápidamente se dirigen hacia Mateo. Mientras lo devoran, también yo soy invocado y me posicionan justo a su lado. Completamente paralizado, pero haciendo todo mi esfuerzo, logro gritarle a Mateo: "¡Te perdono!". Y en un instante no queda nada de él, ni de las sombras. En eso veo que en las paredes del cuarto se empiezan a amasar más sombras, listas para hacer lo mismo conmigo. De pronto me doy cuenta de que Valentina me está observando, se sube a

la mesa y se dirige a la médium para tratar de detenerla. Mientras, siento que me ahogo y dejo de existir. Escucho que la niña pega un grito desesperado. Caigo al piso, justo debajo de la mesa estoy agachado y aturdido. A mi alrededor hay como las sombras que se derrumban sobre mí. Entonces una manita me jala del poco cabello que me queda y me lleva a través de la hacienda, como si estuviéramos flotando en un río, pero atravesando paredes, muebles, pisos y puertas. Finalmente nos detenemos afuera de la casa, a la orilla de un arroyo.

—¡Valentina! —exclamo asombrado.

—¿Está bien, señor?

—Sí, niña, ¡gracias! —de inmediato la abrazo para preguntarle— ¿dónde estamos?

—En el arroyo. Aquí es donde desperté; no me acuerdo nada de antes. Vengo aquí a veces para ver si viene mi mamá por mí.

El grito de la niña y este lugar me hacen recordar algo… aunque debo admitir que hay cosas que simplemente no quisiera recordar jamás.

—Valentina —me hinco para ver su cara—, ¿recuerdas un día que andabas jugando por aquí? Yo daba un paseo a caballo en la orilla del arroyo. De pronto te escuché gritar y mi paso hizo que cayeras por el barranco. Te aferraste a unas ramas para no caer al agua; había llovido y el arroyo estaba muy bravo. Traté de alcanzarte, pero el barranco se te derrumbó encima y, por mi miedo al agua, me paralicé... ¿Lo recuerdas Valentina?

—Sí, el agua estaba muy fría.

—Valentina... ¿Me perdonas?

—Mi mamá siempre me decía: "ojos arrepentidos, ojos perdonados".

El sentimiento que tengo en estos momentos es demasiado para palabras.

—¡Julia! Tu madre se llamaba Julia —le digo recuperando mi compostura.

—¡Sí!¡La recuerdo! —me dice.

Nunca había visto a nadie tan feliz.

De pronto, la niña voltea hacia atrás como si alguien la llamara. Luego me mira con un gesto de sorpresa grata, me da lo que creo es un abrazo de despedida y se va caminando como si hablara con alguien, hasta que de repente desaparece. Tengo el presentimiento de que ya no nos volveremos a encontrar.

Supongo que ya no hay nada más aquí para mí, pero me pregunto: ¿qué habrá más allá de la hacienda? Sigo una vereda que me aleja de la casa. Solo con mis pensamientos, recuerdo qué más pasó ese día. El inspector o mi compadre, Juan Arteaga, fue testigo ese día de lo que sucedió con la niña. En su declaración omitió el detalle de mi culpabilidad en el accidente, tal cual como acordamos.

El camino se torna más oscuro cada que avanzo, de pronto ya no veo arbustos, ni árboles, ni el propio camino. A lo lejos veo una estructura, acelero un poco el paso y caminando en la oscuridad más recuerdos se revelan.

A Juan, un exintegrante de la guardia rural, lo asignaron junto con su equipo para resguardar esta zona. Con

el tiempo nos hicimos amigos, inclusive fui padrino de su hijo Carlos. Años después su esposa murió de tuberculosis y su hijo cayó enfermo. Con frecuencia le daba dinero para su tratamiento, pero el niño no mejoraba y los tratamientos se tornaban cada vez más costosos; no se sabía con exactitud lo que padecía el chico. A la vez se daban las sequías, la crisis económica internacional y el abandono del gobierno debido a los levantamientos armados. Todo me llevaba a la quiebra. Eso sólo Belén y yo lo sabíamos y era el motivo de constantes peleas entre nosotros; ella quería que nos fuéramos a vivir a la capital para que yo mendigara por un trabajo; para mí eso sería como arrancarme la hombría, y mejor me dediqué a buscar otras soluciones, pero en el fondo sabía que ella tenía razón y yo no quería que este signo de debilidad se supiera, sino hasta el último momento posible, ya que estaba rodeado de pirañas y cuando las pirañas huelen la sangre…

El camino empieza a aclararse mientras más me acerco a la estructura, me doy cuenta de que es la misma hacienda de donde partí. ¡Acaso no existe otra salida de este lugar!

Resignado, me dirijo a mi oficina; los viejos hábitos nunca mueren, supongo. Sentado en mi viejo escritorio, admiro el lugar y recuerdo la última noche que estuve aquí.

Para disimular nuestros problemas, hicimos una gran fiesta en Año Nuevo, claro que tuvimos que vender algunas cosas, pero logramos el propósito. Después de los

abrazos y festividades, me recluí aquí para seguir buscando respuestas a nuestra situación económica. Casi todos los invitados ya se habían ido. En eso recibí una visita de Juan, quería más dinero para su hijo, pero esta vez se lo negué y el desgraciado tuvo la osadía de chantajearme con revelar nuestro secreto sobre el accidente de Valentina. Aunque le dijera la verdad sobre nuestras finanzas, después de haber visto el banquete de esa noche, no me habría creído ni una sola palabra. Así que decidí combatir fuego con fuego: tomé el abrecartas, me paré de mi silla y le dije: "Mira, cabrón, voy a encajar este puñal aquí", apunté a mi costado, donde sé que no haría tanto daño, "y voy a decir que tú me atacaste para robarme, sabes que a mí me van a creer y todo lo que tú digas será considerado como mentiras desesperadas". Juan, completamente sorprendido, forcejeó para quitarme el puñal. Después lo vi ahí parado, confundido con el arma en mano y, como inspiración divina, entendí clarito lo que debía hacer, por eso le dije: "¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a matar? ¡No tienes las agallas!". Lo conocía muy bien, un hombre de gran orgullo, violento. "No eres más que mi lacayo, un policía de quinta que ni siquiera pudo ser lo suficiente hombre como para proveer a su familia y no conforme con eso, pierdes el tiempo mendigando para las medicinas de un hijo moribundo que ya no tiene remedio", le dije. Y con eso se rindió ante sus entrañas. Me cubrió la boca y desató su ira y frustración en cada puñalada. Para ser sincero, muy en el fondo yo esperaba que no lo hiciera.

Lo último que recuerdo es que se puso su abrigo y se fue.

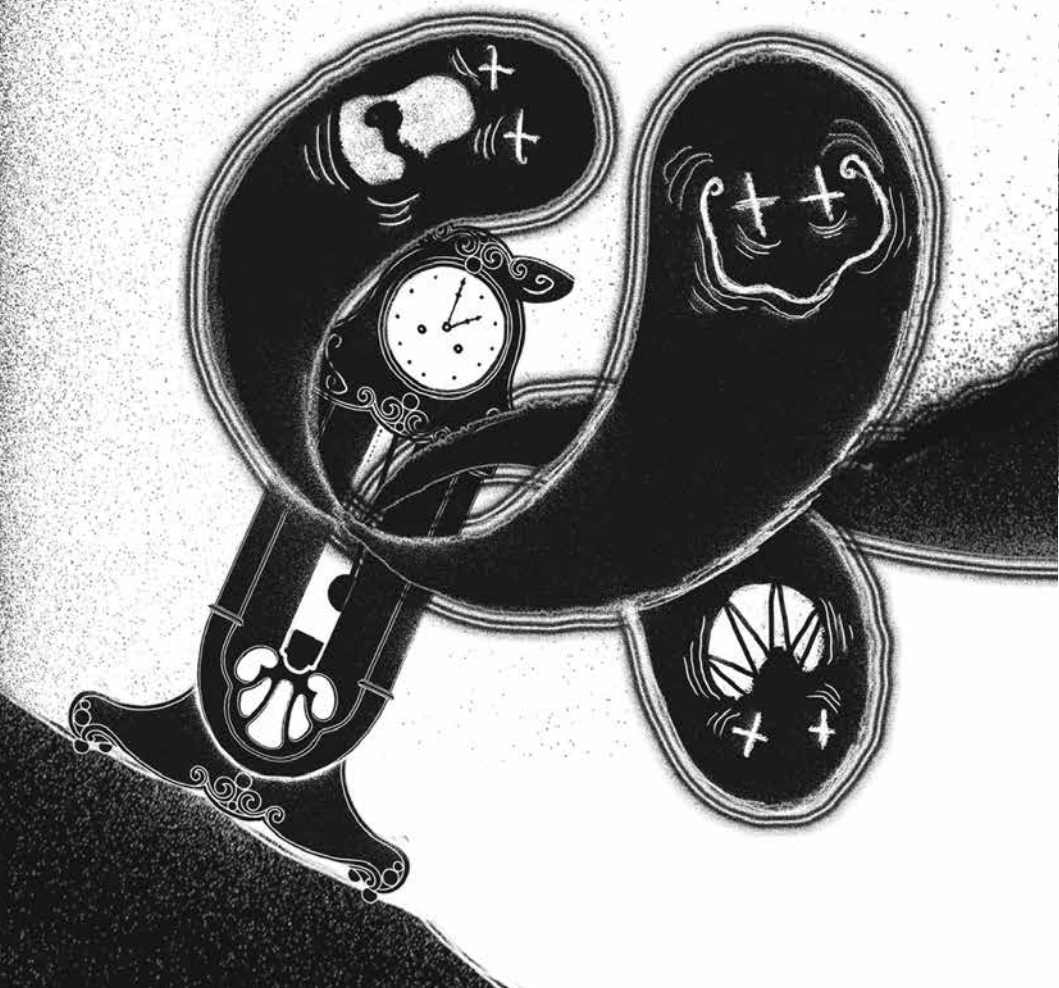
Yo tenía un fideicomiso testamentario, el cual tal vez no fuera suficiente, pero contaba con una buena póliza de seguro de vida para que Belén no tuviera la necesidad de volverse a casar. Sin embargo, quizá siempre deseé que las cosas pasaran así, porque mi vida sin Julia era como estar atrapado en una sala de espera en la que nunca llaman tu número.

Julia, te extraño tanto…

Pero entonces, ¿cómo es que Mateo es culpado? Gracias al diario sé la fecha y el lugar de los acontecimientos. Me concentro y me desplazo al lugar y fecha. Observo a Juan junto con otros policías llevar a Mateo bajo custodia afuera de la casa, me acerco a ellos para escuchar lo que se dicen en voz baja, mientras lo preparan para llevárselo. "Mateo, sabes que encontramos el arma con sangre entre tus pertenencias", le dice Juan y no me cabe duda de que él mismo sembró el arma, "las cosas no se ven bien, pero yo te creo Mateo; sé que eres un buen muchacho y no le harías daño a tu tío. Aunque, como te digo, las cosas no se ven bien. Seguro te van a fusilar por esto, ¿me entiendes?". Mateo asiente con la cabeza mirando hacia abajo. "Voy a soltarte y tienes que correr. Te vamos a gritar pero no te detengas hasta que logres escapar, no te vamos a seguir". Mateo empieza a correr lo más rápido que puede. "¡Alto, deténgase!", le gritan los policías". Al escuchar los gritos, la servidumbre sale de la casa a ver la escena. Mateo sigue las

instrucciones: no se detiene; pero el desgraciado de Juan apunta y dispara. Mateo cae muerto, sin haber hecho nada, sin saber por qué.

Al ver la escena, como balde de agua fría me pega la aseveración que simplemente he fallado. Le fallé a Mateo, le fallé a Belén como esposo, a Valentina, a Julia, a todos. Le fallé a las personas que significaron algo en mi vida, incluyendo a Juan. ¿Por qué fui tan ciego? ¿Por qué fui tan… tan cobarde? Y al final, me he quedado sin nada... nada más que el eterno abrazo de la oscuridad.



Una pasión me domina
y es la que me hizo venir,
Valentina, Valentina...
yo te quisiera decir.

Dicen que por tus amores
un mal me van a seguir,
no le hace que sean el diablo
yo también me sé morir.

Si porque tomo tequila
mañana tomo jerez,
si porque me ven borracho
mañana ya no me ven.

Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.[1]

—Sé lo difícil que es en estos momentos compartir su herencia, doña Belén —dijo Juan más que agradecido—. Carlitos y yo se lo agradecemos de todo corazón. ¡Qué dios la bendiga!

[1]"La Valentina", canción popular en boga durante la Revolución Mexicana.

Desde abajo

Mack Robles

La vida en el infierno no es tan mala como la pintan, y digo vida porque habrá que llamarle de alguna manera a esta forma de existencia. Lo digo en serio, no es tan malo si logras soportar el calor, las olas de fuego que te envuelven, y las manadas de almas que llegan día tras día. En perspectiva, no es tan diferente de ir a Disney World en junio, excepto que las líneas de espera para las torturas no son tan largas en el infierno.

Llegué aquí hace aproximadamente dos años, aunque es difícil llevar la cuenta cuando no hay relojes, ni soles y la única forma de contar los días es llevando registro de los nuevos ingresos en masa que suelen suceder en lo que sería media noche allá arriba. Así que podrían ser cinco o veinte o un año. Nunca me interesó eso de llevar la cuenta del tiempo de todas formas, y voy a estar una eternidad aquí, así que no le veo el caso a intentar sacar figuras y números.

Hace un par de ingresos conocí a un tipo vagando cerca de una de las albercas de clavos, estaba vuelto

loco, rascando y arrancando la piel de su cara. Me acerqué con naturalidad y le pregunté qué hacía por esos rumbos, ya que las piscinas puntiagudas son raramente frecuentadas. Me tomó por la camisa, embarrándola aún más de sangre y pegó su rostro destrozado al mío.

"¿Qué día es?", me preguntó con urgencia en sus ojos arañados por lo que quedaba de sus uñas.

Siguió repitiendo la pregunta una y otra vez, fuera de sí mismo.

Me lo logré quitar de encima y cayó entre las afiladas garras de la alberca. Se retorcía de dolor y yo podía claramente observar como los clavos se enterraban en su piel blanda, desgarrando y abriendo surcos en su carne. Pobre tipo, le iba a costar mucho trabajo salir de ahí.

Entiendan, amigos, no todos toman bien sus primeros días en el infierno. Cuando yo llegué también caí, mejor dicho tropecé, en una de esas trampas y mis heridas tardaron varios días en sanar. Después de todo, no puedes morir de nuevo, así que cualquier tormento se cura en un par de días, o semanas dependiendo de qué tan intenso haya sido el desmembramiento. El dolor es real, eso sí se los puedo decir. En mi segundo mes en el infierno me arrancaron un brazo después de ser atrapado robando el último disco de Metallica, y tardó bastante en volver a crecer. El proceso fue bastante incómodo. Cuando digo incómodo en realidad quiero decir que si hubiera estado vivo el dolor me hubiera matado. Pero te acostumbras, te acostumbras. Cuando tuve mi brazo de nuevo, regresé a la tienda y se habían agotado los ejem-

plares del álbum; Metallica es bastante popular por estas tierras, tuve que esperar casi otro mes para tener otra oportunidad de robar el cotizado disco.

Sí, hay tiendas de música en el infierno, y sí, nos llegan los discos antes a nosotros que a los vivos. Nuestro presidente es dueño de las disqueras más famosas. Britney Spears, Elvis Presley, Madonna, Judas Priest, Metallica, Abba, Justin Beiber, Eminem… todos son nuestros. Bueno, no nuestros, del estado. Las almas humanas no podemos votar en las elecciones presidenciales (actual presidente, desde hace un milenio, el señor Belzebú), sólo los demonios tienen ese derecho, pero he escuchado rumores de un fuerte movimiento cerca de las montañas de carroña que está preparando una revuelta para hacer efectivo el sufragio humano. Tiene sentido, somos muchos aquí en el infierno, casi dos terceras partes de las almas de la tierra vienen a parar con nosotros; somos la base de la economía de este lugar.

En fin, no me voy a poner a hablar aquí acerca de las políticas infernales y los movimientos revolucionarios. No es el lugar, y tampoco es el tiempo. Tal vez en otra historia, en otro momento; tenemos una eternidad por delante.

El otro día, caminando despreocupado junto a los mares de mierda (te acostumbras al olor), encontré a una niña de alrededor de once años. Llevaba puesto un vestido blanco, impecable, y entre sus manos sostenía una pequeña jirafa de peluche, una rara visión cristalina entre el caos, la sangre y las vísceras que la rodeaban

enmarcando su pequeña figura como en un cuadro que bien podría estar colgado en el muro de la oficina de algún alto demonio burocrático.

Caminé hacia ella, y me arrodillé en la grava caliente para que nuestros ojos estuvieran al mismo nivel. Los suyos azules, los míos negros.

"¿Qué haces aquí?", le pregunté dulcemente.

Dio un par de pasos hacia atrás con desconfianza, reacción natural al tener a pocos metros de distancia a un hombre mayor con la ropa empapada de sangre. Hubiera esperado que corriera, pero afortunadamente no lo hizo.

"Vamos, no te voy a hacer daño. ¿Cómo te llamabas? ¿Qué haces en un lugar así?"

Me miró de arriba abajo con el entrecejo fruncido, y después de un minuto relajó su expresión, colocó la jirafa bajo su brazo y me tendió la mano.

"Me puedes decir Asti. Para serte bien honesta, no sé dónde estoy. No recuerdo cómo llegué aquí. ¿Quién eres tú?"

Normal, nadie recuerda cómo llega al infierno, sólo sabes que estás ahí de pronto, es más tarde cuando puedes recordar exactamente cómo terminaste entre las llamas. Pobre niña, tendría que haber sido algún extraño error administrativo que la haya hecho parar aquí.

"Mi nombre es Diego", volteé alrededor manoteando torpemente. "Estamos… bueno, Asti, estamos en el infierno".

Me miró y asintió con la cabeza. Los niños aceptan las cosas con mayor rapidez que los adultos, eso está

comprobado. Dile que el Sol gira alrededor de la Tierra y probablemente no te mire dos veces antes de afirmarlo con convicción.

"Tenemos que ir a las oficinas centrales, tal vez hubo algún tipo de error. Una niña como tú no puede estar en el infierno", le dije tranquilamente, tratando de no asustarla más de lo que debería estar.

"No hay ningún error".

Me quedé callado por un momento, tratando de entender lo que la niñita me quería decir.

"Claro que sí, ¿qué podría haber hecho una pequeña como tú para terminar en el infierno?", comenté, dándole una palmada en la espalda. "Esto es sólo un error, nunca había escuchado de algo por el estilo, pero debe ser simplemente eso".

Ella ladeó la cabeza y me miró fijamente, luego me ofreció la jirafa de peluche y yo la tomé. De cerca me pude dar cuenta que la suave tela de la creatura estaba manchada de carmesí en el pecho, donde dos grandes suturas cerraban una incisión de la cual aún goteaba un poco de sangre. Rápidamente solté el muñeco y volteé a ver a la pequeña niña que había dejado de parecer un ángel ante mis ojos.

"El señor jirafa necesitaba un corazón", me dijo, levantando a la jirafa del sucio suelo y poniéndola una vez más bajo su brazo. "Gracias por su ayuda, pero no la necesito". Dio la media vuelta y se retiró por donde yo había llegado, saltando como si fuera una caminata por el parque.

Me he vuelto a encontrar con ella un par de veces en estos últimos meses, y ha probado ser… intensa, sería una forma de decirlo; pero esa es otra historia para otro momento.

No fue hace tanto que un gran evento sacudió estas tierras. Mucho antes de que los rumores de los sufragistas humanos comenzaran a escucharse por las callejuelas; mucho antes de eso, otro rumor corrió por las tiendas de música y los oscuros pasajes que albergan al mercado negro del infierno (constituido básicamente de vendedores de perfumes, biblias, objetos religiosos, y galletas de las niñas exploradoras): alguien supuestamente había encontrado una falla en el sistema, un pase directo al purgatorio. Todos saben que estando en el purgatorio sólo es cuestión de sobornar al guardia con unos cuantos vinilos de Elton John para que te dejen entrar al cielo por la puerta trasera; el problema es que nadie había logrado subir a aquél lugar.

En fin, el rumor me llegó a través de Adolfo, un tipo muy simpático que conocí en mis primeros meses por estos rumbos. Con su pesado acento me comentó la noticia.

"Diego, las masas están hablando de un hombre que ascendió al paraíso y regresó tres días después".

"¿Cómo se llama el sujeto?", pregunté intrigado.

"Nadie lo ha visto en persona, es como un mito, pero los rumores dicen que usa un cuello de tortuga negro y lentes".

"Ni idea".

"No lo comentes con nadie, mientras menos almas lo sepan, mejor", me dijo, y eso mismo le dije a Mario, y a Domingo, y al chico rubio que frecuentaba la tienda de discos. Había que ser cautelosos si se trataba de algo cierto.

Un día me llegó la noticia, un par de almas que habían servido a GreenPeace en sus épocas de vida estaban organizando una operación para demandar colectivamente al estado y conseguir visas que les permitieran la entrada al purgatorio. Los seguidores del tipo de lentes estaban organizándose por su parte para hackear los servidores infernales y falsear la información, cambiando el status de todas las almas para que se nos permitiera la entrada al lugar. Si las computadoras lo decían, los burócratas no podrían argumentar nada.

La comunidad se había alborotado con la idea de poder entrar al paraíso, así que se organizó una junta en las profundidades de los cañones de espinas para debatir el tema. Dada la delicadeza del asunto, el convocar a las almas debía ser hecho con la mayor cautela y precaución, por lo que los dirigentes comenzaron a dejar crípticos mensajes con la localidad y hora del encuentro dentro de discos de Maná. Nadie jamás compra o siquiera se acerca a esos vinilos, así que no había problema de que algún incauto fuera del círculo se enterara de los planes. Por supuesto que un montón de personas comprando discos de Maná levantó sospechas de algunos cuantos, siendo un fenómeno tan extraño, pero todo parecía ir de acuerdo a lo planeado.

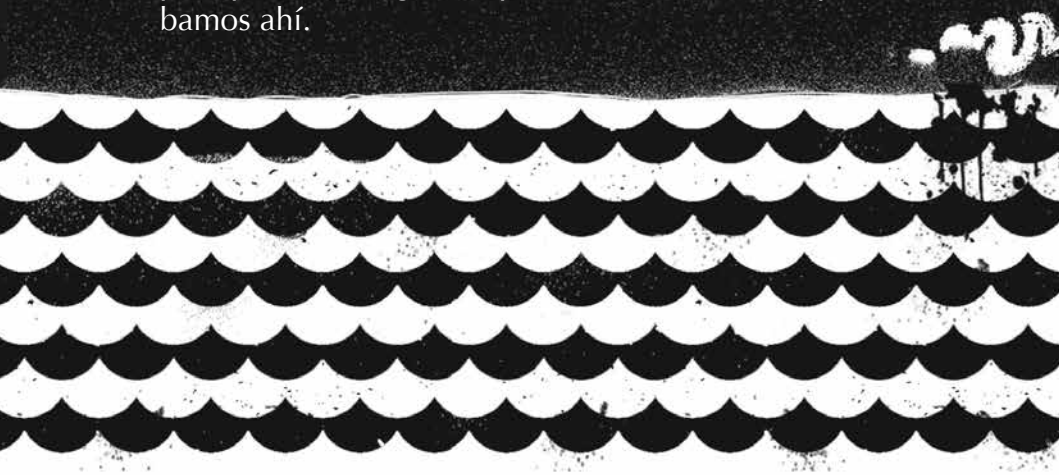
Nos reunimos aquella noche (o día, nunca se sabe) alrededor de cuatrocientas almas. Nos amontonamos entre las espinas, y pasados unos largos minutos un hombre ascendió entre el tumulto y levantó un brazo indicando que guardáramos silencio. Todos callamos y esperamos con ansiedad a que hablara. Llevaba un cuello de tortuga negro, pantalones de mezclilla, lentes redondos, y una mochila de cuero.

"Los he reunido para ayudarlos a ascender a los cielos como lo hice yo. ¡Hermanos, hermanas, todos podemos llegar al purgatorio y de ahí subir a los brazos suaves de los dioses! He visto el paraíso, he hablado con Dios", arengó a su público con voz alta.

Abrió la pequeña mochila y sacó de ella algo parecido a un celular, sólo que mucho más grande y plano. Deslizó su dedo por la pantalla y volteó el aparato hacia nosotros.

"Hermanos, les muestro… ¡El paraíso!", dijo y en ese momento un video comenzó a reproducirse para que todos viéramos. El hombre había grabado su estancia en el cielo, al estilo cámara oculta, y ahora todos podíamos ver de qué se trataba.

Lo que vimos, no puedo describir hasta el día de hoy, pero pueden imaginarlo por la reacción de los que estábamos ahí.



Después de que la multitud terminó con el hombre de lentes, sólo quedaba un rastro de lo que había sido su rostro y su cuerpo, empalado en una de las grandes espinas del cañón.

Nos retiramos a nuestros respectivos rincones y no volvimos a hablar del tema; vivir en el infierno era mucho mejor que lo que habíamos visto en aquél video que aún no puedo sacar de mi mente. Los activistas de GreenPeace cesaron sus intentos de politizar la situación y regresaron a sus cotidianas manifestaciones por la liberación de los leviatanes de las piscinas de lava. Los hackers continuaron bajando películas, yo seguí robando discos de Metallica, Adolfo continuó pintando sus bellos cuadros, la niña sigue recabando órganos para sus amigos de peluche. Todos volvimos al calor de lo que había comenzado a llamar mi hogar.

El infierno es muy bonito durante el invierno, deberían visitarlo.

Aka Manah

Mack Robles

No estoy seguro exactamente cuándo entró la idea a mi cabeza. Fue creciendo lentamente como el musgo en una piedra y trepó mi escuálido marco como una enredadera ponzoñosa. Al principio era menos que un susurro; una conversación escuchada a medias a través de una puerta a lo lejos, voces indistintas e incomprensibles. Pero poco a poco pude comenzar a distinguir con mayor claridad lo que a mis oídos llegaba. Digo escuchar, pero soy impreciso si me disculpan, no era una voz como la tuya o la mía. Más que sonidos eran extraños símbolos que frente a mis ojos cobraban sentido. Como aprender a leer de repente. Era tan claro. Era tan obvio. Era reencontrarse con el alfabeto, organizado en una simple idea que ahora se rehusaba a abandonar mi mente y empezaba a devorarme.

Intenté ahuyentar aquel pensamiento durante un tiempo, asustado de las consecuencias que podría tener. No lo comenté a detalle con mi terapeuta, pero le dije que una idea voraz me consumía durante día y noche,

nublando todo a mi alrededor, impidiéndome incluso completar las más sencillas tareas. No me fuera a tomar por un loco más.

"¿Sigues escuchando a la voz?", me preguntó, cuaderno en mano.

No sabe nada. No lo menciones. Quédate callado.

"No".

Bien.

Durante un mes intenté ignorarlo, pero la idea se había convertido en una aflicción física. Podía sentir las palabras recorrer mi piel descolorida y constantemente recubierta por una fina capa de sudor que parecía no dejarme por más que llevara un pañuelo conmigo en todo momento. Mi boca era un desierto; noventa y nueve preguntas como puñales se clavaban en mi agotada espalda.

Sentado en mi cama, imploré a los cielos una respuesta. Lloré las pocas lágrimas que me quedaban, por un nombre, una explicación. Si tan sólo pudiera entender el porqué de este mal que me acosaba día y noche, todo podría volver a la normalidad. Y entonces me golpeó, me atacó, fue como una bala perforando mi lóbulo frontal. Tan claro como el cristal y tan rojo como la sangre.

Aka Manah.

Y fue así que supe. Entendí. Comprendí la misión que se me había encomendado. Decidí dejar de lado mis intentos por vencerlo. En el preciso momento en el que tomé la decisión, mis síntomas pararon. Fue una

cuestión de segundos, no tuve más que renunciar, dejar de protestar, cuando mi salud volvió a ser la misma de antes. Creo que incluso experimenté una sensación de vitalidad como un escalofrío transitando por cada fibra de mi cuerpo; como si me hubieran puesto nuevas baterías. Por unos minutos me sentí más que humano; era mi destino. La reivindicación de todos los pecados.

Sólo era cuestión de llevar la idea a la realidad. Es ahí donde reside la mayor problemática, las cuestiones logísticas. Si iba a hacer esto, tenía que hacerlo de la mejor manera posible, sin errores, debía ser llevado a cabo a la perfección para que mi mente pudiera sentirse en paz.

Lo más difícil fue localizarlo, una vez que lo hice, la planeación me tomó alrededor de un mes. Cuando por un momento llegué a dudar de lo que estaba haciendo, la voz, el susurro, las palabras escritas en tinta roja sobre mis pupilas, se hacían más fuertes, me aseguraban que debía continuar en mi camino. Así que continué, y planeé, y los días pasaron frente a mis ojos tan rápido que llegué a marearme.

El día había llegado, la idea resonando fuertemente en mi cabeza. Decidido a continuar en mi travesía, chequé mi reloj. Las once de la noche marcaba la manecilla mientras un aire gélido golpeaba mi nuca, arrodillado junto a un coche en el estacionamiento casi vacío de la pequeña plaza. Iba vestido de negro de pies a cabeza, oculto entre las sombras. Un minuto después, precisamente a la hora que esperaba, las luces se apagaron en

el interior de uno de los locales, y dos minutos más tarde una figura alta y esbelta salió, una bolsa de cartón en una mano, una mochila de piel colgada del hombro, y comenzó a caminar en mi dirección. Yo estaba a un carro de distancia, a la derecha de él, esperando el momento perfecto. Esos minutos de anticipación, cuando esperas, son los más intensos. Ahí entre las sombras, aquella noche, en esos segundos mientras avanzaba hacia la figura que sin temer buscaba las llaves de su auto en su bolsillo, encontré a Dios.

Me acerqué en silencio, un pañuelo húmedo en mi mano, y con presteza lo tomé por la espalda, cuidadosamente presionando la tela contra su nariz y boca. Mi brazo apretaba fuertemente contra su garganta, y con una pierna y el peso de mi cuerpo lo detuve por los segundos (casi medio minuto) en los que luchó. Aquí está la cosa con el cloroformo: no te dejará noqueado por horas, así que tienes que actuar rápido. Tiene un olor dulce, terriblemente dulce, y es frío como un hielo. Si lo vas a aplicar con algún tipo de tela, asegúrate que ésta esté realmente empapada, y que sea cloroformo de alta concentración. Bloquea las vías respiratorias por unos segundos y si el sujeto está respirando pronto comenzará a sentir sus extremidades perder sensibilidad, entumirse; un poco más e incluso haya algunas alucinaciones. Después llega la inconsciencia, pero sólo mientras sigan respirando la sustancia. Así que debes mantener el pañuelo cerca de su cara mientras que con cuidado pero rapidez lo arrastras a tu carro, porque

puede recobrar el sentido en minutos si no tienes buena suerte.

Una vez adentro del automóvil, por seguridad, até sus manos y pies con cinta aislante gris, removí la tela impregnada y la reemplacé por un pañuelo limpio antes de cubrirlo con la misma cinta brillante. Asegúrate de cambiar las placas de tu automóvil antes de realizar la operación; puedes robar unas de algún carro abandonado, o simplemente transferir tus placas a otro y tomar prestadas las suyas. Nadie lo nota, casi nadie sabe de memoria el número de su placa.

¿Quién más se puede jactar de tal hazaña, señores, quién más puede decir que durmió con cloroformo y ató con vil cinta aislante a este individuo? Era el primer hombre en tener a Dios amarrado como puerco en la cajuela de su auto.

Manejé a mi casa respetando todas las señales y límites de velocidad, metí el carro al garaje, y me aseguré que mi invitado siguiera inconsciente después de los diez o quince minutos de viaje. Una vez en casa lo coloqué sobre una sábana y lo arrastré hacia el sótano que había cubierto con una carpa vieja. Podía sentir la voz en mi cabeza sonreír mientras lo colocaba con cuidado sobre el plástico. Quité meticulosamente la cinta de sus brazos y amarré cada uno a un trozo de soga; estas se unían en lo alto en una polea en el techo.

Esperé por un par de minutos a que despertara y lo miré a los ojos, mi cabeza ladeada.

"Hola".

Sus pupilas se dilataron e intentó gritar. Creo que ese fue el mejor momento, ver su expresión cambiar de manera tan súbita cuando entendió lo que estaba pasando. No creo que haya forma de explicar con palabras lo que es ver el verdadero terror en los ojos de tu creador. *No temas a Dios, que Dios te temerá a ti, hombre*. Sonreí.

"Si eres todo poderoso, ¿por qué no te desatas?"

Me respondió con otro grito ahogado.

"Todo este tiempo, y tú escondido. Vete, con tus estúpidos lentes sin aumento y tu mochila de mensajero; con tu cabello a la moda, tu bigote irónico y tus bufandas en pleno verano. ¿Quién iría a pensar que Dios es un jodido barista?"

Los ha abandonado, pero no por mucho tiempo más.

"Miles de años desde la creación y jamás tuviste a bien apersonarte. ¿Cómo puedes dormir, si es que duermes, con las plegarias de todas las víctimas alrededor del mundo? Dime, oh, Señor, ¿dónde estabas durante la segunda guerra mundial, dónde estabas durante todos los atentados terroristas que acosan al mundo? ¿Dónde estabas, Dios, cuando te pedí a gritos que me regresaras a Damián? ¿Tienes algo que decir en tu defensa, sucia rata?", le dije, arrancando violentamente la cinta de su rostro.

"No soy Dios".

"Cobarde". Y volví a cerrarle la boca, dejando que las mentiras se pudrieran en su interior.

Me miró con enojo, pidiendo piedad, con resignación, todo eso en el medio minuto que me tomó ir por el

cuchillo, sus gritos amortiguados por la cinta y el pañuelo. Un corte limpio en la yugular fue suficiente y efectivo. Su sangre, dorada, empapó mi camisa y pronto se comenzó a acumular en un charco creciente alrededor de él. Me acerqué y con un dedo me llevé el dorado líquido a los labios. No soy el primero en decirlo, pero sí el primero en corroborarlo. Dios ha muerto.

Ahora seguía lo más difícil. Puedes ver muchos tutoriales y leer muchos artículos, practicar con animales pequeños, pero en el momento de la verdad es diferente. La piel de los venados es más gruesa que la piel humana, la morfología es completamente distinta, así que sólo podía esperar lo mejor.

Soy contador, no carnicero. Pero me preparé y entré con diligencia a la tarea. Tiré de la polea y pronto tenía a mi sujeto colgando del techo por los brazos. Primero cortas alrededor de las muñecas y los tobillos y deja que la sangre fluya hacia el suelo; miras tu reflejo en este nuevo espejo, distorsionado, cada vez más cercano a tu rostro real. Empapas tus manos en el líquido, dejas que invada cada poro, bebes del manantial y dejas que escurra por tu barbilla. Es una cuestión de balances, un simple proceso matemático, un ajuste de cuentas. La sangre que te ha hecho perder debe regresar a ti.

Luego haces un corte desde las piernas, subiendo por la entrepierna hacia el estómago, con mucho cuidado de no rasgar los intestinos u órganos vitales ya que pueden dañar la carne. La navaja entra suavemente y se desliza con delicadeza, rasga la piel y el músculo.

Una vez realizado todos los cortes, es cuestión de jalar la piel hacia ti, como si fuera una sábana resbaladiza y húmeda. El sonido es el de destapar un baño; una clase de succión al desprender la cubierta con fuerza y delicadeza al mismo tiempo. La piel no es suave como la de un venado, no es tersa… es dura, tratada por el tiempo y el desgaste, áspera, con marcas y tatuajes como una cabeza de ganado. Un hombre no es Dios no es un venado. Después trazas una línea vertical en el torso para retirar los órganos. Vaya, aparentemente Dios si tiene corazón. ¿Quién lo diría? Ahora corta empezando por el cuello hacia abajo, trata de pensar en los grupos musculares (que son fáciles de distinguir en esta etapa), y poco a poco tendrás lo que necesitas. No olvides ir colocando todo en el hielo, esto es de vital importancia.

Me tomó alrededor de cuatro horas conseguir toda la carne, pero valió la pena. Ya casi había terminado, estaba tan cerca de por fin sacarme esa idea de la cabeza, de volver a dormir con tranquilidad. De regresar a mi vida cotidiana libre de pensamientos extraños, libre de él, de Aka Manah. Empieza como un susurro, como una pequeña voz al otro lado de un corredor, pero crece y crece y se vuelve lo único en lo que puedes pensar. ¿Les ha sucedido? No puedo ser el único acosado por estas ideas. No quiero que piensen que soy un psicópata, un lunático; entiendo las implicaciones morales y teológicas de lo que acababa de hacer… pero ustedes no saben lo que es estar dominado por una idea tan fuerte, no sa-

ben lo que es no poder dormir, no poder probar bocado por días. No saben lo que se siente. No saben lo difícil que es comer tu lonche cuando tu mente grita y pide y llora por una sola cosa.

Dios te ha abandonado, te ha herido, te ha desmembrado y dejado expuesto a dolores inimaginables. Dios te ha consumido el alma. Es hora de que tú consumas a tu creador.

No saben lo difíciles que fueron esos meses de resistencia. Imaginen pensar todos los días en el sabor de la carne de Dios, en el color de su sangre derramándose por entre tus dedos, en lo que le dirías y lo que te contestaría. Pido un poco de compasión.

Terminé mi primer plato bendito con lágrimas corriendo por mis mejillas. Lo limpié y me serví más. Lloré, se los juro. Terminé el segundo plato y sentí mi cuerpo caer y girar. La idea se había ido, la sombra había abandonado mi mente, y sólo quedaba un rastro de una risa, mis sollozos, y el silbido de un trozo de carne bíblica en el asador.

Lo siento. No sé cómo llegó a mi mente, juro que nunca fue mi intención terminar así. Llegó como un susurro que no pude acallar. Llegó sin previo aviso; llegó y se fue tan rápido… lo siento. Lo siento. No tenía otra opción, no había forma de escapar. El demonio entró y salió y me dejó solo y vacío de nuevo. Los terapeutas no ayudan, la hipnosis no ayuda. Tal vez si hubiera acudido al clérigo más cercano, si hubiera rezado más los domingos… no lo sé, tal vez, tal vez.

Tal vez si Dios hubiera escuchado mis rezos se hubiera enterado de que iba por él aquella noche, que lo iba a esperar afuera de su trabajo con una tela empapada en cloroformo. Si tan sólo hubiera escuchado en lugar de ignorarme de nuevo, tal vez todavía estaría con vida y no en bolsas de plástico en mi congelador.

Pero este no era el final; como bien sabemos, Dios está en todas partes.

Besos rojos

Mariana Bolaños

La noche en que empezaron los síntomas, la lluvia caía a raudales provocando un espantoso ruido en la ventana que estaba justo encima de mi cabecera. Me sentía mareada, como si hubiera corrido muchos kilómetros, y el sudor helado me provocaba escalofríos. Fijé la vista en el reloj de mi buró y me di cuenta de que eran las tres de la madrugada. Me volví a dar vuelta en la cama por centésima vez para encontrar mi lugar. Las sábanas me incomodaban y los ojos se me tornaban cansados. Este lugar no se parecía a donde venía, ni siquiera se le podía llamar ciudad. Parecía más bien un pueblo abandonado en medio de la nada, caluroso y polvoriento, donde seguro Cristo, si aún existiera, se la pensaría dos veces antes de venir a predicar, o lo haría en moto y a toda velocidad. En ese momento extrañé el bullicio de la capital, las calles abarrotadas, la variedad de personas y lugares que visitaba. Y, a punto de casi olvidar todo y quedarme dormida, un líquido recorrió mi garganta hasta llegar a mi boca. Me levanté alterada y corrí al

baño. Tosí y cuando separé mi mano de mis labios, se me había manchado de rojo. Lo siguiente que sucedió fue extraño: mis papás se levantaron preocupados por el ruido que escucharon hasta su cama, mi mamá me preguntó qué me sucedía, pero yo no la escuché. Era como ruido de fondo. Mis ojos no dejaban de mirar mi mano. Hubo otro espasmo de tos, esta vez el líquido salpicó el lavabo. Mi mamá gritó espantada y mi papá dijo algo de ir a un hospital.

—Seguramente es una herida en la garganta —dijo el doctor Cardona; estábamos en el único lugar privado que había—. Nada que unos análisis y un medicamento no pueda solucionar —sonrió seguro y empezó a garabatear una receta.

Algo en él no me daba confianza, pero mis papás también sonrieron. Sabía que no serviría nada de lo que yo dijera o sintiera, así que sólo tomé la receta cuando me la ofreció.

Eran las cinco de la mañana cuando volvimos a casa. Mi rutina era levantarme a las seis para ir a clases. Ni siquiera intenté dormir. En cambio tomé mi tiempo en arreglarme y verme presentable por una vez en mi vida, o bueno, lo más presentable que la ojeras me lo permitieran.

A las siete y media bajé a desayunar y, como siempre, mi papá todavía no estaba listo; era peor que una mujer. Mi garganta aún dolía y por más veces que me había lavado los dientes, podía saborear el hierro en mi

boca: era desagradable y la fruta de mi desayuno no logró quitarme el sabor. Mi mamá, como buena capitalina, ya estaba bañada y arreglada como si fuera a ir a una reunión muy importante, cuando lo único que hacía era revolotear por la casa en busca de algo por hacer y chismear con la vecina. Mi papá estuvo listo a las siete cuarenta y cinco. Quince minutos era lo que exactamente me tomaba llegar a la escuela. Una de las ventajas de vivir en un pueblo eran las cortas distancias que tenías que recorrer. En la capital era impensable hacer menos de una hora en carro en horas pico. Aunque, bueno, allí parecía que siempre era hora pico: las personas conducen sus carros como si persiguieran a un ladrón.

Corrí por instinto al salón de clases, aunque en mi interior sabía que el maestro aún no había llegado: la gente aquí nunca tiene prisa por nada.

—Te ves terrible —me dijo Alejandro en cuanto me vio llegar con el peinado que me tomó horas, ahora perfectamente arruinado, y jadeando por el ejercicio al que no estaba acostumbrada.

Maldije al profesor mentalmente; aún no llegaba.

—Gracias —respondí con mi voz llena de sarcasmo.

Alejandro me sonrió. Ésta se había vuelto nuestra rutina desde el primer día que llegué. Naturalmente no conocía a nadie y era demasiado tímida como para hablarle a alguien, hasta que él se acercó y se ofreció a enseñarme el lugar. Desde ese momento no me separé de él. En la escuela nos la pasábamos siempre juntos, nuestros compañeros nos llegaron a decir, con su típico

tono idiota, “son novios, son novios”. Yo solamente me ponía roja. Por eso buscábamos lugares para estar solos. Y por si eso no fuera poco, éramos vecinos. Cosas como esas pasaban en pueblos como esos. A pesar de toda la “publicidad” que nos daban, mis papás no sabían de mi nuevo amigo. Claro que sabían de Karen y Jimena. A ellas las conocí dos semanas después que Alejandro y poco a poco se fueron haciendo mis amigas. Pero él era mi secreto, se había vuelto algo tan preciado que mi egoísmo no me dejaba compartir.

—En serio, ¿qué te pasó? Parece como si un camión te hubiera aplastado —insistió.

Y yo le dediqué mi mirada de odio que no tenía ningún efecto en él.

—No dormí. Nada.

Era la hora del receso y estábamos en el jardín, en la parte trasera del edificio. Por lo general, pasábamos el tiempo con Karen y Jimena, pero hoy decidieron comer en la cafetería, al otro lado de la escuela. Yo no me sentía con energía de hacer cualquier cosa.

—¿Por qué no dormiste bien? —esta vez me preguntó preocupado.

Estábamos tendidos sobre el pasto seco, Alejandro recargado sobre un árbol, yo acostada con mi cabeza encima de sus piernas, disfrutando del buen tiempo, a pesar de la lluvia de ayer. Sus manos en mi cabello me hacían difícil mantenerme despierta.

—No me sentí muy bien anoche —dije omitiendo lo de la sangre y el hospital.

Alejandro se preocupaba mucho por las personas que quería, algo que el alcoholismo de su papá no logró cambiar, afortunadamente. Pero ya tenía demasiadas cosas con que lidiar, como para llenarlo de mis quejas por una simple herida.

—¿Y cómo te sientes ahora?

Mejor con tus manos en mí, pensé. Pero me limité a decir que bien.

—Me alegra —dijo sin dejar de acariciarme.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos muy cerca de mí. Me sonrojé. Era muy fácil perderme en sus ojos avellana. Mi corazón latió como si no hubiera un mañana y las jodidas mariposas empezaron a volar no sólo en mi estómago, sino en todo mi cuerpo. Jamás había estado en una situación tan íntima con nadie. Me hacía sentir nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Bajé la mirada hasta sus labios y deseé no haberlo hecho. Se veían suaves y carnosos, moría por besarlos. Como si hubiera estado escuchando mis pensamientos, Alejandro se acercó, o al menos eso creí. Ya no estaba segura si seguía cuerda o me había ido a otro lugar. La distancia entre nuestros rostros se hacía cada vez más reducida y mi cuerpo entero temblaba.

De repente la campana sonó y nos sacó de nuestra burbuja personal.

—Será mejor que regresemos al salón —dijo.

Y asentí por miedo a que mi voz no sonara firme.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó mi papá en cuanto vio la escena frente a sus ojos. Aún cargaba su portafolio,

acababa de llegar del trabajo que nos había obligado a mudarnos a este infierno de lugar.

—La fiebre de nuevo —respondió mi mamá preocupada.

No la culpaba, con ésta ya eran seis la veces que me pasaba en un mes. Estaba segura que eso no era normal.

—Tenemos que ir de nuevo al hospital, esto no puede seguir así.

Puse los ojos en blanco y pensé: no me digas, Sherlock.

—¿Pero a dónde más podemos ir, Armando? Yo no pienso volver con ese charlatán, nos cobró un dineral y la niña no se ha puesto mejor.

Mi papá se rascó la barbilla pensativo, siempre hacía eso cuando no sabía la respuesta.

Yo estaba recostada en mi cama, aún con mi uniforme y una toalla mojada que mi mamá me había puesto sobre la frente. No tenía la más mínima idea de que podía estar causando estas fiebres repentinas, simplemente había llegado de la escuela y de inmediato me sentí mal. El frío abrazaba mi cuerpo, pero el calor mojaba mi cabeza. Maldije a ese tal Cardona en silencio, yo sabía que era un idiota.

—Hombre, di algo, ¿no ves que está en 39 grados la pobre?

—Chingao, Adela, me lo hubieras dicho antes, vamos a cualquier hospital, en urgencias la van a atender.

Mi papá siempre ha manejado como un desquiciado, como manejan los de la ciudad de donde venimos,

pero en esta ocasión sentí que nos iba a matar. Rebasó cada auto con el que se topaba, recibió más de un insulto, los cuales siempre devolvía, y quebró cada una de las normas de tránsito habidas y por haber.

En el hospital me atendieron de inmediato. Unas enfermeras gordas y amables me llevaron a una cama en urgencias y lograron bajarme la fiebre con hielo envuelto en sábanas. "Verás que te vas a poner bien, mijita", dijo una tan arrugada como una pasita. El médico, desconcertado por mis síntomas y por lo que le decían mis papás sobre mi estado, lo de la sangre y mis pocas ganas de comer, me miraba como si fuera un crucigrama. Después, al mirarlos a ellos y a mí, resolvió que mi aparente fiebre era ocasionada por una supuesta infección en la garganta.

—Así recibe el clima a los capitalinos —dijo el médico como lavándose las manos—, con unas pastillitas seguro mañana andará como gacela en la escuela —finalizó extendiendo la receta a mis papás.

Alejandro tenía la costumbre de colarse a mi recámara cada que se ponía agresivo su papá en su casa, lo cual era casi cada noche. Trepaba un árbol cercano y entraba por mi ventana sin ningún problema.

—Ey, tú.

—Ey, tú —eran las palabras que intercambiamos de saludo.

—¿Qué has hecho en estas seis horas que no te he visto?

Me encogí de hombros.

—Leer un rato —mentí, pues no había ni siquiera sacado el libro de la mochila—. ¿Y tú? —le pregunté mientras se sentaba en mi cama.

Me sonrió con complicidad.

—Claro, que estúpida soy, ¿cómo lo olvidé? Estabas viendo tu queridísimo Dr. House.

Su sonrisa se ensanchó y, palmeando el colchón, me invitó a sentarme a un lado de él.

—¿Tu mamá no enloqueció? —me puse en la otra esquina de la cama.

—Tu sabes que sí.

Su madre era ultracatólica y creía que su misión en la vida era esparcir la palabra del Señor. Lo único que hacía en todo el día era ir a misa y rezar. Como era de esperarse, estaba en contra de la medicina y todo lo relacionado a la ciencia. Evidentemente Alejandro tenía prohibido ver ese tipo de programas. En realidad, tenía prohibido ver algo que no fuera religioso. Inclusive, si fuera por su mamá él no iría a la escuela, y lo obligarían a permanecer como monaguillo en la iglesia. Pero fue su papá quien luchó, antes de volverse alcohólico, por su educación y porque no siguiera los pasos de la mamá.

—¿Qué vas hacer cuando entres a la universidad? A tu mamá le va a dar un infarto cuando se entere que quieres ser médico.

Hizo una mueca.

—Prefiero no pensar en eso.

Y sin más me abrazó y nos acomodamos sobre el colchón. Su cabeza estaba enterrada en mi cuello y nuestras piernas entrelazadas. Sus brazos me rodeaban como si nunca me fuera a dejar ir. Nadie dijo nada, sólo se escuchaban nuestras respiraciones y temía que el silencio fuera tanto que pudiera escuchar lo rápido que latía mi corazón.

—¿Qué haces? —le pregunté desconcertada por su ternura.

—Shhh, no hables.

—Alejandro, estás muy raro.

—Solo dame un momento. Por favor.

No sé cuánto tiempo pasó, pudieron haber sido cinco minutos o dos horas las que me quedé disfrutando de sus brazos en mi cuerpo, mis manos en su cabello que jamás creí que fuera tan suave. Escuché, o quizá el silencio me hizo imaginar, que Alejandro sollozaba como si ocultara algo. A punto estuve de preguntarle qué tenía, pero escuché los pasos de mi papá en el pasillo.

—Maldición —murmuró Alejandro brincando como resorte de la cama y, justo cuando iba a saltar de la ventana al árbol, se giró hacia mí—. Nos vemos mañana.

Yo estaba parada frente a él. Antes de salir, se me acercó para darme un beso en la mejilla como solía hacerlo. Esta vez sus labios aterrizaron en la comisura de los míos. Y se fue dejándome confundida, sonrojada y con el corazón latiendo a mil por hora.

Después escuché la discusión: primero, el llanto de mi mamá; después los gritos de mi papá. Salí del cuarto,

corrí hasta el barandal de madera y me incliné lo suficiente para escucharlos.

—¿Y ahora qué vamos hacer? —preguntó mi mamá entre sollozos—. Esa fue la razón por la que nos mudamos.

Me hubiera gustado ver la escena por mí misma. Sólo me quedaba adivinar lo que estarían haciendo.

—Lo sé, algo se me tiene que ocurrir.

Se quedaron callados por un buen rato.

—Pues ni modo, buscaré otro trabajo —habló por fin mi papá.

Sentí un nudo formarse en mi estómago. ¿Buscar otro trabajo? Qué no llena mi papá con tanto cambio de trabajo.

—¿Pero dónde, Armando? Esto es un maldito pueblo, aquí nunca vas a conseguir nada como lo que tenías.

—¿Entonces qué esperas que haga? ¿Que me siente con los brazos cruzados? Ya olvida el trabajo que tenía antes, lo perdí. Es pasado.

Mi mamá se sonó la nariz.

—Pues no sé, podemos volver a la ciudad.

Esperé impaciente por la respuesta de mi papá. ¿De verdad querían que nos mudáramos de nuevo? Apenas comenzaba adaptarme al lugar y a la gente aquí. Por fin había encontrado a alguien que me entendía y con el que podía pasarme las horas sin aburrirme. No, ni loca. Si ellos querían que me mudara me tendrían que sacar a rastras. ¡Hasta me arruinaron mi primer beso! Lárguense ustedes, yo me quedo, pensé gritarles.

—¿Cómo crees eso? —la contradijo mi papá—, no le podemos hacer eso a Miriam.

Hasta que por fin escuché hablar de mí.

—¿Entonces qué?

—Ya te dije, buscaré otro trabajo. Ten paciencia.

—Cuántas veces te dije que era un error venirnos, cuantas veces te dije que este pueblo no era para nosotros y ese trabajo para ti. Ah no, pero al señor le valió un comino lo que Miriam y yo queríamos. Seguro lo que le pasa a la niña es por la mudanza. Ni siquiera ha hecho amigos la pobre. Hasta la he escuchado hablar sola en su cuarto. ¿No te has puesto a pensar en sus síntomas? No, cuál, seguro tus ganas de cambiar de trabajo te quitan el tiempo para pensarlo.

—Ya sé, ya sé, lo voy arreglar, te lo prometo.

El medicamento que me habían recetado en el hospital no estaba funcionando. Cada tanto me daban espasmos de tos que hacían que el pecho me doliera y en las madrugadas me levantara al baño a enjuagarme la sangre de la boca. Todas las mañanas despertaba empapada en sudor y mi rostro empezó a palidecer haciendo que mis labios se miraran más rojos.

—Maldita sea, ¿es que no hay un doctor decente en este desgraciado lugar? —gritó mi mamá exasperada mientras serpenteaba por la avenida principal. La única avenida. No sabía si su enojo derivaba del hecho de que odia manejar o de que genuinamente estaba cansada de tanto doctor charlatán. Tal vez ambas.

Yo no respondí. Después de conocer a mi mamá por catorce años, había aprendido que lo mejor que alguien podía hacer en estas situaciones era no decir nada y asentir. Llegamos a un hospital público con la esperanza de que me dijeran qué sucedía conmigo y si era en verdad una infección lo que tenía.

Esa vez nos atendió una doctora que parecía tener alrededor de cincuenta años. Se me figuraba a una abuela amargada, ciertamente tenía un humor de perros.

—A ver tú, niña, ¿de qué te estás quejando? —dijo pasándome un frío estetoscopio debajo de la blusa para escuchar mis pulmones—. Seguro es una gripita y tú eres una escandalosa.

Le recité los síntomas que comenzaron desde que me mudé, las noches sin dormir, bañada en sudor, los accesos de tos, las madrugadas de sangre en mis labios y la fiebre, siempre la fiebre.

La doctora sólo asentía frunciendo el ceño.

—Bueno, habrá que hacer análisis para saber con qué nos estamos enfrentando —explicó la amargada, más serena, y anotó en una hoja todos los análisis que debía realizar.

—¿No tiene alguna idea de qué podrá ser, doctora? —preguntó mi mamá desesperada.

—Lo lamento, no me atrevería a dar un diagnóstico sin los debidos análisis. Sin embargo, me preocupa esa tos y el sangrado. No es normal. Le voy a pedir que ponga a su hija en cuarentena.

Mi mamá puso la misma cara de preocupación que cuando mi papá le dijo: “empaquen todo. Nos vamos a ir de la ciudad”.

—¿Pero por qué habría de hacer algo así cuando no sé de qué está enferma? ¿Qué se supone que debo decir en su escuela?

La mujer se encogió de hombros.

—Es por su seguridad y la de todos, no queremos causar una pandemia o algo parecido, ¿cierto?

Mi mamá salió hecha una furia. Sus rizos la hacían parecer a medusa, yo sólo temía que en cualquier momento transformara a una de las enfermeras en piedra.

—Qué porquería de hospital es esto, ¿cómo que no puede dar un diagnóstico? ¿Entonces por qué carajos es doctora? ¿Y qué es esa estupidez de que tienes que estar en cuarentena?

Me limité a asentir, aunque yo seguía sorprendida. ¿Realmente no iba a salir de mi casa por sólo sabe Dios cuánto? ¿Y Alejandro?

La cena había comenzado con tranquilidad hasta que mi papá preguntó cómo nos había ido en el hospital.

—Por supuesto que no —dijo mi papá con voz firme cuando le contamos lo sucedido—. ¿Cómo se te ocurre siquiera considerarlo, Adela?

—¿Y si la doctora tiene razón? No podemos permitir que contagie a nadie en su escuela.

Por primera vez en mi vida mis papás discutían descaradamente frente a mí.

—¿Y sólo porque una disque doctora lo dijo va a perder clases la niña?

Puse lo ojos en blanco cuando escuché esa palabra: niña. Como si tuviera cinco años. Le dí una mordida a mi hot cake.

—¿Qué te pasa, Armando, vas a permitir que ande por ahí contagiando a medio mundo? Es obvio que está enferma, sólo mírala.

Los dos me vieron al mismo tiempo, justo cuando había llenado mi boca de un gran pedazo de hot cake, así que no me imagino lo estúpida que lucía, con los cachetes inflados y los ojos bien abiertos. De repente sentí mi teléfono vibrar y enseguida se detuvo. Era Alejandro, seguro. Me llamaba dos veces antes de trepar al árbol para averiguar si estaba en mi cuarto.

Me levanté de mi asiento callada por miedo a interrumpir la discusión y subí corriendo a mi recámara. El esfuerzo me dejó sin aire.

Alejandro estaba sentado en el árbol, esperando pacientemente a que le abriera la ventana.

—Ey, tú —le dije.

No me respondió. En cambio me abrazó como si intentara romper todos mis huesos.

—¡Alex! —me quejé—, no puedo respirar.

Se separó de mí.

—Lo siento, te extrañaba.

—Pero nos vimos en la mañana.

No me contestó. Se metió las manos en los bolsillos, un hábito que mostraba cuando se ponía nervioso.

—Tengo algo que decirte —por fin habló.

Esa frase, en todas y cada una de sus variantes, me provocaba un nudo en el estómago. Eso mismo me dijo mi papá antes de venirnos, y eso mismo me dijo mi mamá antes de decirme que lo apoyaba. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me dieron ganas de toser.

—¿Sucede algo malo? —me adelanté.

—No, ¿cómo crees? No, todo lo contrario, espero. Eh, yo bueno… sé… sé que nos conocemos desde hace poco, pero pues hemos convivido mucho desde el primer día que llegaste y yo, bueno…

—Alejandro, por el amor a Dios sólo dilo.

—Me gustas —por fin se me declaró.

Definitivamente no me lo esperaba.

Las desgraciadas mariposas comenzaron a revolotear sin control. Y me hicieron olvidar las ganas de toser.

No sabía qué decir. Él me gustaba, pero no sabía qué era ser novios, jamás había tenido una relación con alguien. ¿Y ahora qué?, ¿teníamos que besarnos y besarnos?

—Por favor, di algo.

—Yo… —me costaba trabajo respirar de lo nerviosa que estaba, mis manos sudaban y mantenía mi vista en el suelo. —Tutambiénmegustas.

Se acercó a mí hasta que sus zapatos aparecieron en mi campo de vista. Con sus dedos levantó mi barbilla provocándome esa sensación que nunca he podido describir, pero que te hace sudar las manos y que te rías sin saber las razones, hasta que mis ojos se toparon con los suyos.

—Dilo de nuevo —me pidió.

Tomé una gran bocanada de aire.

—Tú también me gustas —le dije sin temor a repetirlo.

Sonrió; su boca hizo esa mueca que me volvía loca. Bajé la vista a sus labios y reprimí las ganas de besarlo. Jamás había tenido tantas ganas de besar a alguien como lo deseaba besarlo.

—¡Alejandro! ¿Dónde chingados te metiste?

El grito de su papá hizo que pegáramos un salto y la mirada cariñosa de Alejandro se convirtió en terror puro. Y no sé por qué, pero su cara me recordó la vez que me contó que su papá lo había golpeado porque creyó que se le había acabado el dinero para el alcohol y pensaba que su hijo se lo había robado.

—Lo lamento, tengo que irme —me dijo.

Y no lo quise detener por temor a que esa noche también lo golpeara. Me dio un beso en la frente y saltó por la ventana.

Llevaba una semana sin ir a clases. Al final mi mamá se había salido con la suya, como siempre lo hacía, y yo estaba más aburrida que una ostra. Karen y Jimena me enviaban mensajes contándome cada chisme que pasaba en la escuela, los cuales no eran muchos y no eran tan interesantes. Cada vez que me preguntaban por qué no salía de mi casa y no iba a la escuela, cambiaba la palabra cuarentena por varicela, aunque no estaba segura de qué era eso y sólo había escuchado esa palabra cuando mi prima Conchita se llenó de granos rojos.

Durante esa semana no vi a Alejandro, ni hablé con él. La ansiedad me carcomía. Pensaba que lo que había pasado la otra noche en mi habitación había sido un sueño, luego me repetía una y otra vez que era verdad, pero que él se había arrepentido y por eso ya no me visitaba. Me moría de ganas por salir corriendo a su casa y preguntarle la razón de su ausencia, pero su mamá se pondría furiosa si una chica lo buscara y más aún a estas horas de la noche. ¿Eso cómo nos dejaba? ¿Seguíamos siendo amigos, o éramos algo más? Estas preguntas me quitaban el sueño por las noches.

Cierta vez estaba con mi mamá en la sala viendo un programa de cocina, el único tipo de programas que ella veía, aunque no le gustaba cocinar. Estábamos cubiertas por una cobija gruesa para aguantar de alguna manera el frío. Mi papá había salido todo el día, cuando pregunté por su ausencia, ella simplemente me dijo que estaba en el trabajo. No entendía por qué no podían simplemente decirme la verdad.

De repente, el teléfono vibró y mi corazón se aceleró al saber quién era.

—¿Quién te habla tan tarde? —preguntó mamá sin despegar la vista de la televisión.

—No es nada, sólo unos correos, yo creo que ya me iré a dormir.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches —le dije.

Y me dio un beso en la mejilla y subí corriendo las escaleras, emocionada por verlo de nuevo. Ahí estaba él, sentado en la rama que se extendía fuera de mi ventana.

—Alejandro —susurré cuando entró a mi recámara.

Me abrazó hasta que no hubo aire en mis pulmones.

—Dios, estaba tan preocupado, pensé que quizá no querías verme por lo que te dije la otra noche.

Sus palabras me tranquilizaron y todos los temores que había tenido durante la semana se esfumaron. Cuando nos separamos, sus manos acunaron mi rostro, dejándolo a solo centímetros del suyo.

—¿Por qué no fuiste a la escuela toda la semana?

Podía ver sus hermosos ojos buscando desesperadamente por respuestas en los míos.

—No me he sentido bien últimamente.

No me contestó. Dejó soltar un suspiro mientras recargaba su frente sobre la mía y una de sus manos se iba lentamente a mi cintura para acercar aún más nuestros cuerpos. Podía sentir su calor. Sus ojos se habían cerrado, pero los míos estaban abiertos, estudiando cada uno de sus rasgos: su piel morena iluminada solamente por la luz de la luna, sus largas pestañas que siempre había envidiado, su afilada mandíbula y de nuevo sus labios.

Abrió sus ojos y esta vez no estaban sobre los míos, sino que veían fijamente mi boca. Nuestras respiraciones se habían vuelto pesadas y mis manos temblaban sobre sus brazos.

Y sin más, desapareció el corto espacio que nos separaba y nos quedamos quietos, en espera de alguna señal de rechazo, pero cuando notó que yo no ponía resistencia, aumentó el movimiento y sentí el calor de su respiración. Jamás creí que mi primer beso me marcaría

de por vida. Bien pude haber obedecido a mi mamá y a la doctora, haber hecho a un lado a Alejandro, pero mis deseos me motivaron hacer lo contrario. Mis manos instintivamente se fueron a su cuello y acariciaron su nuca, mientras que las suyas, que estaban sobre mis mejillas se fueron hasta mi cintura.

Entonces sentí el líquido recorrer mi garganta hasta mi boca. Aunque pasó por mi mente que podría tratarse del saliveo, de la sensación provocada por el primer beso. Jamás pensé que se trataba del sabor del hierro y del miedo. Entonces empujé a Alejandro. Él me miró confundido y comenzó a preguntarme qué me había pasado, pero yo sólo miraba el hilo rojo recorrer la comisura de su boca, resbalarse hasta su barbilla, y manchar su camisa. ¿Cómo podía no sentirlo?

Corrí al baño, sabía que él no podría seguirme, no con mi mamá aún en la casa. En cuanto cerré la puerta con seguro, un espasmo, el más largo que había tenido hasta entonces, me atacó como si me estuviera ahogando, como si estuviera devolviendo los pulmones.

Aunque me sentía mal, muy mal, y el dolor hizo que me doblara. Por mi cabeza sólo pasaba la preocupación de Alejandro. Imagino que al principio se sintió rechazado, quizá pensó en irse a su casa y no volver nunca más, quizás escuchó mis espasmos y dedujo que no había ido a la escuela por mi salud. Fue entonces cuando caminó sigilosamente por el pasillo y se paró frente a la puerta y me preguntó si me encontraba bien. Tosí como ningún otro día y cuando por fin me detuve, comencé a sentirme

mareada. No sabía si era por la pérdida de sangre o por los nervios que sentía. Seguro Alejandro escuchó los pasos de mi papá, que subía a donde nos encontrábamos. Antes de ser descubierto, corrió a mi recámara a trepar el árbol y escapar. O bien, quizá Alejandro jamás cruzó el pasillo, ni escuchó mis espasmos, ni tocó la puerta preguntando si me encontraba bien. Quizá quien sí lo hizo fue mi papá y mi estado me hizo confundir a uno con el otro.

—Hija, necesito que bajes a la sala, por favor —dijo por fin papá mientras tocaba la puerta del baño.

Enjuagué mi boca en el lavabo y me lavé los dientes con la esperanza de que no notaran lo sucedido. Me miré en el espejo y me asusté con lo que vi. Mi piel estaba pálida, mis labios aún más rojos y mi frente estaba cubierta por una fina capa de sudor. Amarré mi cabello en una coleta alta y bajé a ver que querían mis papás esta vez.

En cuanto bajé, los vi sentados en el sillón con expresiones muy serias, como si temieran lo que iban a decirme.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Siéntate, querida, por favor —dijo mi mamá preocupada— es que tenemos que...

—Nos llamaron del hospital —esta vez habló mi papá—. Ya tienen los resultados de los análisis.

—¿Y? —pregunté pensando por qué no podían ir directamente al grano.

—Aquí no tienen el tratamiento que necesitas y debemos volver.

Me rasqué la cabeza aunque no tenía comezón, era un hábito que tenía cuando me sentía ansiosa. Las palabras volver, casa y Alejandro se me atoraron en los pulmones, y me dieron ganas de toser otra vez.

—¿Me pueden decir de una vez por todas que es lo que tengo? —les grité—. No se puede con ustedes, apenas me estoy adaptando y ya se quieren mudar de nuevo.

Nadie habló, simplemente se dedicaban miradas que tenían algún significado para ellos, como si se hablaran con la mente.

Entonces me lo dijeron. No entendí al principio qué significaba. Las veinte letras de las dos palabras me parecían confusas como el nombre de un extraterrestre o el nombre de un medicamento, de esos que nadie puede pronunciar. Luego empecé a desordenarlas en mi mente para darles significado: cistoulresub urnapmol, buserlutocis lompanru; las dije una y otra vez, hasta que me dieron vueltas y me mareé. Alguna vez había escuchado hablar de eso, pero nunca le había puesto atención. Mis papás empezaron explicar que el tratamiento tenía distintas etapas y requería de muchos medicamentos que evidentemente no tenían aquí.

—Pero no me quiero ir —los reté.

—Oh, por Dios, hija, no seas ridícula. ¿Prefieres quedarte aquí a morir con esa enfermedad?

Mi papá le dio un golpe en el hombro por ser tan dura conmigo.

—Pero… que… —me quedé sin palabras.

Esto era el colmo. ¿Cómo sabían ellos lo que era mejor para mí? Ellos no sabían nada.

—Pero nada, Miriam, tu mamá y yo ya tomamos la decisión.

—¿Y no puedo ir simplemente a un hospital aquí?

—Ya te dijimos que aquí no tienen lo que necesitas, entiende.

—¡Pero yo no me quiero ir!

—No te pregunté, ahora sube a tu habitación y empieza a empacar. Ya sabes donde están las cajas.

Quise gritar y patalear. Jamás me había enojado tanto. Pero sabía que de nada me serviría. Me levanté de golpe del sillón y subí furiosa las escaleras hasta mi recámara. Alejandro ya no estaba.

Pensaba que al volver a casa todo volvería a la normalidad, que sería como si los últimos meses hubieran sido un sueño, pero el aire contaminado inundaba mis pulmones cada vez que salía al doctor, provocando que tosiera más; las multitudes me pisoteaban y asfixiaban, los pitidos y maldiciones me irritaban y el lugar lucía deprimente con sus lluvias interminables. La ciudad era tan grande y aun sí se sentía tan pequeña, tenía ganas de correr, pero el brazo de mi madre sobre el mío me mantenía a su lado.

El tratamiento era un infierno, siete pastillas todos los días: tres rojas que tenían el tamaño de balas calibre .22, una rosa que tenía la apariencia de un dulce de fresa, pero sabía a jarabe para la tos, una amarilla y una café

que apestaba. Como si mi suculento cóctel medicinal fuera poco, debía usar un tapabocas que ahogaba mis palabras y tenía prohibido salir de mi casa.

Estar encerrada en las cuatro paredes de mi habitación se había vuelto peligroso. ¿Qué estaría haciendo Alejandro?, ¿porque no me había llamado? Después de una semana de haberme mudado decidí llamarlo. El lunes le marqué tres veces. Nada. Seguro notó la sangre en su camisa y se espantó. El martes le marqué dos veces y a la tercera entró el buzón al segundo timbrazo. Seguro se arrepintió de haberme besado. El miércoles sólo hubo tres timbrazos antes de que entrara al buzón. Seguro que había llegado una chica nueva. La llamada del jueves ni siquiera llegó al primer tono. Seguro Alejandro ya me había reemplazado. El viernes, su teléfono estaba apagado. Seguro ya me había olvidado.

No hubo lágrimas, ni gritos, ni me quedé todo el día en cama. Aprendí que la depresión no siempre es así, que a veces simplemente no sientes nada, a veces te quedas todo el día viendo el paisaje por tu ventana, viendo a las personas pasar, seguir con su vida cuando tu le pusiste pausa a la tuya.

Aun así no podía ignorar mis sueños: Alejandro escalando el árbol fuera de mi ventana, entrando a mi recámara, saludándome con su típico "ey, tú" y su sonrisa de lado. Pero luego el sabor a sangre me despertaba.

Cada vez que salía de mi cuarto, mi mamá reparaba en la cara de depresión que me cargaba y comenzaban sus reclamos: "¿Por qué traes esa cara? Esa no es la

actitud que deberías tomar. Deberías estar agradecida de habernos mudado y que además tu padre consiguiera un trabajo pronto". En varias ocasiones le contestaba cosas como: "pues no me mires. Yo te dije que no me quería venir". Ese intercambio de palabras era suficiente para que mi papá también me regañara: "eso es suficiente, Miriam, o le bajas o….", ahí se detenía, como si mi enfermedad lo hiciera verme con lástima. Yo me encerraba de nuevo en mi cuarto.

Luego de unos días me enteré de la noticia. Hacía frío, un frío nostálgico como el del pueblito que me recordaba las mañanas en que Alejandro y yo caminábamos en los jardines de la escuela. Era domingo y mi papá resolvía el crucigrama del periódico, mientras mi mamá preparaba el desayuno. Yo comía la papaya que era parte de mi nueva dieta y si no fuera por la estación de radio favorita de mi madre el lugar estaría en completo silencio.

Mi papá como siempre tenía un cochinero en el comedor, todas las hojas esparcidas por doquier, cosas de su trabajo y anuncios de clasificados y la sección de deportes. De repente soltó un grito cuando por fin había adivinado la respuesta de la pregunta que lo había atormentado por los últimos quince minutos y con la lengua de fuera escribía emocionado la palabra.

Entonces mi celular vibró y mi ritmo cardiaco se aceleró al pensar que podía ser Alejandro, pero me decepcioné al ver que sólo era Karen. Al principio decidí ignorarla, seguramente era otro chisme absurdo, de esos

que hablan sobre una de las fiestas en la casa de algún compañero, o si fulana ya estaba saliendo con zutanito. Pero en cuanto dejó de sonar, me llegó un mensaje de ella: "necesito hablar contigo". Y de nuevo sentí ese nudo en la garganta y las manos me comenzaron a sudar. Lo primero que pensé fue que seguro Alejandro ya andaba con otra. Pinche Alejandro. Todo podría haber pasado. Me levanté de la mesa y, cuando estaba a punto de llegar a mi habitación, mi mamá me gritó:

—¿A dónde crees que vas?

—Tengo que contestar una llamada —dije como si fuera lo más obvio del mundo.

—No, primero desayunas —sentenció.

—Es Karen.

Mi mamá me dedicó una mirada de reproche, pero al final dijo:

—Bueno, pero que sea rápido; la comida ya casi está lista.

Una vez en mi recámara, le marqué y me contestó al primer tono.

—Miriam —dijo sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Necesito decirte algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Ay Dios, no sé cómo decírtelo.

—Con palabras, Karen, sólo dilo —grité ya enojada.

Lo que me dijo parecía igual de imposible como si me hubiera dicho el cielo se había cubierto de rojo, o el rojo es el color favorito de los enamorados, o el rojo es la sangre, o el rojo también es la enfermedad o el color de los besos de los enamorados.

Después recordé el primer y único beso y también el último que le había dado a Alejandro y la palabra que siempre había batallado en comprender por fin se formó en mi mente y la entendí.

Buserlutocis, lompanru, cistoulresub urnapmol.

Las letras las fui formando en mi mente, luego las sílabas, luego las palabras.

Las pronuncié una y otra vez hasta sentir en mi lengua su significado.

Y a ellas se le unió Alejandro. Y también la palabra culpa, mi culpa.

Y la cabeza empezó a darme vueltas. Y las paredes del cuarto me oprimieron.

—Alejandro murió de tuberculosis pulmonar —entendí por fin a Karen.

Y el teléfono se me resbaló de la mano.

Lucanor para pubertos:
de lo que aconteció a un joven que se hizo amigo y vasallo del diablo

Víctor Bocanegra

Habla un día el maestro Lucanor con su adjunto de esta manera:

—Patronio, un hombre dice que sabe muchas maneras, tan bien de mujeres como de otras cosas y, que aprovechando su consejo, podré yo llevar a cabo muchas conquistas que reanudarán en beneficio mío. Empero, como no le conozco mujer alguna, dudo que haya una verdad en sus palabras. Te pido que me aconsejes, por la confianza que te tengo, lo que debería hacer yo en esto.

—Querido maestro —dijo Patronio—, para que haga como más le convenga, me gustaría que supiera lo que aconteció a un joven con el Diablo.

El profesor le rogó que se lo contara.

—Maestro. Un estudiante de esta facultad, que en otro tiempo se dedicase a otros saberes, había sido muy diestro en el trato con las mujeres, pero al entrar a Letras llegó a tal mala racha que no tenía a quien llevarse a la cama. Y como no hay en el mundo mayor desventura para quien lo ha probado todo que obligarse al celibato,

el joven cargaba una gran pena en su corazón, por no decir en sus calzones. Un día en que ya casi se volvía loco, mientras leía en la biblioteca, pensaba en su triste desfortuna y el Diablo astuto hizo su aparición.

"Como Él sabe todas las cosas pasadas —continúo el adjunto— conocía también la preocupación que aquejaba al muchacho, pero aún así le preguntó la razón de su congoja. Y el joven, más sorprendido que indignado, le contestó desmesurado que para qué se lo iba a decir, si en Él no veía el cómo remediar su tristeza. El Diablo entonces le dijo que si pusiera en práctica todo lo que iba a aconsejarle, pronto acabaría con su pena y, para hacerse creer, comenzó a enumerarle cuáles eran y la causa de su honda tristeza, dándole a entender que era sabedor de toda su vida y de las vidas de los otros: Te llamas Víctor Hugo, dijo el Diablo, tienes el nombre pero te falta el alma del poeta; si cumples con lo que te ordeno, te sacaré pronto de tu miseria y serás más mujeriego que un proxeneta. Pero si te pones más listillo, serás incluso más ligón que cualquier hombre de tu linaje haya sido, pues yo soy el Diablo y tengo poder para hacer y deshacer.

"Cuando el joven oyó decir que era el Diablo —retomó Petronio su cuento— se receló mucho de sus palabras y, creyéndose estafado, no le quedó de otra que decir: Esto es demasiado reaccionario. Nadie te creería, *le diable n´existe pas*. Oyó el Diablo esto y con una sonora carcajada contestó: En nuestra época lo reaccionario es creer en Dios. Yo soy Satanás y nada de lo humano me es ajeno. No olvidemos que el Diablo busca siempre el

momento propicio para engañar a sus víctimas. Por ello argumentó así para embobar al joven: De todo, hiciste bien en hablarme en francés, pues de ahí viene el método para poner a las mujeres al revés y a tus pies.

"Como el joven se encontraba necesitado, le contestó que haría todo cuanto él quisiese, siempre que le sacara de su terrible celibato. Entonces hicieron sus compromisos y el muchacho se convirtió en vasallo del Diablo: se cambió a Letras Francesas y aprendió un gran número de poemas desde Mallarmé a Paul Verlaine y de Rimbaud a Bauledaire. Una vez que los pactos se firmaron, el Diablo, más orgulloso que vanidoso, le dijo de esta forma: Tienes ahora la labia del poeta de los Alcoholes y el respaldo de Las once mil; ve ahora a escribir tus memorias, joven Don Juan cariz de albañil, y lígate a una mujercita, pues no hallarás nunca puerta alguna que, por muy cerrada que estuviera, no te abriese su ranurita. Y si acaso te quieren en peligro o poner sumiso, no tienes más que pronunciar mi nombre, que es Guillermo Apollinaire, e inmediatamente estaré contigo y te libraré de cualquier compromiso.

"Quedó todo firmado y cada quien partió en distinto camino.

"Entonces el joven del que le hablo se dirigió una noche, porque los malos aborrecen la luz, a una hermosa jovencita y luego que llegó a ella le dijo dulcemente:

"Oh, puertas de tu cuerpo
son nueve y las he abierto todas
Oh, puertas de tu cuerpo
son nueve y para mí se abrirán todas.

"Sin poder resguardar sus tesoros, la joven se entregó al muchacho con todos sus olores. El muchacho, más ganoso que aprendiz, días después hizo otra conquista y horas más adelante otra y otra más, llegando a quedar tan calavera, que ya no se acordaba de lo que era, pues tanto abusó del consejo del Diablo el desdichado, que se metió con la mujer prohibida.

Aquí el adjunto hizo una pausa para dejar en suspenso a su maestro. Y como el guía se desesperó, el aprendiz continuó por fin:

—El novio de aquella chica supo lo sucedido y fue buscar al mujeriego para ponerle una paliza. El joven invocó al Diablo al saberse descubierto, quien aporreó al cornudo hasta dejarlo casi muerto. Como el joven vio que Apollinaire cumplía su promesa, comenzó a abordar a tantas mujeres y pronto creó su harén, como nunca tuvo el mayor de los sultanes, se hizo más popular en la Facultad que el herpes.

"Una vez se le juntaron dos amores y a poco estuvo de que las despechadas disiparan los rumores dejándolo sin ojos, pero el episodio no llegó a mayores porque pronto apareció el famoso ablandando elegantemente: Queridas mías, no hay razón para enfurecerse. Si mi vista no me engaña, ustedes son dos damas exigentes; con sus cuerpos persiguen la fortuna y con sus corazones el amor. Mi joven amigo y yo mismo nos ponemos a sus pies. Si las tuviésemos en la cama, les probaríamos nuestra pasión veinte veces seguidas. ¡Que las once mil nos castiguen si miento!

"La honestidad y la potencia del demonio fueron probadas aquel día.

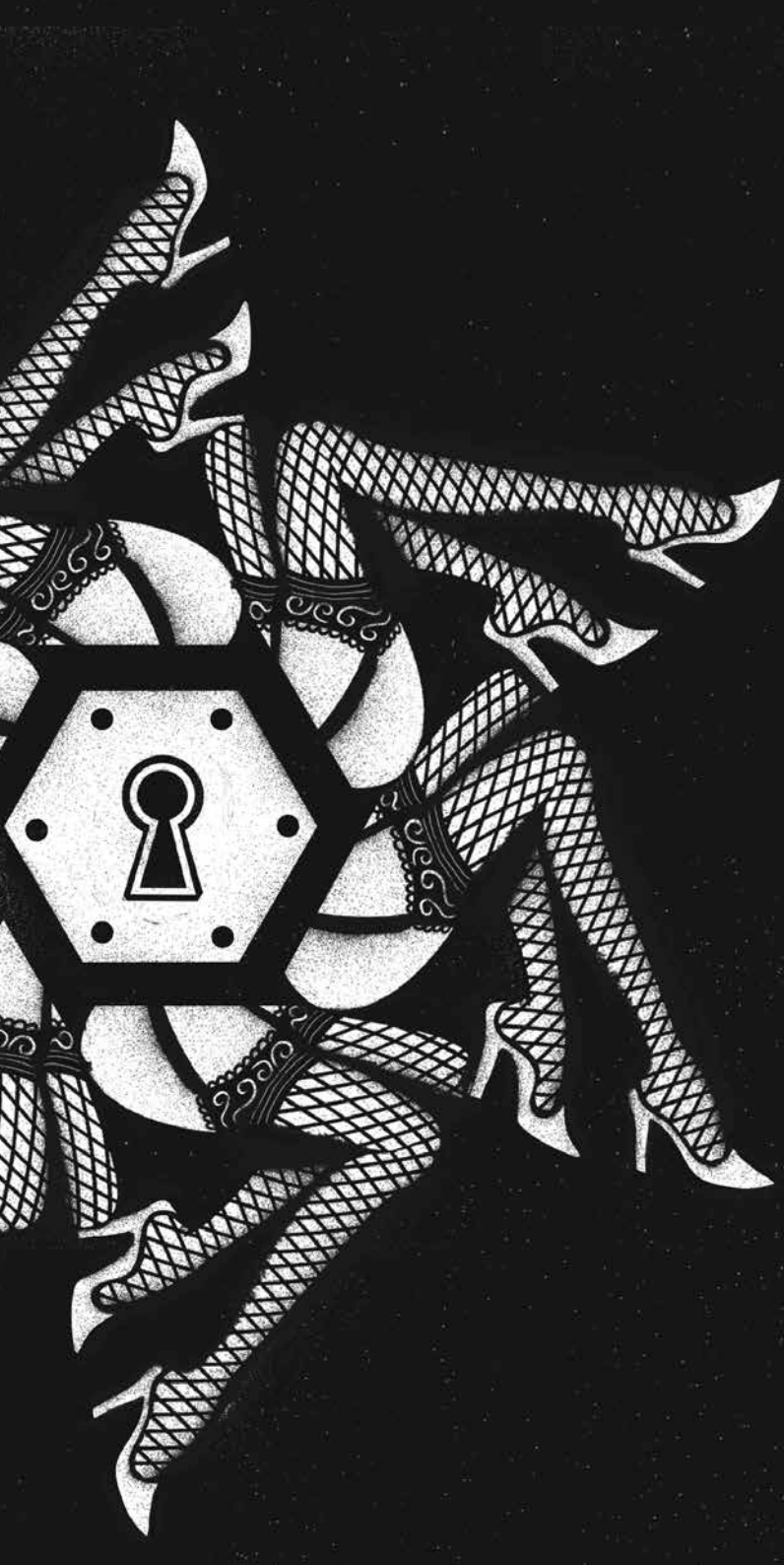
"Envalentonado con tal protección, aquel joven calavera siguió con sus requiebres, entregándose a voluptuosos placeres, hasta que una tierna jovencita quedó prendida y preñada de él, metiéndolo así otra vez en apuro terrible. Nuevamente, sin embargo, invocó al sabido Mefistófeles, pero esta vez tardó tanto en llegar, que a aquella ya se le notaba la panza redondeada. El joven estaba ya resignado a la mortal paternidad, cuando llegó don Guillé y con misteriosas artes le libró de la condena, no sin antes advertirle: Mi joven amigo, cualquier estúpido puede conquistar a una mujer, pero saber abandonarla es algo que sólo puede hacer un verdadero hombre.

"Esto poco importó al insensato joven, quien siguió metido en las faldas como picaflor. Y una noche, queriéndose entregar a los placeres del Marqués de Sade, caminó por las oscuras calles de un mal sitio, donde al pie de una esquina, bajo la amarillenta luz de un poste, encontró el joven a una rubia dinamita. Era una criatura extraordinaria. Más rubia que el fuego y de muslos leoninos, fumaba impacientemente dando un aire de espera. El joven casanova se dirigió a ella mirando alternativamente los profundos ojos de pupila azul y a la boca escarlata un poco carnosa y llamativa.

"Soñé contigo esta noche:
Y yo, así como se saborea una fruta
Te besaba toda la boca
Un poco por todas partes, monte valle, llanura.

Era de una elasticidad,
De un resorte verdaderamente admirable.
Dios… ¡Qué aliento y qué cintura!

"Pero aquel avatar del sexo, criatura exorbitante y tan increíblemente atractiva, permaneció de pie, impasible y en silencio. Llamó el joven a Lucifer, mientras ella se llevaba otro cigarro a la boca, y Lucifer ya estaba encima de ella dándole fuego.



¿Qué ocurre, Apollinaire? ¿Por qué tu hechizo no funciona con esta hembra?, dijo el mujeriego. Soy devoto de tus intereses, respondió Él, contempla a uno de los pocos artefactos que ha producido este país, una obra embestida del genio mexicano: una gran puta. En esta bolsa hay buen dinero, dásela y os entregará el florero.

"Hizo así el joven y junto a la putita entró a una pobre habitación, reflejo toda del alma del libertino. Ahí encerrados se entregaron a un lento y voluptuoso placer y, cuando el joven se proponía a cruzar por su novena puerta, descubrió en su lugar el artificio de un transexual. Presa de un pánico terrible, el joven trató de huir aún sin vestimenta. El hermafrodita se incorporó y se puso a explicar tranquilamente el error con estas palabras: Cariño, si te quieres ir es cosa tuya, pero ya me has pagado y no voy a devolverte ni las buenas noches.

"El joven contemplaba sus cosas, sintiendo vergüenza y tal vez envidia de aquel tamaño error de la naturaleza; luego reflexionó: a ninguna he dejado libre, a todas las he hecho venirse; que valga la pena el pago. Se acostó con aquello y semanas después terminó arrepentido: ni su protector lo salvó del sarpullido, que por vergüenza escondió sin medicarse y que le trajo repentinamente la muerte.

"De este modo perdió aquel infeliz cuerpo y alma por creer en el diablo y confiar en él. Y esté bien seguro, maestro, de que todos los que lo han hecho han tenido mal fin. Tome en cuenta, además, que como escribió Rollinat, "la enfermedad es mujer", y si no me cree,

acuérdese de Ana, de Naná y de Bovary. Usted, maestro Lucanor, en cuanto a su empresa, lo que quisiere hacer en cuerpo y alma, confíe solamente en su experiencia y templanza: no haga caso de franceses u otros devaneos porque debe saber, que entre los desatinos que los hombres más cometen y que más penas le ocasionan, está la de creer en aquellos que presumen sus amores —finalizó Petronio.

El maestro tuvo esto por muy buen consejo, así lo hizo y se halló muy bien por ello.

Y como este estudiante encontró aquí un buen ejemplo, lo escribió en este texto e hizo estos versos:

Quien ponga su fe en poetas franceses,
tendrá mala suerte y sufrirá herpes por meses.

Zehn kleinkinder

Carolina Herrera Hernández

Dentro del cuarto, un oficial comienza a revisar la lista detenidamente:

Aleida Feldner — mujer, ocho años.
Norman Feldberg — hombre, ocho años.
Von Koslosky — hombre, ocho años.
Kaiser Gassman — hombre, nueve años.

El doctor Arnt Schumancher suspira con impaciencia, balanceándose ligeramente sobre sus talones; necesita descansar.

Peer Fangman — hombre, diez años.
Odbart Joffe — hombre, once años.
Otylia Hurwitz — mujer, once años.

El oficial continúa sin que se le escape ningún nombre y el doctor lo observa; es alto, de ojos azules; no ha de rozar los veinticinco años de edad; su acento aún conserva cierto aire francés.

Maddalyn Ernst — mujer, doce años.
Magnilde Isaak — mujer, doce años.

—¿Ha terminado? —pregunta Schumancher con una sonrisa y guarda sus manos en los bolsillos de su bata de laboratorio.

Su interlocutor asiente a medida que cierra el portafolio y lo entrega a uno de los coroneles a sus espaldas.

—Bien.

La habitación oscurece con cada segundo. Schumancher es consciente del arma dentro del bolsillo izquierdo del oficial; cualquier movimiento en falso significaría condenarse a sí mismo.

—¿Cuándo los podré examinar? —inquiere luchando contra el creciente nudo en su garganta, pues desea salir de allí inmediatamente.

—Saldrán de Berlín mañana a primera hora, usted los recibirá antes del mediodía; no debe cometer errores —contesta el coronel a su derecha, conocido como Eberhard Günther.

Schumancher frunce el ceño, pero se repone para no lucir ofendido. En sus tres años trabajando para Auschwitz ha presenciado gran parte de los avances psicológicos más relevantes de la humanidad; ha realizado estudios de psicosis, de anatomía cerebral; ha sometido pacientes a radiación, a ondas de frecuencia mortíferas y nunca comete errores.

Luego lo escoltan seis hombres hacia la salida, donde el aire helado de Polonia lo golpea en el rostro. Se envuelve dentro de su viejo abrigo de piel, en un miserable intento por no contraer otro resfriado. Cuando Alemania solicitó sus servicios dentro del territorio so-

viético, nunca consideró el clima como una desventaja importante; sin embargo, sus propios pacientes son tan débiles que contraen hipotermia a diario, y él mismo se ha visto obligado a detener significativos trabajos de investigación para contrarrestar sus constantes problemas de inferioridad.

Antes de retirarse, Günther lo somete a una última evaluación de seguridad. Marionetas, piensa Schumancher con un dejo de desdén mientras es revisado. Si de algo está orgulloso, es el contar con la astucia e inteligencia suficiente, atributos que lo llevaron a conseguir un título científico antes de haber sido obligado a ser parte del ejército. Los actos bélicos son para él un derroche significativo de ciudadanos que podrían ser útiles para al desarrollo tecnológico del país. La decadencia humana sólo marca el comienzo de una nueva era. El hombre, como cualquier ser vivo en su época, predominará en el mundo, y como cualquier otro ser vivo, sucumbirá ante la evolución. *Und so weiter, und so weiter*.[1]

Maddalyn Ernst es judía, su familia es judía, sus amigos son judíos, sus vecinos eran judíos y los nueve niños arrinconados en el extremo opuesto del vagón de carga también lo son. Se examinan mutuamente en la oscuridad; el mismo terror, la misma desesperación, uno es el reflejo de otro. A su lado yace Otylia Hurwitz, a quien conoció, con el rostro oculto por su melena castaña, hace un par de semanas durante los trabajos forzados en

[1]Etcétera, etcétera.

Berlín. La escucha llorar y la envidia; Maddalyn no tiene más lágrimas que derramar. Se pregunta si sus padres continuarán con vida. La idea de no volver a verlos oprime su pecho. La ansiedad no le permite dormir. Tiene miedo. Tiene mucho miedo.

El modesto departamento de una planta donde habita Schumancher se encuentra en las afueras de la ciudad de Oświęcim, es oscuro y frío, no tiene un buen flujo de agua y hay rupturas en el techo. La puerta está oxidada y el cerrojo no funciona, por lo que está protegida por una cadena enredada en el picaporte, impidiendo su movilidad, sujeta con un candado viejo. En el interior de la estancia se haya una cama individual y unos cuantos libros desgastados sobre un escritorio de madera. Una bañera se encuentra en un cuarto anexo, junto a la valija que Schumancher utiliza como armario. En sus treinta y un años jamás se había visto obligado a sobrevivir en circunstancias tan detestables. Es insultante. El hombre se deja caer frente a su escritorio con un gruñido amortiguado. Auschwitz continúa desgastándolo, su cabeza terminará explotando si vuelve a escuchar a otro de esos demonios gritar en los pasillos. Todo es por la ciencia. La ciencia y el progreso. Alemania es la capital del conocimiento, Alemania, donde las mentes brillantes se reúnen para decidir el destino de la humanidad. Alemania, Alemania, Alemania.

Schumancher examina el cielo desde su única ventana e intenta imaginarlo años atrás. Ve bombarderos occidentales, con la esvástica reluciente impartiendo terror

en las tropas enemigas. También ve ejércitos inundando las calles, edificios sucumbir ante su propio peso y civiles enterrados entre los escombros; avenidas enteras bañadas en sangre, cuerpos apilados unos sobre otros, masacre tras masacre. Observa a la ciudad entregarse al reinado del Führer. Para conquistar una nación, conquista a sus ciudadanos. La guerra no fue más que un rumor durante la juventud de Schumancher, las noticias no expresaban su naturaleza, nadie se detenía a comprender la situación fuera del país. Los niños corrían blandiendo recortes de periódico, los hombres se abrazaban unos a otros, las mujeres sonreían.

"Ha caído Polonia", se escuchaba en las calles.

"Ha caído Austria", se leía en los periódicos.

"Ha caído Francia", se decía en la radio.

Las noticias le daban nauseas.

Los habitantes de Oświęcim no abandonan sus hogares, viven de cupones y despensas caducadas. De vez en cuando se puede divisar a un puñado de oficiales irrumpiendo en edificios, apresando a cualquier civil desprevenido. Detesta Polonia.

Aunque está oscuro, Schumancher no consigue dormir; observa las manecillas de su reloj de muñeca. Tres horas más. Dos horas más. Nuevamente, como en un sueño helado, se descubre a sí mismo de pie frente a las instalaciones de Auschwitz al amanecer.

Maddalyn se estremece al momento en que el vagón se detiene. Otylia se aferra a su brazo en un intento por

no perder el equilibrio. Escucha pasos, imagina soldados armados esperando para fusilarlos al abrirse el compartimiento; escucha gente hablando alemán pero con un acento desconocido, ¿ruso?, ¿austriaco? Mira a los otros niños inmovilizados por el pánico, un chico delgado vomita bilis sobre sus pantalones. Las manos de Maddalyn tiemblan sin control. Otylia estruja el dobladillo de su camisa. El sonido de la compuerta deslizándose le detiene el corazón.

—Salgan —grita un hombre y los pasajeros se sobresaltan.

La niña entrecierra los ojos, cegada por la luz de cuatro linternas apuntando directamente a su rostro. El aire gélido de invierno quema su piel.

—Salgan —vuelve a gritar el hombre ahora golpeando con el puño las paredes del vagón.

Un chico alto y de cabello oscuro es el primero en erguirse, sus piernas tiemblan descontroladamente debajo de su uniforme. Maddalyn se incorpora después de él. Uno tras otro, los diez niños forman una línea recta frente a los oficiales.

—Han llegado —anuncia un SS-Unterscharführer[2] en el umbral de la minúscula oficina del doctor Schumancher.

El doctor observa al uniformado durante un par de segundos a través de sus anteojos y se incorpora. La falta de sueño le ha dejado en un estado sombrío: su cabello rubio cae desaliñado sobre su frente, sus brazos se ba-

[2]Sargento segundo.

lancean sin fuerza en sus costados, su cerebro no procesa la información con facilidad y la migraña es más insoportable.

El Unterscharführer lo conduce por los pasillos del hospital, sus botas crujen sobre la madera, el olor a cloroformo les perfora la nariz. Se detienen frente a una sala de interrogación, en donde se encuentra escuálida, temblando si cesar y con unas gruesas lágrimas corriendo por sus mejillas hundidas, Aleida Feldner. Su uniforme desgarrado es tres veces su talla, es un trapo incómodo que le dificulta caminar. En el centro de la habitación yacen dos sillas metálicas, una frente a la otra, en la disposición de la tortura verbal. Schumancher entra a través de una puerta blindada, se sienta cautelosamente y entrelaza los dedos.

La niña lo imita.

—Hola —saluda forzando una sonrisa.

Aleida lo ignora; es incapaz de pronunciar palabra.

Schumancher continúa y abre el portafolio de su investigación.

—Mi nombre es Arnt, Arnt Schumancher.

Schumancher extrae un formulario. Siente los ojos de dos oficiales a sus espaldas. No debe cometer errores.

—Te haré varias preguntas —dice— y quiero que cooperares.

Le pregunta sobre su procedencia, su edad, los miembros de su familia; la hace contar del uno al diez y del cincuenta al cien; le muestra una imagen, le pide que la describa.

Aleida no se equivoca en sus respuestas.

Tras ella entra un niño castaño de nombre Norman Feldberg, viste un uniforme bañado en vómito. Schumancher le pide que sume, que memorice palabras, que distinga contornos. Luego pasa Von Koslosky, pálido y menudo, seguido por Kaiser Gassman y Peer Fangman, ambos de complexión frágil y ojos llorosos; luego Odbart Joffe, que se equivoca al recitar; Otylia Hurwitz, que balbucea su fecha de nacimiento.

El médico detecta que Maddalyn Ernst tiene problemas diferenciando patrones.

La niña pálida y de cabello negro observa a su interlocutor con los ojos entrecerrados; siente vértigo.

—¿Por qué te detienes? —la reprimen.

—La luz —murmura mordiéndose el labio inferior.

—Explícate.

—Me marea.

Schumancher pretende no escucharla y continúa.

—¿Doctor? —lo interrumpe Maddalyn tragando saliva para apaciguar su ritmo cardiaco; la niña piensa en Otylia, quien se había negado a abordar el vagón de carga en Berlín, y su mirada se enfoca en las franjas azules de su pantalón para preguntar—: ¿por qué estoy aquí?

—Eres judía. Por eso.

—Todos en este campo somos judíos —dice apretando los puños—, pero sólo a nosotros nos obligan a responder sus preguntas.

—¿Y qué?

—¿Por qué?

No hay respuesta.

—Pienso que intentan probar que somos mentalmente inferiores. Por eso nos castigan y nos obligan a trabajar, ¿cierto?, intentan darnos una lección.

—Hemos terminado —uno de los Unterscharführer habla por fin y la toma bruscamente del brazo para arrastrarla a la salida.

Maddalyn se resiste débilmente.

—¿Usted cree en Dios, doctor?

—Retírate —responde Schumancher.

—¿Piensa que creer en un dios nos hace diferentes?

La puerta se cierra, separándolos.

El doctor pasa una mano por su rostro, soltando un gruñido. Guarda agresivamente el archivo de Maddalyn Ernst al mismo tiempo que Magnilde Isaak se deja caer en la segunda silla. Parece que el hombre está a punto de sufrir un colapso.

—Mi nombre es Arnt Schumancher. Te haré varias preguntas y colaborarás.

El niño, cansado, colabora.

Minutos después, al final de la revisión, Schumancher expone sus planes y diagnóstico a los oficiales y doctores aglomerados detrás de su escritorio:

—Teóricamente un individuo socialmente segregado experimenta trastornos mentales tras un periodo prolongado de tiempo sin contacto humano, pierde la memoria y la habilidad de aprender, aumenta su presión sanguínea y sus niveles de estrés. En una etapa prematura el ser humano puede sufrir una pérdida de vocabulario y ca-

pacidad cerebral. Con la intención de calcular el desarrollo de dichos síntomas en una comunidad infantil, los diez sujetos serán ingresados a una cámara oscura, donde se les someterá a estímulos paranoicos, por plazos de seis meses. Posteriormente se verán obligados a medir su coeficiente por medio de cuestionarios minuciosamente redactados en relación con el progreso que presenten. Se estima que más de la mitad de nuestros candidatos alcancen un nivel de desquicia al finalizar el primer plazo. En estas condiciones el experimento concluiría a finales de 1944, a continuación serán transportados a las cámaras de gas en el ala este de Auschwitz.

Eberhard Günther rompe el silencio:

—¿Cómo puedes asegurarnos que los niños judíos no se mostrarán reacios a cooperar? ¿Acaso aún locos querrán ser sometidos a tus interrogatorios?

—No ha entendido —lo interrumpe un anciano a su derecha— una vez que alguien pierde la cordura no se le puede exigir que resuelva aritmética, sólo examinará su discernimiento de la realidad.

—¿Cómo? —añade otro oficial.

—¿Exámenes psicológicos? —secunda uno.

—¿Terapia? —inquiere otro más.

Schumancher pierde el hilo de la conversación. Alemania, la capital del conocimiento. Alemania, Alemania, Alemania.

Maddalyn es conducida a una sala de enfermería, donde ocho chicos yacen sujetados en camillas con correas de

cuero; busca a Otylia con la mirada. Una enfermera la agarra de la cabeza y su cabello cae hasta rozar el suelo, pero ella no se inmuta. La misma enfermera la sujeta por los hombros mientras examina la dilatación de sus pupilas con una linterna.

En el pasillo se escuchan gritos, hay soldados en cada esquina, afuera una mujer cae rendida por el cansancio, dos oficiales acarrean su cadáver a los crematorios; más a lo lejos, las calles de Oświęcim son evacuadas por el toque de queda; una radio sintoniza el noticiero alemán y la bandera del Führer ondea sobre el edificio más alto.

Las correas inmovilizan las extremidades de Maddalyn, se siente arrinconada, no puede respirar. ¿La abrirán viva?, ¿le derretirán los órganos?, ¿la despellejarán?

La mujer le coloca una jerga de algodón sobre sus fosas nasales. Maddalyn inhala, exhala. Se deja llevar por la oscuridad.

En Berlín los ferrocarriles tragan cuerpos judíos, los padres de Maddalyn están en sus fauces.

Eberhard Günther marchará hacia Múnich mañana a primera hora, con la intención de tomar su lugar en el cuartel general de Reichszeugmeisterei. Camina por el campo de concentración, acompañado por un puñado de suboficiales, su pecho se ensancha ante el escenario, pues lo enorgullece el orden y el equilibrio.

La naturaleza humana es simple: el poder es quién gobierna y la manera más sencilla para obtener poder es por jerarquías. Si se logra convencer a una persona de su

inferioridad, ¿cuál es la diferencia con una población?, ¿con una cultura? El coronel considera todo lo mismo.

Maddalyn despierta y no ve nada. Intenta distinguir sus dedos extendidos a dos centímetros de su rostro, pero termina haciéndose daño. A su alrededor escucha la voz de un muchacho.

—¿Hola? —grita desgarrándose el cuello —¿Hola? ¿Alguien está…?

Una niña se hecha a llorar en algún punto a la derecha.

—¿Hola? —el chico continúa.

Maddalyn oye sus pasos a sus espaldas. Se aleja.

—¿Hola? —su voz aguda resuena alrededor; los han encerrado.

Maddalyn extiende sus brazos para comprobar si es prudente incorporarse, se golpea con algo blando. Un chico grita peligrosamente cerca.

—¿Hay alguien allí? —exclama.

—Sí —contesta Maddalyn, alejándose— ¿quién eres?

—Me llamo Norman.

—Hola, Norman, soy Maddalyn —la niña tantea hasta encontrar el brazo de su compañero; es diminuto, no ha de tener más de nueve años.

Una chica se levanta entre exclamaciones, seguida por dos chicos que chocan contra sí. El llanto de la niña a la distancia continúa.

Schumancher escribe dentro del portafolio, al lado de las listas:

Día uno.

Eberhard Günther aborda hacia territorio alemán, junto con otros desconocidos de aspecto militar, todos extranjeros. Günther había abandonado la capital en 1939 para unirse a las primeras filas en el campo de batalla. Su misión era dirigir un escuadrón insignificante dentro de la frontera ucraniana. A continuación había sido transferido a Kraków, en Polonia, donde se dedicó a controlar los sistemas de seguridad y transporte de prisioneros de guerra. Ahora se encamina hacia la mismísima cuna del movimiento nazista, con la intención de financiar la exportación de armamento y uniformes hacia las tropas en Warsaw. Tiene previsto regresar a los campos de concentración antes de diciembre del año siguiente.

El interior del tren de pasajeros no representa la grandeza del imperio, sus asientos son incómodos y los vagones se mecen peligrosamente sobre los rieles, las ventanillas se impregnan del vaho de sus respiraciones a medida que se alejan de la ciudad, Auschwitz, oculto entre la nieve, se despide desde la distancia.

Schumancher se encuentra frente a su escritorio, tamborileando con los dedos la superficie. Sus párpados luchan por cerrarse, pero los mantiene abiertos, concentrados en el archivo de Maddalyn Ernst. Se aferra al folio con fuerza, contemplando el rostro impreso de la niña. ¿Usted cree en Dios, doctor?, resuenan las palabras. Creo en la ciencia, escupe Schumancher para sí mismo, creo que la naturaleza es aleatoria: toda vida en el mundo es producto de la reacción de una serie de elementos

químicos en el momento y lugar correcto. ¿Piensa que creer en un dios nos hace inferiores? ¡Bah! Las creencias de un grupo social son irrelevantes a su supremacía. La raza aria es genéticamente más fuerte. Pienso que intentan probar que somos mentalmente inferiores. La capacidad de raciocinio que un ser humano pueda poseer es independiente a su procedencia.

Al final de estos largos pensamientos, el doctor aprieta los labios y se siente enfermo. Levanta la vista hacia el exterior. Las calles continúan vacías, el viento se estrella contra las paredes de su departamento, comienza a llover. Espera el sonido de una bomba al estallar, ver un edificio derrumbarse. El silencio es insoportable. Su atención regresa a Maddalyn, sus ojos sin vida le devuelven la mirada. Quiere hablar con ella, quiere decirle que se equivoca, quiere reprenderla por ser lo suficientemente ingenua para cuestionarlo.

Luego, escribe en la carpeta:

El experimento concluiría a finales de 1944. Serán transportados a las cámaras de gas.

Todos en este campo somos judíos. Una vez que alguien pierde la cordura no se le puede exigir que resuelva aritmética.

Espera unos minutos más, con el pulso acelerado.

Las bombas nunca llegan.

Otylia Hurwitz no llegó a formar parte del experimento, falleció tras inhalar una sobredosis de cloroformo mientras sufría un estado de ansiedad elevado. Sus restos son

lanzados en una fosa común antes de ingresar al crematorio. Maddalyn desiste de buscarla un par de días después de ser sometida por primera vez a gases alucinógenos. Comienza a tener dificultad para comprender sus pensamientos, se cansa más rápido, se marea constantemente, termina acostumbrándose a la oscuridad, prefiere conducirse a través de la habitación con los ojos cerrados; extiende los brazos hasta medir la distancia entre las cuatro paredes metálicas y puede reconocer la voz de Norman con más facilidad. Diez pasos a la izquierda, dos en diagonal a la derecha. Cuatro pasos desde la pared más angosta, tres a la derecha.

De vez en cuando se deja caer en el centro de la cámara y se golpea el pecho con su puño.

En 1944 finaliza el primer semestre del experimento y los niños son transportados hacia la sala de interrogaciones. Mitad del grupo son incapaces de guiarse por sí solos a través de los pasillos. Maddalyn no puede soportar la luz, sus articulaciones se han atrofiado y se descubre agotada al mantenerse en pie.

Reconoce al doctor Schumancher frente a ella, que la observa directamente. Le sonríe.

—¿Cuál es tu nombre? —inquiere.

—Soy Maddalyn.

—¿Cuántos años tienes?

Duda. No recuerda su cumpleaños. ¿Cuánto tiempo ha permanecido encerrada? ¿Un año? ¿Dos?

—No lo sé.

—¿Cuál es el nombre de tus padres?

Maddalyn no comprende.

—Soy Maddalyn —repite frunciendo el entrecejo.

—Hola Maddalyn, mi nombre es Arnt Schumancher.

—Lo recuerdo. Es alemán.

—Correcto.

—Usted no cree en Dios.

—No, no creo.

Maddalyn no responde, evita los ojos azules de Schumancher, le molestan, son fríos; calcula sus movimientos, quiere arrancárselos.

—Puedes retirarte.

Los países aliados comienzan a ganar territorio en Europa. Alemania recibe amenazas de bombardeos, la tarea científica de fabricar el mejor armamento toma mayor importancia. En Berlín los campos de concentración empiezan a ser desertados. Se detiene el intercambio de prisioneros. Günther sube de rango y es enviado a la guerra.

Kaiser Gassman tiende a golpearse contra el suelo. Maddalyn intenta alejarse de él constantemente, es agresivo, grita, se abalanza sobre cualquier desprevenido a su alcance.

—Ha enloquecido —susurra Norman cuando los gemidos de Kaiser sobrepasan el llanto de Aleida Feldner—. Ha enloquecido, lo van a sacrificar.

Von Koslosky termina en una camilla de enfermería cuando Gassman intenta estrangularlo con su camisa, no vuelven a escuchar de él.

—Lo mandarán a la cámara de gases, no pueden dejarlo aquí —finaliza Norman.

Al paso de unos días, o noches, es difícil medir el transcurrir del tiempo en la oscuridad, Maddalyn observa a sus compañeros perder el sentido. Uno a uno, su voz se vuelve tosca, se ríen para sí, se balancean hacia los lados indefinidamente, lloran, gimen, graznan. La estancia huele a heces, el suelo se cubre de vómito. Quiere salir. Quiere a sus padres. La desesperación la inunda, intenta golpearlos, quiere hacerlos callar. Piensa en el doctor Schumancher, que no cree en Dios, pero le ha mostrado el infierno; ¿la estará observando?, ¿se regocijará con su miseria? Lo odia. Extraña el aire limpio, pronto no recordará el aspecto del cielo, terminará arrastrándose como un parásito. El pánico la consume.

Quiere morir.

Quiere desaparecer.

Auschwitz es desalojado a inicios de 1945, cuando el ejército rojo avanza hasta el río Vistula, a 200 kilómetros de Oświęcim. La cámara oscura es abierta y los ocho niños restantes son transferidos a una clínica alemana. Schumancher los examina por última vez antes de partir,

ninguno es capaz de responder correctamente; algunos balbucean incoherencias, otros tienen que ser sujetados a una camilla. Maddalyn Ernst, con el cabello desaliñado y el uniforme empapado de orina, se sienta frente a él.

—Hola, Maddalyn.

Su voz le perfora los tímpanos. Sus ojos se encuentran. La chica se lanza sobre Schumancher aferrándose a sus prendas, le escupe; sus músculos se tensan, impidiendo que el hombre pueda liberarse. La niña grita desgarrando su garganta, al mismo tiempo que lo sacude haciendo que pierda el equilibrio y caiga al suelo. El rostro del doctor se paraliza en una mueca de terror. Un oficial golpea a Maddalyn varias veces sin éxito, hasta que con la ayuda de la culata de su arma hace que suelte a Schumancher, quien gatea hacia el lado opuesto de la habitación con el corazón desbocado y sin aliento. Al final observa a la niña y algo dentro de él se rompe.

Alemania, Alemania, Alemania.

Matices familiares

Adriana Morga

Ojalá hubiera puesto más atención cuando mis papás discutían y escuchaba a mi mamá llorando en la cocina, porque mi papá llegaba pasadas las doce de la noche. Tal vez si hubiera prestado más atención en los detalles, no me hubiera sorprendido cuando se fueron y no regresaron, y me quedé solo en una casa habitada por el eco de sus discusiones; heridas sin sanar y ausencia permanente.

El primer día sin mi familia se sintió como despertar en un lugar vacío y no sabía qué hacer allí. Las peleas entre mis padres se habían vuelto cada vez más recurrentes, desde la elección de la música hasta los gastos de la casa, eran temas que se iban convirtiendo en dignos de gritos y enojos por parte de ambos. En la casa se iba sintiendo un ambiente cada vez más pesado: nada se podía hacer ni decir, sin tener que pensarlo tres veces antes. Mientras yo estaba concentrado en la escuela y en mis clases de pintura, no me daba cuenta de que todos esos "no pasa nada" eran un falso intento por ignorar

el hecho de que su matrimonio se estaba cayendo en pedazos.

Los años de casados habían disipado todo el amor que cuentan que se tuvieron al inicio de su relación, tras haber escuchado millones de veces la historia de cómo se conocieron, las únicas cosas que podría rescatar serían: se conocieron en la fiesta de un amigo en común, que después pasó a ser el padrino de su primer bebé, o sea yo. A mi mamá no le interesaba mi papá al principio, creo que su instinto de juventud le advertía todo lo que iba a pasar en los próximos treinta años; pero con el tiempo y la persistencia, ella se fue enamorando, o se obligó a enamorarse. La costumbre. Estuvieron tres años como novios y después se casaron. De chico me contaban que habían sido los mejores, que viajaron y conocieron muchas partes del mundo, los amaneceres en París y los atardeceres en Hawái. Cuando crecí, sin embargo, me desmintieron: habían estado juntos a escondidas de sus padres; ambos habían recorrido el mundo pero en compañía de sus familias, y en realidad no decidieron casarse por estar profundamente enamorados, sino porque mi mamá salió embarazada.

Su boda fue una fiesta incómoda, lo puedo saber por los videos. Por más que el camarógrafo trató de quitar la cámara cuando alguien hacía una mala cara, todo se veía. El gesto de enojo de mis abuelos, mi abuela paterna viendo desdeñosa a todos los invitados y mi abuela materna fingiendo estar muy feliz por la boda de su única hija. Mis padres, en cambio, salen hipnotizados: sólo

tenían ojos el uno para el otro; quizá fingían bien, o quizás ese día lo disfrutaron como una manera de rendirse ante las circunstancias y aceptar el momento, porque lo que vendría los iba a superar.

Cuando reventó todo estaba en el estudio tratando de pintar Stormy Sea in Étretat. Mientras mezclaba el azul con el blanco, imaginaba qué habría estado pensando Monet al crear las olas picadas del mar francés. Posiblemente cuando fue al mar estaba tranquilo y su mente fue quien quiso creer que se veía intenso e impredecible. Mis amigos del colegio me invitaban siempre a jugar fútbol por las tardes, pero les decía que no. Prefería pasar el tiempo en mi estudio, dibujando los paisajes de ciudades que siempre he querido conocer, o imitando a grandes pintores. En ocasiones me decían que era un marica porque me interesaba el arte, principalmente mi papá. Si querer ser pintor me volvía marica y tratar bien a mi mamá no me hacía hombre, pues sí era marica.

Me concentré en la pintura. Pasaron horas y yo seguía intentando que quedara exactamente igual a la original; no lo lograba, me frustré y fue entonces cuando oí los gritos de mis papás.

—¡Siempre es lo mismo, Alberto, tus pendejadas ya me tienen harta! —se exasperó mi mamá desde su cuarto, mientras yo acercaba el pincel a la paleta.

—¿Ya te tengo harto, Rosa? ¿En serio? Pues vete a la chingada. Tú a mí tampoco me tienes feliz —replicó mi papá cuando las cerdas iban tocando el lienzo.

Quise que las olas fueran fuertes como la pelea de mis papás, profundas como el odio que parecían tenerse y llenas de matices como si fueran la infinidad de problemas que los fueron enredando. Cuando nací, todo fue apresurado y torpe: los cambios de pañales, el desorden en su departamento, las peleas con la familia y el llanto en la noche de un bebé que parecía resentir los problemas en casa. A mi papá su título de negocios internacionales y su inexperiencia no lo ayudaban a conseguir algo mejor que trabajar en el negocio de mi abuelo, una distribuidora médica. Mi mamá era ayudante de curador en una galería de arte; su salario sólo le alcanzaba para comprar la despensa de la casa. Ambos sobrevivían muy apenas con su salario y con la ayuda de mis abuelos.

Elegí la pintura café y la negra para hacer las cabañas, limpié mi pincel y traté de subir la música para que no me distrajeran los gritos, el jarrón que se rompía, la mesa moviéndose raudamente, el azotón de una puerta. Pero sabía que no podía subirle demasiado. Dí los primeros toques, escuché que aventaron algo de vidrio al suelo. Temblé y mi pincel se desvió. Al cabo de unos minutos comenzó el silencio. Luego mi papá prendió el televisor y puso el fútbol. Mamá bajó a la sala y puso una película. Siempre hacían eso cuando se enojaban. Subí el volumen de mi música y terminé la pintura: todo normal, no conseguí la figura exacta, otra copia mal hecha.

Muchas veces, cuando me enfocaba en saber qué color agregarle al fondo de mis cuadros, ponía música instrumental. El sonido iba haciendo que mi mano si-

guiera el curso de la música y mi mente, llena de colores ante la melodía, iba tiñendo de matices el óleo frente a mí. Las peleas entre mis papás eran cada vez más seguidas y por temas insignificantes. Una ocasión mi papá llegó a la casa con una bicicleta nueva, yo tenía 10 años. Aunque estaba bonita, mi mamá sabía que no me gustaba hacer deportes. Le dije gracias a mi papá y me fui al patio hacer como si me hubieran dado el mejor regalo.

—¿Por qué no le das a tu hijo algo que en verdad le guste? En lugar de darle algo que te gusta a ti —le reclamó mi mamá mirándome y seguro pensó que no los podía escuchar, pues yo estaba muy concentrado en subirme a la bicicleta.

—Quiero que se haga hombrecito, esos pintarrajeos no lo llevarán a nada —respondió mi papá enojado—. ¿O quieres que se haga joto como tus hermanos?

—No te pongas neurótico, ¿qué tiene que ver mi familia en esto?, sólo te estoy diciendo que no creo que le guste, ¿por qué mejor no lo apoyas? —la voz de mi mamá pasó de ser agresiva a temerosa.

Cuando ambos discutían, siempre tomaban roles: uno era la víctima y el otro el verdugo; el neurótico y el seco, gritón y callado; la culpable y el inocente. En lugar de ser honestos consigo mismos, se armaban con esos terribles adjetivos, como si fueran a empezar una batalla campal, pues su matrimonio estaba construido con agresiones. El "vete a la chingada" era como el arreglo floral en el comedor, "el me tienes hasta la madre" era un cojín de telas de seda en nuestra sala y los gritos de

"pinche loca y pinche loco tú" eran los cuadros colgados en la pared del pasillo.

Mientras la pintura se secaba, imaginé qué boceto empezaría de nuevo. En mis clases de pintura me habían explicado que imitar a los grandes conlleva mucho tiempo y precisión. Tienes que imaginar lo que estaba por la mente del pintor y tratar de transmitir los mismos sentimientos en la pintura, me decía el maestro. La primera vez que lo intenté, se sorprendió mucho y me dijo:

—Tienes talento, sigue así y un día te imitarán a ti.

Un gran pintor, eso quería ser. Las palabras de mi maestro se me quedaron tatuadas en la mente. A partir de ese día, me levantaba temprano y lo primero que pensaba era en pintura, siempre la pintura. La obra de Monet era la última imitación que quería hacer. Era momento de empezar mi propia obra, de arriesgarme, de ser yo. Mamá se quedó dormida en el sofá mientras veía una película y mi papá no salió de su habitación hasta la mañana siguiente.

Al otro día, desperté para irme a la escuela y no estaban. Lo primero que deduje fue que seguro se habían ido a sus trabajos. En mi cabeza sólo estaba la idea de volver a casa y empezar mi obra maestra. Los colores, el aroma persistente del óleo, el sonido de las cerdas al tocar el lino, esa sensación pastosa en los dedos no podía sacarla de mí. Al regresar de clases, primero comencé a hacer trazos en mi libreta, formando diversas figuras para saber cuál se quedaría en mi obra final y me di cuenta de que todo había cambiado: pintar un cua-

dro era como la vida; hay que planearla, hacer bocetos y más bocetos para prevenir errores; fracasar y volver a intentarlo hasta hacer las cosas funcionales; algo que mis papás no hicieron, o no los dejaron hacer, o ya no querían hacer.

Una ocasión en la que mi papá no llegaba, mamá fue a mi habitación y empezó a platicar conmigo, nunca supe por qué lo hizo, pero llegó con un raro gesto en su cara.

—¿Qué haces, mi amor? —dijo mientras se me acercaba.

—Estoy leyendo, ma —le dije sin desviar la mirada de mi libro; era la biografía de Van Gogh.

—¿No quieres cenar algo? Hice pastel de chocolate, tu favorito.

Mi mamá amaba el pastel de chocolate. Pero no era mi favorito. Lo hacía solamente en ocasiones especiales: cuando le daba la bienvenida a alguien de la familia a la casa o cuando alguien de la familia se iba de la casa y no sabíamos cuándo iba a volver.

—Tal vez mañana, ahorita no se me antoja.

—Te quiero mucho, hijo —me sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo también, ma.

Aunque no entendía qué pasaba, me gustaba que me dijera te quiero y me hubiera gustado que lo hubiera dicho más seguido.

—De verdad te quiero mucho, hijo. Y te prometo que las cosas van a mejorar. Buenas noches —añadió

evitando el llanto, se retiró para cerrar la puerta y la escuché sollozar en el pasillo.

Me hubiera gustado decirle que sí, que pasara lo que pasara yo iba a estar para ella, pues no merecía estar esperando a mi papá en las noches; incluso podríamos irnos a casa de la abuela y quedarnos un tiempo allí hasta que mi papá la quisiera y le pidiera disculpas. Luego creí que sus problemas eran mis problemas: éramos una familia y debía ayudarla a solucionarlos.

La casa estaba sola y yo no podía crear mi propia obra. Me dio hambre y bajé a la sala. No se escuchaba ningún ruido, no había comida en la estufa, no había nada. Nunca puede haber nada bueno en esta casa, pensé, y decidí irme a mi cuarto, esperar a que llegara mi mamá e hiciera de comer. Ella seguía trabajando en la galería de siempre y, aunque la escuchaba decir que pronto se saldría y abriría una propia, nunca se atrevía a renunciar. Hubo veces que me dejó acompañarla a la galería, miraba como ella se quedaba apreciando cada pintura y decidiendo cuál era la más indicada para montarla en el salón principal. Se quedaba observando aquellos cuadros y admirando su belleza. En ocasiones me pedía mi opinión, y yo sentía que si nada era perfecto en este mundo y mucho menos en mi casa, una pintura sí lo podría ser, una pintura donde ella pudiera escaparse al menos con la mirada, al menos con los otros sentidos. Entonces escogía la que a mí me hubiera gustado haber hecho y le decía a mamá que esa era bonita para ver si se ponía contenta.

El cielo se tiñó de azul ultramarino, como en los cuadros de Van Gogh, y mi mamá no llegaba. Le mandé un mensaje a su celular cuando habían pasado dos horas y no me lo contestó, llamé a su trabajo, tampoco obtuve respuesta. Le llamé a mi papá para decirle que él pasara por comida. No podía perder tiempo en cocinar y tenía que empezar mi cuadro. Pero su teléfono me mandaba directo al buzón. Me calenté una sopa instantánea y regresé al cuarto. Ordené mis pinturas y acomodé el lienzo en el caballete. Me senté enfrente de lo que sería mi próxima pintura, estaba en blanco como todo lo que está próximo a iniciar; vacío y con la posibilidad de llegar a ser una obra de arte o una basura, como la vida, como el matrimonio de mis padres. Elegí los colores que quería, los primarios para empezar y de allí irían surgiendo más. Puse música y dejé que mi corazón fuera guiando mi mano y el pincel. Los instrumentos de la melodía fueron sumergiéndose en mi mente y fueron formando líneas rectas, curvas y círculos.

Pincelada tras pincelada, iba formando grandes figuras, en ellas montañas a lo lejos, rodeadas por un bosque y una neblina misteriosa que hacía que la pintura fuera cobrando vida. Una casa de madera con un bello jardín, flores de muchas tonalidades en el patio, cada una era una promesa de hermosura que estaba por desarrollarse. Empezaba atardecer y mis papás seguían sin llamarme. Grandes paredes de madera eran el soporte de la casa, inquebrantables y con una sabiduría propia que sólo el roble de calidad podría representar. Los muebles eran

grandes y clásicos, imponían respeto, pero era la principal razón por la cual esa casa se sentía como un hogar; el buró, la cama, el escritorio, el tocador y la mesa de la cocina formaban un conjunto de objetos que llenaban los espacios vacíos, pero que además tendrían una utilidad específica para que en esa casa se viviera feliz. Sí, felicidad, eso era lo que este hogar necesitaba. Felicidad.

Y así perdí la noción del tiempo: con el pincel fui formando todos y cada uno de los detalles de la casa. Tomaba el color café de mi paleta y lo mezclaba con un poco de blanco para ir formando la estructura del hogar. También detallé las montañas a lo lejos, que el color marrón me diera la profundidad y la fortaleza que las montañas necesitaban. Tomé los colores azul, rosa, anaranjado, blanco y negro, y lentamente fui formando un atardecer. Aunque afuera y adentro la casa seguía oscuras, sin novedad de mis padres, en el atardecer de mi cuadro debía haber calma, la representación del fin de un día, la esperanza de que el siguiente sería igual de bello que el actual, la motivación de querer permanecer en este mundo y que los acontecimientos, por más desteñidos que parecieran, los pinceles y los colores los pudieran modificar. Podrían modificar nuestras mañanas, que mi mamá fuera a la cocina que tanto le gustaba y preparara waffles con chocolate caliente, mis favoritos, mientras mi papá regara en el jardín las plantas y apreciara el aire fresco, agradecido por la familia que tenía. Yo, en cambio, estaría bajando de mi estudio después de haber pintado un par de horas durante el amanecer.

Mamá nos llamaría a desayunar y los tres nos sentaríamos en una mesa, donde la miel, la cajeta y la mermelada serían los acompañantes en el desayuno, y mis papás se quedarían un momento mirándose, ella cerraría los ojos y al final se darían un beso para comenzar la mañana felices, siempre felices.

Al caer la madrugada, dejé el cuadro inconcluso.

Mis papás no llegaron a casa, no llegaron esa semana y no han llegado aún.

Yo sigo aquí, esforzándome en hacer esta casa habitable, al menos la casa que sigo pintando.

Si tan sólo hubiera puesto más atención cuando se dieron un abrazo, cuando mi mamá, en lugar de pelear, le dio un beso a su esposo, o cuando mi papá, en lugar de responder las agresiones, la acarició; seguro habría aprendido los detalles amorosos suficientes para finalizar el cuadro completo, para retenerlos, para hacer que siguieran viviendo aquí. Una pincelada puede parecer insignificante, pero en conjunto es la esencia mínima que habría podido formar nuestra casa.

Mike la tortuga

Jesús Daniel Lerma

En un futuro alterno en nuestro planeta Tierra existe un lugar llamado el Lateral Oeste, allí mismo es donde nuestra historia comienza, todo gracias a una pequeña tortuga llamada Mike. Ella tenía problemas de personalidad al momento de convivir con sus compañeros de escuela. Cuando era pequeño quedó huérfano debido a que su familia había sido asesinada por unos cazadores de tortugas en el lago. Después del triste suceso, el Ministerio del Lateral Oeste (MLO) decidió dar en adopción a Mike para que no quedara solo y pudiera tener un buen camino de vida. Desde un principio se notó que casi nadie quería a Mike, debido a que el Lateral Oeste estaba poblado principalmente por lagartijas y ranas, lo que significaba que Mike no encajaría del todo y complicaba su adopción.

Durante el periodo de espera, Mike fue trasladado a un departamento del MLO ubicado en medio del bosque Ru. En dicho departamento la pequeña tortuga fue entregada a Claude, una ardilla de gran edad que vivía

sola después de haber sido empleada en MLO durante mucho tiempo, Mike nunca supo la duración exacta. Claude compartió muchas experiencias con Mike, desde enseñarle a nadar en el río Ande por primera vez, hasta enseñarle poco a poco a hablar. Por lo general no existía ninguna animosidad entre ellos; ella era una persona muy paciente y rara vez demostraba sus emociones. Sin embargo, esto último provocó que Mike se esforzara más en hacerla sonreír de vez en cuando, o notara cuando Claude realmente se molestaba porque fruncía el seño de una manera peculiar.

Un día, durante su vida allí, Mike decidió aventurarse por sí solo al bosque. Caminó una gran distancia hasta encontrar un enorme árbol naranja. Anonadado por el color y la manera en el que éste resaltaba sobre los demás árboles, intentó treparlo. Pero al momento de acercarse a él, apareció una criatura distinta a lo que Mike conocía hasta entonces. Asustado por la figura totalmente nueva, intentó correr pero descubrió que no era muy rápido; por más que intentaba moverse, solo sentía aquella sombra cada vez más cerca. Era como si por cada paso que él daba, la otra criatura daba el doble. Mike sabía que la criatura lo alcanzaría y no podía hacer nada para evitarlo. Mejor paró en seco su carrera y volteó a ver a su perseguidor. Éste se le acercó y le preguntó:

"¿Por qué corres? Es que acaso me temes?".

"Si, la verdad no tengo idea de qué eres y Claude me ha dicho muchas veces que no venga a los alrededores de Ruff sólo por las criaturas que le habitan".

El desconocido sonrió y dijo: “Entonces la tal Claude te ha enseñado bien, alguien tan pequeño como tú no debe estar solo alrededor de Ruff”, la criatura hizo una pausa para mirar a los ojos a Mike y añadió: “Mi nombre es Enda y por tu mirada sé que no tienes idea de lo que soy. ¡Soy una orgullosa avestruz! Además soy uno de los mensajeros de mayor confianza del Lateral Oeste”.

Enda supo que Mike realmente no tendría que estar solo en esos lugares, así que con su largo cuello lo subió a su espalda y le avisó que tomaría camino hacia su hogar. Mike dijo que ese no era su hogar, sino el de Claude. Ello sorprendió e hizo sentir incómodo a Enda, por eso durante el resto del camino quedó callado. Claude estaba preocupada, pero cuando por fin pudo ver a Enda cargando a Mike en su espalda se relajó. Por primera vez desde que había llegado a su casa Mike pudo ver una expresión auténtica en el rostro de su cuidadora, eso le hizo comprender que ella realmente se preocupaba, aunque fuese una persona que no sabía o quería expresar sus sentimientos de una manera clara y concurrente.

A pesar del acontecimiento, Claude no regañó a Mike. Tampoco hubo un cambio en la dinámica de la relación entre ellos dos. Ella seguía siendo un enigma que no demostraba sentimientos, aunque a su vez trataba muy bien a la pequeña tortuga: la paseaba y alimentaba. Esta dinámica comenzó a gustarle a Mike, o quizás era que estaba acostumbrándose a ella. Ante tal incertidumbre, no estaba realmente seguro de lo que pasaba. Lo importante, sin embargo, era sentirse bien y eso sucedía.

Después de tres latrans, o mejor dicho tres años en el Lateral Oeste, Mike notó un sonido a lo lejos de la casa de Claude; era un sonido que se le hacía familiar, pero a su vez uno que no había escuchado en mucho tiempo. ¡Enda!, reaccionó Mike en su mente, después salió corriendo a las afueras de la casa. La avestruz se podía ver en muy buena forma, pero su rostro parecía el de alguien que oculta algo. Entre mas se acercaba Mike, la criatura batallaba al contener una sonrisa guardada detrás de un rostro serio. Luego Claude salió de la casa para ver el alboroto. Al ver a Enda, mostró una ligera sonrisa suponiendo que posiblemente sabía la razón por la cual los visitaba.

"Así que ya por fin es tiempo", dijo Claude mirando a Enda.

"Así es, ellos dos agradecen el servicio extra que les has brindado durante estos letrans, lamentablemente tomaron la decisión de sí quererlo", respondió Enda.

A sorpresa de Mike, Claude se acercó con lágrimas en los ojos y le dio un fuerte abrazo. Fue entonces cuando poco a poco comprendió que sus momentos en Ruff estaban contados y le provocaba una gran alegría, porque quizá había sido adoptado por alguien. También significaba, sin embargo, que en cuanto dejara Ruff tendría que dejar Claude, a quien había llegado a querer a pesar de no haber sido alguien que no expresara mucho la alegría de tenerlo a su lado. Algo lo hacía presentir que no podría volver a verla y que este adiós sería un adiós duradero.

"Nunca olvides tu pequeño tiempo aquí, Mike; siempre recuerda lo poco que esta criatura vieja y amargada te ha enseñado; además de recordar todas las historia que te conté o inventé", le dijo Claude reteniendo lágrimas en sus ojos.

Mike se había quedado sin palabras, se despidió de ella y, entre lágrimas, se subió en Enda. El ave salió rumbo al norte con una gran rapidez. Poco a poco la imagen de Claude y su peculiar hogar iba desapareciendo, hasta el momento en el que simplemente ya no se veían y la única manera de verla sería cerrar los ojos e intentar recordar los momentos que pasaron juntos.

Después de llegar a la ciudad, Mike se enteró de que había sido adoptado por John y Jean, los reyes del Lateral Oeste. Eran un par de gatos que habían reinado en armonía y paz durante cuatro latrans. Mike olvidó por un momento la tristeza de haber dejado a Claude y se alegró por haber sido adoptado por la familia real. Además, Mike había crecido escuchando historias sobre ellos y cómo habían gobernado de una buena manera, siempre poniendo la igualdad de oportunidades, justicia, libertad y paz sobre todas las cosas.

Al llegar el momento de conocer a los reyes, Mike se encontraba nervioso por no saber qué pasaría y cómo lo verían sus nuevos padres, pues no era felino como ellos. Se abrió el portón para el castillo real y, justo cuando tuvo su primer encuentro visual con ellos, su corazón comenzó a latir fuerte, porque en ese mismo instante se enteró de que los reyes ya tenían una hija, la princesa

Lana. Mike no sabía cómo actuar y sus nervios aumentaron. Pero, cuando intercambiaron palabras, no hubo tanto problema: John, Jean y Lana recibieron alegrados a Mike en la familia real. Y minutos antes de que Enda se fuera, Mike le preguntó al rey John:

"¿Desde hace cuánto Claude sabía de esto?"

"Desde el día que él te recomendó", dijo John señalando a Enda.

Después de ese intercambio, Mike fue a agradecerle a Enda, sabía que sin él jamás hubiera podido llegar a donde llegó. Enda simplemente asintió con su cabeza sin dejar de sonreír y emprendió una carrera hacia la ciudad. Los reyes rieron un poco, sabían que esto era algo clásico por parte de su mensajero personal y ese día quedó como un episodio importante en la memoria de los involucrados.

Pasaron los latrans, Mike comenzó a crecer y a convertirse en la tortuga que sus padres deseaban que fuera. John y Jean le habían enseñado muy buenos valores, además de haberlo mandado a las mejores escuelas posibles del Lateral Oeste. Incluso, después de terminar la universidad, le consiguieron un buen empleo en el MLO, en el que se sentía satisfecho y ganaba los suficientes digüeins (moneda del Lateral Oeste), para disfrutar de su vida. En lo general Mike tenía el futuro que muchos hubieran deseado tener: una muy buena familia, reconocimiento a lo largo de todo el Lateral Oeste y suficientes digüeins.

Pero Mike se sentía vacío, realmente no se podía explicar por qué no podía estar completamente feliz.

Fue entonces que recordó el día que conoció a Enda, el sentido de miedo y consternación de no saber dónde estaba, ni a dónde iría a parar; así como el sentido de la aventura. Todo este espíritu aventurero que había desarrollado al principio de su vida se había ido acabando poco a poco, debido a situaciones sociales, laborales y el hecho de no poder dar más de cien pasos en la ciudad sin que alguien lo reconociera como hijo de la realeza.

Además, el empleo de Mike implicaba una oficina en el MLO y estar resolviendo casos, tareas como leer evidencia que otras personas recuperaban para él y decidir qué pasaría. No obstante, lo que realmente deseaba era estar en el campo activo, indagar las razones por las que algunas cosas pasaban. Así que, teniendo todo esto en cuenta, decidió ir a hablar con John para que le cambiara de empleo.

En la reunión, Mike notó que el rey no se sentía bien, algo le molestaba; algo parecido a una picazón difícil de rascar debido a las limitantes de tu cuerpo. Luego le preguntó qué le pasaba y el rey actuó como si todo estuviera bien. Mike, por un momento, le creyó y comenzó a exponer su caso hasta compartir sus deseos de ser un agente de campo. En ese momento el rey tembló y explotó de una manera en la que cada palabra que salía de su boca parecía un lamento. Más calmado, por fin dijo que un grupo de delincuentes se había llevado a Lana y no sabían dónde estaba.

Mike le pidió su aprobación a John para volverse agente en ese mismo instante. Cabe resaltar que no

cualquiera podía ser nombrado agente de campo de la noche a la mañana; tenían que pasar muchas pruebas, tanto físicas como psicológicas, para ser considerados como candidatos para formar parte de este grupo selecto. John, en mitad de su declive emocional, decidió emitir una orden al MLO, en ella nombraba a Mike agente de la realeza, lo cual significaba que trabajaría en casos específicos que John o Jean le encomendarían.

La tortuga no perdió tiempo, agradeció a su padre la confianza y emprendió al MLO para hacer una investigación sobre quién pudo haber sido el captor y dónde podría estar Lana. Cuando llegó a su destino, notó que no había nadie y todas las puertas estaban abiertas. Con misterio y un poco de temor se acercó a la puerta del cuarto donde se guardaban las evidencias. Dio un paso, después otro y de pronto escuchó caer algo metálico. Las luces comenzaron a parpadear, el olor que comenzó a surgir era desconocido para Mike. Cuando por fin estaba en el escritorio de las evidencias, notó que había pelos blancos y negros tirados, y el mal olor aumentaba conforme se acercaba más al escritorio.

Mike sabía que esto era similar a una historia que Claude le había contado, pero no podía recordar con exactitud cuál era y quiénes formaban parte de ella. La opción de ir a visitar a Claude estaba descartada, no la había ido a ver desde su adopción y se sentiría mal si solo fuera a preguntar por algo así. La desesperación incrementó en Mike, sabía que conforme pasara el tiempo, más se cerraría su mente y más peligro correría Lana. No

podía dejar que le hicieran daño. Ella había sido quien lo educó en cuanto a los entornos sociales y siempre estuvo ahí para él y jamás lo dejó solo.

En eso volteó a la televisión, estaban pasando fotografías sobre una rana muy famosa en Lateral Oeste, porque nació con la cabeza blanca y vivía en los pantanos a las orillas de la ciudad. Qué gracioso ha de ser verlo en vivo, pensó Mike. Y al imaginar el cabello blanco, los pantanos, algo se le vino a la mente, pero no pudo recordar con exactitud qué. Piensa, Mike. ¡Piensa!

¡Zorrillos!, ¡zorrillos!, ¡zorrillos!, exclamó fuerte en medio de la sala.

Por fin había recordado la historia, todo estaba acorde a las evidencias que surgieron. Los zorrillos en el Lateral Oeste eran muy escasos y existían muchas personas que nunca habían visto alguno. Los reyes desconocían su existencia y no sabían su paradero. Mike recordó que el pantano quedaba muy lejos y comenzó a correr y correr, pero no era capaz de hacerlo velozmente. La desesperación le volvía al cuerpo; no podía creer que fuese el único que supiera dónde estaba Lana y no pudiera llegar al lugar. Su preocupación aumentó porque, al estar afuera, notó que no había nadie en las calles; parecía que habían desaparecido todos.

Para ganar tiempo, decidió robar un yulk. Se trata de un vehículo motorizado individual, parecido a la combinación de una moto y una patineta, pero de madera. Robarlo no le fue tan difícil, pues había aprendido de diferentes casos durante su trabajo en el MLO. En cuanto

pudo encenderlo, lo condujo con gran velocidad hacia los pantanos, donde las historias de Claude ubicaban a los zorrillos. Durante el camino se encontró a más individuos, pero éstos se dirigían las afueras de la ciudad, como si supieran que algo malo iba a pasar. Mike sabía que tenía que apresurarse para recuperar a Lana; aceleró más y esquivó a cualquier rana o lagartija que se le atravesara. Debido al mal olor que le llegaba, supo que estaba acercándose a su destino.

Al llegar, Mike dejó su yulk para no llamar la atención y poder introducirse en donde supuestamente estaban los zorrillos. Poco a poco, adentrándose en los pantanos, le sorprendía el hecho de que no hubiera sonido alguno, parecía que nadie había habitado el lugar en varios latrans. A cada paso, el mal olor disminía. De pronto vio un zorrillo y creyó que quizás era el que raptó a Lana, así que discretamente se le acercó y, cuando se detuvo a una corta distancia, descubrió que había sido engañado: era una piel de zorrillo antigua.

Luego pensó haber visto a otro zorrillo y poco a poco se le acercó, pero el resultado fue el mismo que con el anterior. ¿Qué había pasado? ¿Por qué sólo están las pieles de los zorrillos?, se preguntaba Mike mientras se desesperaba por no encontrar a Lana. Sin embargo, como si alguien quisiera ayudarlo, encontró una nota pegada en una roca:

Qué bueno que realmente hiciste caso
en recordar las historias.

Mike quedó helado; no sabía si esta nota buscaba orientarlo, o si alguien quería jugar con sus recuerdos y sentimientos. Decidido, tomó su yulk y emprendió camino hacia el hogar en el que había crecido. Al llegar, bajó del vehículo bruscamente y quiso abrir la puerta de la casa, pero no pudo. Entonces recordó algo que había visto en una historieta; tomó su distancia, corrió hacia la puerta y se metió en su caparazón haciendo que el impacto fuese más fuerte contra la madera. La puerta, no obstante, tampoco se abrió.

Una risa se escuchó a lo lejos y Mike se acercó hacia el lugar de donde provenía. Era una risa que provocaba miedo y ganas de abortar la misión. Pero sabía que el cariño hacia su hermana era más grande que cualquier miedo existente. Dobló en una esquina y descubrió que la risa venía ni más ni menos que de una grabación. Frente a ella había una pantalla que proyectaba la ciudad. No entendía qué pasaba y su instinto de agente le decía que algo andaba mal. Poco a poco en la misma pantalla surgieron zorrillos entrando a Lateral Oeste, miles de ellos inundaron las calles y se dirigían con rapidez al castillo de los reyes; embistieron el portón para entrar a él y la madera empezaba a doblegarse.

"Este fue el plan durante varios latrans", escuchó Mike una voz conocida.

Dejó de mirar la pantalla y sintió alivio al ver a Lana a salvo.

"Sígueme, no hay tiempo para preguntas, solo sígueme", le dijo ella.

Se llevó la pantalla consigo y, durante el camino, le explicó que Enda había notado cómo la salud de los reyes había estado decayendo desde hace dos latrans, pero no sabían el porqué. La razón era que los zorrillos habían estado causando estragos en la salud de los habitantes, debido a su mal olor. Y el plan de Claude, Enda, los reyes y Lana era deshabitar la ciudad pronto y que todos los zorrillos llegaran a ella. Después mandarían levantar los muros especiales para cautivarlos para siempre.

"Pero, ¿qué pasará con nuestros padre?, ¿dónde se encuentra Claude?", preguntó Mike.

Lana le dio un abrazo y en la pantalla ingresó un código. Aparecieron los reyes, Claude y Enda atrayendo zorrillos hacia la ciudad. Mike comprendió todo: ellos habían estado dispuestos a encerrarse en los muros junto con los mamíferos para detenerlos. En la misma pantalla, Mike y Lana vieron cómo poco a poco los muros se iban levantando y sus padres y varios amigos quedaban encerrados para siempre.

Ambos entendieron que lo siguiente sería reconstruir su sociedad, encontrar a los sobrevivientes y liderarlos para volver. Mientras tanto, los zorrillos ya habían superado las dimensiones del portón. Enda y Claude estaban fatigados y los rodeaban los adversarios. Lana y Mike sintieron impotencia: no podían hacer nada y debían permanecer allí si querían reestructurar Lateral Oeste. Cruzaron miradas; cada uno de los dos comprendió lo que el otro estaba pensando. Apagaron la pantalla y de-

cidieron no ver más. Mentalmente tenían que estar preparados para un nuevo comienzo. Mike sabía que de nuevo quedaría sin nadie; de Claude, Enda, John y Jean sólo iban a quedar los recuerdos de los buenos tiempos. Lo peor era el hecho de que no había podido despedirse de ninguno. Al final, Lana recargó su cabeza en el hombro de su hermano, sin saber qué clase de futuro les esperaba solos, sin saber cómo rehacer una ciudad.

Los peligros del encierro

Cinthya Meza

Tenía diez años cuando mi madre por fin nos dejó jugar en la calle con los vecinos del barrio. Antes de eso sólo recuerdo el encierro terrible en el que estábamos. Vivíamos en casa de mis abuelos: dos ancianos adorables, que cocinaban y nos atendían en todo momento.

Mi madre era una mujer entristecida por un divorcio. Unos años antes, a mi padre se le había ocurrido casarse con una vecina mientras mi madre estudiaba en otra ciudad. Ese día mi tía Mariquita imaginó que llevándome a la boda, mi padre se arrepentiría, se bajaría del altar y regresaría con nosotras a casa. Yo tenía cuatro años en ese entonces y lo recuerdo vestido de novio, de pie ante el altar al lado de aquella mujer. Y también recuerdo la sensación de mi mano ahogada en la mano de mi tía. Yo llevaba puesto un vestido de talle largo con cuello blanco y la tela era gruesa de cuadritos verdes y azules.

La depresión de mi madre llegó años después. Los primeros años fueron de mucho coraje y luego vinieron los años quietos de abandono: mi madre, cansada de

tanto rencor, abandonó su cuerpo por un tiempo y a nosotras también. No lo quería hacer, no fue su intención, pero lo hizo.

Mientras ella pasaba los días acostada en el sillón de la sala, frente al televisor, nosotras recorríamos el patio de la casa. Recuerdo que le agarraba una capa a mi abuela y me la ponía en la cabeza como simulando una larga cabellera y mi hermana, que era la más alta de las dos, me reprochaba porque siempre le tocaba ser el "hombre" en la historia que jugábamos. Se enojaba porque su garganta sufría al fingir tanto la voz. Engrosar la voz cuando se es niña pequeña supongo que tiene su dificultad.

En ese entonces yo escribía todos los días en un diario que mi madre me regaló. Todo era inspiración para mí; las tardes llenas de brisa, los cielos algodonados o los atardeceres azul nostálgico, cuyos destellos se hacían uno con el mar en el horizonte o el eco lloroso de los barcos en el muelle.

También me inspiraba, aunque de manera más dramática, los poemas que mi madre leía algunas tardes. Recuerdo que tomaba libros del estante, libros bien cuidados pero muy leídos. Me sentaba frente a ella y comenzaba la lectura. Bañada en lágrimas y temblorosa de dolor, me leía entrecortadamente Vencidos de León Felipe y otros días En paz de Amado Nervo, o los sonetos más rebeldes de Sor Juana o los versos más angustiosos incluidos en los Salmos del Rey David. Mi sangre hervía, era también una sensación de mareo, de ligero sudor;

contenía mis lágrimas y mi corazón se golpeaba ansioso contra mi pecho.

Así eran las tardes en casa, de una ingenuidad hiriente. A veces llegaba visita y mi madre nos prohibía hablar o abrir las cortinas para ver quién era. Pasábamos las vacaciones escolares bajo candado. La reja del patio todo el día estaba cerrada y por las rendijas se colaban los gatos o por encima una que otra pelota de los vecinos cuando jugaban frente a la casa.

Recuerdo con claridad que en ocasiones nos divertíamos mi hermana y yo viéndolos jugar futbol en la calle o patinar de una esquina a otra, los gritos, una que otra grosería y por supuesto las clásicas correteadas por el barrio. Nosotras no podíamos salir a divertirnos con ellos. Cuando mi madre pensaba que podía cuidarnos, nos dejaba jugar por un buen rato en el patio frente a la reja. Era un barrio tranquilo; a la hora de la comida no pasaba mucha gente. Nosotras comíamos más tarde. Mi abuelo, criado en Estados Unidos, estaba acostumbrado al breakfast, lunch and dinner, así que mientras otros comían nosotros disfrutábamos, desde el interior de la reja, las calles momentáneamente silenciosas de mi barrio.

Mi hermana constantemente se aguantaba las ganas de hacer pipí. Hasta que mi madre la veía pasar por la ventana, completamente doblada, entonces al primer grito y justo, sólo justo antes de que saliera la primera gota, se metía por fin al baño.

Un día pasó precisamente eso y me quedé sola frente a la reja. Jugaba tranquilamente, las flores moradas del

jardín se mecían y yo esperaba a mi hermana para continuar con el juego. Ese día un hombre se acercó para saludarme.

—¡Hola, preciosa! Qué bonitos ojos.

Mientras, yo guardaba silencio.

—¿Estás solita?, no te vayas a salir, la calle es peligrosa.

Yo me alejé sólo unos pasos.

—¿Quieres un dulce? ¡Acércate!

El hombre vestía harapos, estaba sucio, cargaba un costal repleto de cosas que no podía ver. Recuerdo que me sorprendí al verlo. Instantes después, me acerqué despacio; la curiosidad siempre ha tenido memoria en mis venas.

—¿Por qué estás solita?

Me encogí de hombros.

En ese momento escuché a mi hermana gritar desde el interior de la casa.

—¡Ya voy, gorda, ya voy!

Desde el patio podía percibir cómo mi hermana pequeña corría por el pasillo de la casa. Sus zancadas parecían retumbar en las ventanas de la cocina y cuando ese hombre extraño advirtió que venía, desapareció sin despedirse.

Descubrí, en aquellos días, Las mil y una noches y reconozco que, en ocasiones, yo era Sheherezada, quien con astucia inventaba historias para evadir la muerte. Una de esas historias obligaba a mi hermana a ser el marido molesto, a quien se le prohibía la entrada a su hogar por haberse ido de parranda. Creo que también

las telenovelas influían el curso melodramático de nuestras representaciones maritales. El televisor todo el día prendido escupía frases que se quedaban flotando en la atmósfera de la casa e involuntariamente encontraban eco en nuestras construcciones lúdicas.

Otra de esas tardes cálidas, teñidas por un atardecer sepia, mi hermana y yo guardábamos juguetes y recogíamos el imaginario imantado por la realidad de las cuatro paredes que nos guardaban, cuando escuché a lo lejos un silbido muy tenue.

Al principio no creí que ese diminuto sonido estuviera tan cerca de mí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo erizando los poros de mi piel. Me distraje con las preguntas que mi hermana me hacía:

—Gorda, ¿dónde quedaron los legos?

—Creo que los dejaste en el pasillo, están atrás; ve por ellos porque luego el Abdúl dice que son de él, y ya nos quedan bien poquitos.

Me empezaba a sentir sola cuando ese silbido se convirtió de nuevo en un saludo aparentemente inofensivo.

—Hola, cómo estás preciosa.

Lo saludé con una sonrisa.

—¿Otra vez estás solita?

Me acerqué despacio, tenía la curiosidad de ver de cerca a ese hombre tan extraño, tan ajeno a mí y al mismo tiempo tan atento a los detalles que construían mi mundo; parecía curioso que un adulto quisiera platicar conmigo, una niña. Ahora pienso que tal vez me veía como a un animalito encerrado en una jaula, de esos a

los que uno se acerca por lástima para acariciarles, para ver en sus ojos el hambre de libertad, la añoranza de su propio espacio, de la atención de los suyos.

—No, no estoy solita —contesté—. Mi hermana está en el patio de atrás y mi mami en la sala o en el cuarto, creo.

—¡Oh!, pues ¡qué bien! Tienes muy bonita voz también, qué bueno que pláticas conmigo, siempre me acuerdo de ti, y cuando te veo jugando en el patio me acuerdo que traigo dulces y que debería compartir contigo uno. En cada barrio siempre encuentro una niña que platique conmigo. Las visito como a ti y platicamos un ratito. Pero tú, tú eres especial, estás hermosa, tus ojos grandotes y esos cabellos, pareces muñeca.

Yo sólo sonreía, me gustaba saber que me veían como a una linda muñeca, de esas que nunca pierden la sonrisa y que sus ojos se mantienen despiertos de día y de noche, siempre peinadas y arregladas sin posibilidad de ser heridas, de esas muñecas que se quedan tranquilas en la repisa, que no les afecta el paso del tiempo, ni la oscuridad, ni el polvo, ni la vida.

—¡Gorda! ¡Gorda! ¡Ayúdame! —se escuchó la voz chiquiona de mi hermana menor desde el patio trasero.

Seguro había tratado de cargar todos los juguetes y se le habían regado de nuevo en el piso. A pesar de que era más alta que yo, sus manitas no podían con todo. Lograba sacar tantos juguetes necesitara en varias vueltas, pero era imposible transportarlos en sólo una y me llenaba de ternura que intentara cargar todos esos juguetes en un solo abrazo. Por eso siempre acudía a ayudarla.

El dolor de mi madre penetraba en mis huesos sin advertirlo, era también mi alimento. Cómo hacer feliz a mamá, cómo liberarla de la pena, cómo hacer que despertara. Su llanto y su apatía quebrantaban la felicidad del juego. Un día por fin mi madre salió con nosotras al patio, corría ese aire cubierto de brisa, una brisa ligera que humedecía mi piel con ternura. El sol mantenía tibio el ambiente, era un sol sofocado a ratos por nubes movedizas.

Mi hermana y yo jugábamos con entusiasmo delante de ella, y mi madre hacía un esfuerzo por disfrutar ese momento. Había en el patio juguetes acomodados estratégicamente, recuadros dibujados con gis y también estaba extendida la manguera con la cual mi hermana tropezó en algún punto del juego, se raspó una rodilla y su llanto despertó a mi madre del sopor. La llevó a la casa para limpiarla y me quedé en silencio en el patio.

Estaba sentada en la orilla de ladrillos que rodeaban una pequeña parte del jardín donde crecía un durazno verde. Miraba absorta las nubes que rosaban traviesas los rayos disminuidos del sol. Mis ojos, tras parpadear muchas veces, vislumbraron una silueta conocida y aún, cuando tanta luz había cegado parcialmente mi visión, pude saber de quién se trataba. Esta vez parecía tener prisa, se veía inquieto pero amable como siempre.

—Hola, pequeña, te encuentro de nuevo solita, qué bueno porque hoy te traje un caramelo, mira, es de fresa, ¿te gusta la fresa?

Asentí con la cabeza y fijé la mirada en ese caramelillo pequeño de envoltura roja.

—Ven, acércate, somos amigos, ¿verdad?

Asentí de nuevo sin abrir los labios.

Estaba frente a él, lo más cerca que jamás hubiera podido estar. Conocí su olor, un olor a madera vieja y mojada, a rancio. Nos separaba solo la frialdad del fierro de la reja. Metió entre la rendija su mano izquierda y la puso en mi hombro derecho, sentí cómo su mano caliente se unía a mí como si no me fuera a soltar jamás; su fuerza era disimulada y contenida.

—Te voy a dar el caramelo que te prometí, pero antes necesito que metas tu mano aquí adentro y aprietes con cuidado lo que hay ahí.

Mis ojos se llenaron de dudas y hasta pensé cuestionarlo.

—No te va a pasar nada, te lo prometo muñeca.

Agarró mi mano con firmeza y la puso en ese espacio oscuro del pantalón, yo no podía ver nada, mi rostro apenas estaba unos centímetros por encima de su cintura y pegaba levemente mi mejilla contra uno de los barrotes fríos de la reja.

Mi mano se fundió apretando ligeramente, apenas y lograba abarcar lo que tocaba, su calor la penetraba y recorría todo mi brazo hasta inundar mi cuerpo; ese calor lo sentí también en los pies y percibí cómo se regresaba por mis venas, hasta obligar al corazón a precipitarse contra mi voluntad, para después brotar en mis mejillas.

Desde adentro de la casa, mi hermana me extrañó por un instante y me gritó:

—¡Gorda! ¡Ven! Apúrale porque ya casi empieza.

Me sobresalté y vi que el extraño tenía los ojos cerrados, aún me tomaba del hombro y mi hermana insistió.

Él me soltó rápidamente y me dio apurado el caramelo rojo que me había prometido.

—Me voy, muñeca, me tengo que ir, pero te portaste muy bien; que disfrutes el dulce.

Esa despedida me dejó intranquila.

Mi mamá apareció en la puerta y me dijo:

—¡Lávate las manos para que comas algo!

Entré a la casa y recorrí el pasillo pausadamente. Algo andaba mal en mi cuerpo: percibía su calor aún, pero ahora queriendo encontrar salida por mi cabeza; me dolía y tenía un ligero mareo. Cuando llegué por fin al baño, abrí el puño que sofocaba al caramelo, lo dejé sobre la orilla del lavabo y vi cómo la palma de mi mano estaba roja. Mis ojos se quedaron fijos en ese rojo mientras intentaba percibir un líquido levemente espeso y grumoso en mi otra mano. El espesor del colorante se mezcló con el líquido al tratar de lavarme las manos. Me concentré en la espuma del jabón mientras a mi cuerpo intentaba regresar poco a poco la calma.

Recuerdo el rubor en mis mejillas cuando me vi en el espejo del baño. Contemplé mi reflejo por unos segundos y descubrí en mis ojos el asombro. Vi a una niña triste, algo había sucedido y no podía nombrarlo. Tantas historias y poemas que expresaban amor y complicidad, soledad y olvido, pero mi cuerpo estaba debilitado y esa sensación era conocida para mí: cuando mamá estaba

ausente, cuando veía que llegaban visitas que nunca entrarían en la casa, cuando me pedían en la escuela el monto del ahorro y no tenía nada para entregar, cuando mi madre me leía en la sala, pero la inquietud de mi cuerpo iba más allá de esa sensación; era mi mente la que intentaba reconocerme, verme desde afuera para entender lo que había sucedido.

Salí del baño y caminé absorta por el pasillo de la sala y sentí por un momento que las paredes me aplastaban, en ese recorrido me asaltó la idea de que algo malo había hecho yo. Después pensé que realmente ese hombre le gustaba platicar conmigo y que su amabilidad había hecho que me acercara y entonces no era todo tan malo.

Cuando llegué a la sala, me senté en una de las sillitas, contemplé a mi madre en la cocina llenado un crucigrama y vi a mi hermana armando un rompecabezas tumbada de panza sobre la alfombra; a veces volteaba a verme y luego seguía. Los destellos de luz en la ventana me llevaron por fin a un estado como de sueño donde descubrí mi anhelo más profundo: la necesidad velada e ingenua de un abrazo, ese abrazo que ahora pienso

como la muestra de intimidad más sencilla y duradera; había sido un abrazo lo que él deseaba también. Se había conformado con tocarme entre las rejas para sentir levemente esa cercanía tan añorada; tal vez pensaba que jamás tendría otra oportunidad y decidió incluirme, decidió que tocándolo podría dejar en mí esa huella memorable.

En ocasiones escucho sus tenues silbidos, cuando el aire fresco de la tarde hace remolino en mis pies o veo pasar a lo lejos a tantos hombres como él, y trato de imaginar que se acuerda de mí, que vaga por el barrio sin acercarse, pero se acuerda de mí.

San Angel Inn

Jorge Martínez Durazo

Y entonces se vino la lluvia. Hasta ese momento, el sol había golpeado contundentemente el patio interior del restaurante Antiguo San Angel Inn de la Ciudad de México. Así que hubo que mover a los comensales al interior del lugar. Adentro del recinto, Santiago Valles lidió por acomodarse en su nuevo asiento, como si una tachuela le pellizcara las nalgas. Acomodados en la placentera sombra de los techos coloniales de la finca y con el influjo del par de tequilas reposados que habían pedido para "hacer hambre", la conversación continuó con más naturalidad:

—Aquí se mueven 780 millones de pesos al año y mi jefe quiere el 30 por ciento de todo lo que movamos —dijo Fernando Lascuraín antes de empinarse su tercer tequila de la tarde y en su muñeca resplandeció el Rolex Datejust que su mujer le había regalado para su cuarto aniversario de bodas.

Afuera, la lluvia continuaba tapizando ferozmente el inmueble y los meseros tuvieron que cerrar las ventanas;

el viento proyectaba con saña las gotas de agua contra las Land Rovers y los Mercedes que llegaban al lugar; mientras los *valets*, en sus impermeables, recibían sin reparo los vehículos bajo el temporal. Valles aún esperaba la oportunidad de recordar la fiesta donde el Pelón Romero vomitó a Lascurain en la cabeza. Esas eran las historias que los unían; las que habían vivido de jóvenes en Xalapa, Veracruz, y que ahora, sentados en una mesa de madera rústica en el interior de la majestuosa hacienda del siglo XVII, rodeados por el lujo moderno y la música instrumental mexicana que ambientaba el lugar, parecían haberse esfumado de la memoria del colectivo ahí reunido por la presencia del inesperado invitado.

—¿Cómo está ese pedo? —preguntó Santiago Valles.

—Es lo normal. Todo mundo lo hace, Santi, mejor que lo haga alguien que sí va a ayudar a la gente a que se lo chingue un gandalla de verdad —se sinceró Patricio.

La gente del servicio terminó de mudar los vasitos tequileros y las empanadas de robalo que pidieron de entremés, mientras esperaban a que llegaran los platos fuertes. Cuando Valles ingresó por la puerta del viejo monasterio carmelita, albergaba la esperanza de que la reunión se ampliaría con el recuento de las memorias en la ciudad del Golfo y los onerosos tequilas; que el entramado de experiencias comunes que los tres amigos habían vivido se irían infiltrando en la conversación hasta coparla por completo. Así sucedía en la mayoría de las ocasiones donde los convidados parecían figuras distorsionadas de las personas que habitaban en la me-

moria y sólo con el recuerdo se reconcilia la brecha que los años abren. La presencia de una cuarta persona no le molestaba a Valles, pero lo desconcertaba que la reunión tomará un tono artificial, en donde todos jugaban un rol y él no estaba seguro del suyo.

—No mames, Valles, esto es México —dijo Fernando Lascurain cuando sirvieron otro tequila.

Tras decir esa oración, sus ojos verdes resplandecieron coléricos. Su aspecto aún conservaba el aire casual del galán adolescente: tez apiñonada, nariz recta y formidable cabello ondulado que se veía natural y disimulaba las horas que pasaba su dueño en peinarlo. Todo acentuado por las falsas posturas que, en teoría, conllevan un cargo público. Fernando Lascurain alguna vez fue campeón de atletismo del estado y pasado aquel tiempo le importaba muy poco el atletismo o cualquier otro deporte. Y realmente era rápido, era tan veloz que pronto se lo llevaron al CDOM y volvió lesionado a los tres meses. Pero ser o haber sido campeón estatal le había conferido un estatus distinguido durante sus jóvenes años en el Golfo. A su regreso del CDOM, pasó de ser Fernando a ser Lascurain a secas, título que se ganó por dandy y enamorado. En el último año de la prepa lo cacharon fumando marihuana y lo expulsaron. Estuvo un tiempo de ocioso y se rumoraba que vendía tachas en los antros. Su papá lo metió en una escuela de paga y poco después comenzó a estudiar Derecho en Xalapa. Al terminar la carrera, se mudó para la Ciudad de México para trabajar con un tío suyo que era político. Antes

de irse a la capital, Fernando confiaba a sus amigos y conocidos que iba para dedicarse plenamente al servicio de la nación y la ciudadanía porque él quería hacer la diferencia.

Ahora, empuñando el vaso tequilero y ataviado en un amplio traje gris ideal para disimular su sobrepeso, Lascurain lucía transformado. Parecía un hombre de 50 pero apenas tendría unos 37 años, usaba el pelo relamido y solemne, muy al estilo de Benito Juárez. Acaba de contraer matrimonio con una joven capitalina, que no era ni fea ni bonita, pero provenía de buena familia política en el Estado de México. Fernando daba la impresión de que imitaba los pasos de una oscura guía secreta de empeoramiento personal para el éxito en la función pública y la vida política, si es que existiese tal. Después de diversos puestos en diferentes secretarías y dependencias, su carrera iba en ascenso; recién lo habían nombrado Oficial Mayor de la CNDH.

—Varía, güey —dijo Patricio Castillo mientras planchaba con su mano por novena vez la corbata italiana que pobremente combinaba con el resto de su atuendo—, pero lo de asignación directa está papita. Nomás se pone el sobreprecio y ya está. La licitación es más pedo, ahí vamos a ocupar toda tu ayuda, Yetxe.

Patricio, además de ser feo, había nacido en una cuna poco adinerada. Para cuando obtuvo el título de abogado, con mucho esfuerzo ya tenía el título de contador público. La vida en la capital del Golfo era plácida y tranquila, él mataba el tiempo moviéndose de salón

en salón con el único afán de mantenerse ocupado y conocer mujeres, sin importar el horario y las clases. Al finalizar la carrera de derecho, empezó a trabajar en el Gobierno del Estado de Veracruz y, como en muchos lugares del país, los empleos en Xalapa estaban delimitados por los puestos en la burocracia o el negocio que el comercio pudiera hacer por su propia cuenta. Y Patricio hacía ambos. Pero tiempo después, cansado de marabarear las múltiples responsabilidades sin beneficio razonable, decidió irse para la capital del país a trabajar como director de presupuesto bajo el mando de Lascurain. Para Patricio, haber llegado a una dirección en la CNDH, además de una mejora, también era un suceso único en su familia y seguido se escuchaba decir: "Aquí es otro nivel". No es que no lo fuera, pero poco se podía decir de Xalapa o cualquier lugar de provincia para ese efecto, según decían sus nuevos amigos defeños.

Tras dos años en la capital, las maneras de Patricio evidenciaban la falsa sofisticación de las personas que, ajenas al ambiente de la Ciudad de México, buscan desesperadamente sobrecompensar. Intentando redefinir su imagen regordeta y su cintura 42, mostraba un incesante empeño por adelgazar. De un tiempo para acá, espetaba con autoridad sus lecciones de nutrición. O hacía recomendaciones de algún nuevo sistema alimenticio o restaurante naturista en su página de Facebook. También empezó a jugar tenis con frecuencia, al grado de haberse convertido en experto del tema; algo opuesto pasaba en la práctica, pues sus movimientos en la cancha ca-

recían de la gracia y la soltura de las personas que son asiduas al deporte o que dominan la biomecánica del cuerpo humano. Verlo jugar era como lanzar camellos por un barranco, esperando que uno consiguiera levantar el vuelo. Pero lo que le faltaba de atleta, le sobraba de empuje y desgaste. Enfundando en su short largo del Chelsea FC y su playera blanca entallada —que no hacía más que acentuarle el grueso y moreno bulto de la lonja de su estómago—, peleaba cada pelota como si en ella le fuera la posibilidad de redimir los años de negligencia y descuido que su cuerpo afanosamente mostraba. Rafael Nadal pintado por Fernando Botero.

—¿Cuánto sale por asignación directa y cuánto por licitación? —preguntó Yetxe, quien sólo había hablado para decir: salud y mesero, unas más.

Dijo llamarse Roberto Yetxe, con i griega y equis después de la te, cuando se dirigió al *maître d'* para pedir su reservación. Era un hombre de unos 42 años, moreno, bajito y reservado. Vestía impecablemente un traje de alta costura color azul y sin corbata. Llevaba una camisa negra hecha a la medida, con las iniciales RY grabadas en los puños de las mangas. Su cara era afable y sonriente pero con ojos vacíos, con un aire de duende codicioso. Cuando Lascurain los presentó en el lobby del restaurante, agregó: "Yexte es un amigo de todas mis confianzas". Y lo era: ambos habían trabajado en la SCT. En ese entonces Roberto Yetxe era secretario particular del ahora titular de la CNDH, el doctor Ortiz Padua. Tal vez fuera porque Yetxe tenía la gran cualidad de pasar

desapercibido o tal vez porque su carácter discreto lo hacía parecer más inteligente y astuto de lo que era en realidad. Pero el invitado proyectaba una imagen falaz. Actualmente era consultor político y tenía trabajo en diferentes estados y dependencias. Poco salía de su boca y se dedicaba a escuchar y a tomar reposado blanco con sangrita, esperando la oportunidad de soltar el sablazo.

—Sí. Yo sé cómo, pero voy a necesitar que Santiago me ayude —Yetxe dijo esto como una frase sin concluir y antes de regresar a su postura estoica, vació el tequila en su boca como si lo tirara por un caño.

El chubasco seguía asediando la majestuosa finca, al tiempo que los meseros servían hacendosos los platillos de los visitantes en la mesa doce: Santiago Valles había pedido un bisque de langosta y el pollo con mole poblano; Lascurain pidió una sopa azteca y el robalo a la veracruzana igual que Patricio, quien se abstuvo al tequila y al pescado; Yetxe pidió la crema de chile poblano y el pato en salsa de zarzamora. La llegada de la comida interrumpió momentáneamente la conversación y los comensales, disipados en el zumbido del alcohol y la estimación del botín en ciernes, permanecieron rumiando sus alimentos. La hacienda en el sur de la ciudad era el escenario perfecto para esta clase de negocios. Ahí los dominicos establecieron un convento para enseñar a los indios "la doctrina" y la Marquesa Calderón de la Barca, esposa del primer embajador de España en México, escribiría acerca del predio en sus memorias, a manera de presagio: "Es una gran hacienda pulquera y el patio

siempre está lleno de indios semidesnudos que llegan desde el pueblo para que les llenen sus jarros del inspirador brebaje".

—¡Lascurain! —dijo Valles ya quemado por el tequila—, ¡treinta por ciento neto es un chingo, güey! Es lo que hace Microsoft en un buen año y eso es *software*. O sea no hay producto, ni inventario, ni recurso humano. Pocas industrias tienen un margen tan…

—¡Por eso es el sobreprecio! —interrumpió Patricio tajante y se reservó el pendejo para no exhibir más a Valles, a quien él había invitado a la reunión para quitarle lo jodido y al parecer también lo pendejo.

Después de graduarse de la facultad de ingeniería en el Tec de Monterrey, Santiago Valles se quedó a trabajar en la ciudad del cerro de la Silla. Ahí conoció a Valentina, con quien se casaría y se mudaría a Reynosa para unirse a la empresa de transportes de la familia de ella. Por trabajo, regresaba seguido a Xalapa y mantenía contacto continuo con Patricio y Lascurain. A Valles le tocó vivir en el norte cuando el narco asolaba sin descanso a la población y los caminos se volvían intransitables. Sobrevivió eso y el secuestro de su suegro, a quien recuperarían cuatro meses después con dos dedos menos y sin cordura. Después de eso, toda la familia se fue a vivir a McAllen y él se quedó a cargo del negocio. Vivir en los Estados Unidos con su familia —por temor a otro secuestro— lo expuso gravemente al tipo de cambio y a los vaivenes del negocio. Y ésa era una mala combinación. Ganar en pesos y gastar en dólares. Los tres

millones de pesos y la mitad de la flota de camiones que componían el total de su patrimonio, se habían esfumado en el secuestro. Mientras trabajaba por mejorar el rumbo de su empresa, las deudas se acumulaban y una mala racha pondría a Valles en las filas del desempleo. La idea de pedir trabajo con casi 40 años, le arqueaba los huesos, sería como entrar en un concurso de patear traseros, pero con un solo pie. Santiago venía a México desde Reynosa por un posgrado que estudiaba en el IPADE y porque odiaba estar todo tiempo en el gabacho.

—¿Qué riesgo hay de que algo salga mal? —preguntó Valles temeroso.

—El pedo es armar bien las carpetas. Si esas madres están bien hechas no hay bronca. El cabrón que estuvo aquí antes que yo salió bien forrado y se acaba de ir a la Judicatura Federal; su segundo de abordo se fue a la Función Pública, así que no tenemos pedo. Si la armamos bien, esto es sólo el principio —comentó Lascurain como Jesucristo hablando a sus apóstoles mientras cortaba el pan.

Terminaron su comida y los tragos siguieron llegando. Lascurain comentó que tenía aspiraciones de llegar a ocupar una secretaría como titular. Si eso no funcionaba, se regresaría a Veracruz; allá también había posibilidades de agarrar un buen hueso. Con su nuevo cargo, se había traído "a colaborar" a la CNDH al hijo del expresidente municipal de Xalapa —y futuro candidato a la gubernatura— y también había jalado para una gerencia a un sobrino del actual Secretario General del Gobierno

de Veracruz, por si las dudas. Cuando iba a Xalapa, se ocupaba en visitar a todos los actores políticos del momento y esas relaciones las mantenía con esmero.

—La compra de inmuebles es donde está la lana. Ahí vamos a gastar una partida especial de 460 millones. El jefe quiere igual el 30 porciento. Nomás que la bronca ahí es el Indevi —comentó Patricio y luego detalló cómo se debería de negociar con el vendedor de la propiedad la devolución de una buena parte del pago para realizar "renovaciones y mejoras" del inmueble y así obtener su ganancia.

Las relaciones políticas no era lo único que el nuevo Oficial Mayor mantenía con dedicación. Ocho meses atrás Fernando y Santiago coincidieron en la ciudad de Tijuana. Se juntaron para cenar y con unos tragos encima. Lascurain decidió invitar a Valles al Lugarcito. Así le llamaba a un antro ubicado en la calle primera que en la fachada decía un nombre asiático, un conocido putero de buena monta lleno de sinaloenses bien repuestas. En la noche agradable de Tijuana y bajo las letras neón de la fachada, los amigos se perdieron. Lascurain se movió por el lugar con autoridad y en poco tiempo estuvieron confinados en un privado con cuatro mujeres y tres botellas de Black Label. Después llegó más alcohol en plural. Luego trajeron una bandeja con coca. "Le manda el patrón", dijo el mesero y se retiró. Las mujeres, sabedoras de su oficio, encueraron a Lascurain y a Valles lo dejaron en calzones. Después, pusieron al político a cantar como Alejandro Fernández y Luis Miguel, y él se

entregó a beber, a la coca y al desenfreno, mientras que Santiago se entretuvo en el manoseo. Todo ese tiempo, Elpidio —el chofer asignado para llevar al funcionario por la ciudad de manera segura— esperaba afuera del privado.

Pasaron unas horas para que Valles repara en la ausencia de Lascurain y, preocupado por la situación y sus alcances, fue a buscarle para finalizar su aventura. Caminó bajo las luces púrpuras y verdes del estrecho pasillo en el que se hallaban los privados. Las puertas contiguas que habían en ambos lados gemían con vida propia y permanecían cerradas. Valles recordó que Patricio le había platicado, en alguna borrachera, que su ahora jefe había tenido un hijo con una teibolera en Tijuana y que los tenía viviendo en San Diego. Antes de llegar al final del pasillo, Valles observó una puerta que estaba entreabierta. Atraído por la curiosidad, la empujó y se asomó. Adentro encontró a Lascurain sentado en la penumbra con dos mujeres, una intentando mamarle el flácido miembro y otra levantándole la gelatinosa barriga, mientras él mismo se grababa con su celular y cantaba, afinadamente, "La incondicional".

La voz de Elpidio sorprendió a Valles por la espalda. El chofer, ecuánime, le dijo: "El señor dijo que cuando se quisiera ir no habría problema, él cubrirá la cuenta". Le deseó buenas noches y le dio instrucciones para llegar al hotel en taxi.

—En todos lados es igual, cabrón. A este país se lo está llevando la verga —sentenció Lascurain con la

voz rasposa y el resto de los comensales asintieron—. ¿Quién de ustedes se quiere montar en ella? Ahí están todos esos pendejos estudiosos que ahora no hacen más que lamerme los huevos. La neta es que con lana estás en el juego; sin lana eres jodido.

Desde la noche del Lugarcito, Valles había tenido una epifanía. Siempre había pensado que el problema con el país era que cada ciudadano jalaba para su propio lado y muchas veces en sentidos opuestos. Eso lo hacía un lugar desordenado y en consecuencia corrupto. Sin embargo, desde esa velada, la idea de que la desorganización daba lugar a la corrupción había dejado de habitar su mente. Tras ese encuentro, Valles no sabía dónde empieza uno y termina el otro —o si alguna vez dejan de ser el mismo—, como polos que desaparecen y se funden en lo que es y lo que debería ser. El sistema es como una víbora que sin saber, o peor aun sabiéndolo, se devora su propia cola. Todo parece coexistir en un caos armonioso, sintético y fatal.

—A ti te vale madres porque ya eres casi gringo. Entiende, cabrón, esto se está yendo a la chingada de todas formas —replicó Patricio y con la mirada reprochó a Valles su ingenuidad.

Después Santiago se enteraría que Fernando y Patricio repetían varias veces al año ese mismo ritual en el Lugarcito. Como amigos habían crecido juntos, peleado juntos a la salida de la escuela, nadado en grupo en la cascada de Texolo y asistido en grupo al cinema Pepe, incluso se repartieron a la Brittany. ¿Cómo podrían re-

sultar tan diferentes? Valles creció con la idea de que sus padres le habían inculcado: que el estudio y el trabajo duro le darían la oportunidad de forjar un mejor porvenir; el éxito en la vida consistía en ir a la escuela, estudiar y prepararse y el resto llegaría por añadidura, "siempre y cuando te mantengas alejado de las drogas". Para este juego, Valles —como tantos otros que creían en el mito de la movilidad social como en los Reyes Magos o el ratoncito de los dientes— había quedado lisiado por los valores clase medieros de su infancia y por los años de educación en ciencias duras que poco le habían sido útiles fuera de las aulas.

Afuera el aluvión continuaba el asedio. Desde la mesa donde estaban nuestros amigos, se podía ver el lobby del restaurante desbordado de visitantes distinguidos e impacientes. Patricio platicaba con voz rasposa que entre él y Lascurain habían establecido un programa de auditorías en la CNDH llamado "Cuentas Claras" y era una herramienta para brindarle mayor transparencia al manejo presupuestal; su meta era llevar ese programa a otras dependencia del gobierno eventualmente. Mientras, Valles recordaba lo que Patricio le había dicho la última vez que lo vio en Xalapa, antes de irse a radicar a la capital: "no importa cuánto chambee, las opciones son ser jodido o ser menos jodido. ¿Qué pendejo se quiere morir de hambre de manera honesta? En México, ser pendejo y jodido, es una discapacidad social sin cura ni CRIT que te atienda".

—Bueno ¿y qué ocupan que haga? —dijo Santiago y vació en su boca el tequila que definitivamente lo pondría pedo.

—Lo mejor es tener comercializadoras y distribuidoras. Necesitas unas trece razones sociales como mínimo. Pero también necesitas mínimo unas dos constructoras y una de bienes raíces, pero en este caso serían más —explicó Yetxe con una velocidad y una precisión que despabiló a todos en la mesa.

—¡Ah, cabrón!, ya me estabas haciendo dudar… Tú sí te las sabes de todas, todas —sentenció Lascurain y palmeó efusivamente la espalda de Yetxe.

Con la llegada de la noche, la lluvia paró. Por toda la capital, los bares y restaurantes mostraban la misma escena; grupos de ejecutivos, burócratas y empleados que salían a comer y continuaban su sobremesa hasta bien entrada la noche. Como todos los establecimientos de la avenida Insurgentes de la Ciudad de México, el Antiguo San Angel Inn continuaba rebosante de visitantes. Las mesas del lugar exhibían la vida ajetreada de un viernes de quincena en la Capital. La lluvia o el alcohol se habían llevado la tensión inicial que reinó en la mesa y eso permitió que nuestros amigos atendieran los detalles del plan a ejecutar. A medida que la conversación avanzó, Yetxe les explicó las actividades que harían para llevar a cabo la encomienda. También habló de cómo había empezado en esto y de cómo había aprendido el juego de mover dinero del erario público a las cuentas privadas en London City o Islas Mann. Decía que Suiza

e Islas Caimanes eran para principiantes y delincuentes y agregó que ahora pasaba la mitad del tiempo en su propiedad en Coronado, bajo un cálido sol californiano. La otra mitad visitaba senadores, diputados, gobernadores y secretarios. Para cuando Yetxe terminó, era claro que esto era sólo el principio de lo que presagiaba ser una lucrativa alianza. Y también, que esa sería la última vez que hablarían con Yetxe. Concluyó con un corolario que debería regir la actividad e interacción del grupo de aquí en adelante: *plausible deniability*. Aplicar el planteamiento práctico a través del cual funcionarios de alto rango impartían órdenes para operaciones militares furtivas, pero cuya existencia y fuente podían ser negadas si era necesario. Así una persona puede, de manera segura y creíble, negar el conocimiento de cualquier hecho particular que lo pueda comprometer, porque dicha persona es —deliberadamente— inconsciente de la verdad.

La cuenta llegó y Lascurain comentó que él pagaría los once mil pesos con sus viáticos.

En el exterior de lo que había sido la hacienda colonial de los Goicoechea en el siglo XVII, y bajo el templado clima del sur de la ciudad, los compañeros sellaron su alianza con un abrazo afectuoso mientras esperaban sus autos.

—Oye, güey, ¿y no es más práctico estar aquí, en la capital, para mantener el contacto permanente? —preguntó Patricio ebrio e inepto.

—Jajaja… no seas pendejo, Patricio, ¡uno no come donde caga! —contestó Yetxe y el humo del cigarro que

había encendido para calentarse en la fría noche, se fundió lento con el cielo gris de la ciudad. Cuando llegó su Mercedes CLS63, extendió su mano en señal de adiós y desapareció en el tráfico de la avenida Santa Catarina.

El vehículo que llevaría a Lascurain y Patricio de vuelta a sus oficinas en el predio central de la CNDH, justo en la lateral del Periférico Sur, tardó en llegar. La espera se prolongó lo suficiente para que un borracho, a pesar de haber dicho todos sus adioses, inevitablemente sucumbiera al dominio de la verdad. Así, efusivo y sincero, Lascurain se acercó a Valles y en un abrazo, como los de las primeras borracheras en la ciudad del Golfo, le dijo:

—Estás sentado en una mina de oro, pendejo. No seas tan güey pa no darte cuenta que… con todas las escuelas que tengas y los números y los negocios y lo que quieras, esto es México y aquí solo te haces rico del gobierno, güey.

Una Tahoe dorado con vidrios negros se detuvo con violencia frente a Valles y Patricio, este último vio a Lascurain vacilar, lo jaló y lo depositó al interior de la camioneta. La camioneta parecía el mismo vehículo que Patricio, tiempo atrás, le había dicho a Valles que habían tenido que blindar por razones de seguridad. Patricio acomodó a Fernando con cuidado y devoción en el asiento del copiloto y después de haberle levantado la panza, le amarró el cinturón de seguridad y se subió presuroso en la parte posterior. Antes de partir, levantó la mano en una tenue señal de despedida y el vehículo despegó hacia la avenida Desierto de los Leones.

A lo lejos, el vehículo desapareció velozmente detrás de la espesa y oscura cortina de la noche y las elevadas bardas de las mansiones de la colonia San Ángel.

La lluvia regresó y sacudió a Valles de su ensueño. Santiago saldría al día siguiente de regreso a Reynosa y, mientras, seguía siendo viernes de quincena en la capital. Como la Tahoe dorada que se empequeñecía a lo lejos, también el día para Valles languidecía lento a la distancia, pero entero aún en posibilidades. La víspera de un fin de semana normal que habría de ocuparlo con detalles de entregas, plazos y pagos, se avecinaba encima de él como la lluvia de esa velada. Se quedó pensando en las mesas de restaurante donde se discutía el destino de los presupuestos de todos los municipios, estados y secretarías. Pero aún en la capital, en un viernes de quincena, su atención se centraba en encontrar pronto un taxi que lo pudiera llevarlo a un Lugarcito de la ciudad.

Expendio de la fe

Y. V. Arballo

El hombre caminaba por la desierta y angosta calle, dibujada en la noche por la luz ambarina del alumbrado público; ráfagas intermitentes de viento arremolinaban polvo y basura en las esquinas. No era todavía media noche.

Caminaba titubeante, mirando indeciso las fachadas de las casas y las oscuras vidrieras de los pocos comercios que se alineaban a lo largo de la calle. Los perros callejeros merodeaban por las esquinas, hurgando entre los botes de basura. Aguijoneado por el frío, se arrebujó en su abrigo; sobre la ciudad empezaba a cernirse una bruma densa, perceptible en los halos de luz de las farolas.

"Debo estar loco", se dijo mientras sus ojos seguían escudriñando la oscuridad. Era absurda la existencia de tal establecimiento. De pronto, su vista tropezó con un letrero de neón encendido. El llamativo color violeta del anuncio contrastaba vivamente con el discreto comercio y con la tenue luz que emanaba de su escaparate, encortinado y vacío.

El hombre se acercó hasta la puerta de vidrio, la misma ostentaba un cartel que decía: “Abierto pase usted”. Vacilante, varias veces alargó el brazo para empujarla y otras tantas desistió dando pasos hacia atrás, obligándose a marcharse. Después de inspirar profundo, se armó de valor y entró.

La puerta se abrió silenciosa como si fuera automática y los pasos del hombre fueron amortiguados por una gruesa alfombra. El interior yacía en una semipenumbra placentera; producía un ambiente plácido, como si adentro el aire fuera más puro, más respirable. Afuera quedaron los pasos sigilosos y atemorizantes que lo seguían en la bruma, como si lo siguiera el miedo, una sombra agazapada.

El local lucía solitario. El hombre, aún indeciso, se acercó a un mostrador iluminado, en el que se exhibían frascos exóticos con pócimas de diferentes colores, colocados asimétricame. Al inclinarse sobre el mostrador, los entrepaños de espejo le devolvieron la imagen de su rostro inseguro.

Turbado, levantó la cabeza y se encontró con el dependiente, que envuelto en una túnica oscura, se volvía casi invisible. Parecía estar acostumbrado a las extrañas reacciones de la clientela: sus ojos eran bondadosos y sus movimientos serenos. Con indulgente sonrisa y voz afable saludó al visitante: “Buenas noches, caballero, ¿en qué podemos servirle?”.

Viendo hacia uno y otro lado, estrujándose las manos, el hombre contestó el saludo sin añadir palabras.

Pensó que había cometido una equivocación. Seguramente la persona que le habló de aquel lugar le había tomado el pelo y el encargado se burlaría de él. En ese momento sus ojos se detuvieron en un pequeño anuncio. Estaba a espaldas del hombre y escrito con una extraña caligrafía que decía: "Aquí está su Fe".

En ese instante, se disiparon sus dudas y las palabras salieron como un torrente por sus labios.

—Mire usted, cuando yo era niño tenía mucha fe. Creía en mi mamá, en los ángeles y en Dios, al igual que en Santa Claus, los Reyes Magos, en los adultos y en el miedo... —el cliente hizo una ligera pausa y, como si dudara en nombrarlo, añadió— que me producía el diablo. Pero conforme fui creciendo, mi fe se fue apagando al tropezar con tanta simulación.

—Quizá el señor desee estar más cómodo —dijo el encargado como si no hubiera puesto atención al mensaje anterior de su visitante— conduciéndolo a través de unas cortinas al interior del local.

Entraron a lo que parecía una enorme tienda turca. Sus paredes de brocado ondulaban y se escuchaba el tenue ulular del viento en la lejanía. Daba la impresión de encontrarse en medio del desierto. A través de la delgada tela del techo, se percibía la luna llena, esplendorosa, en un cielo poblado de estrellas. El piso se encontraba cubierto de alfombras, cojines, algunos divanes y mesas de té. Una fuente de frutas y una jarra rodeada por copas de plata, labradas por un pulso minucioso y decoradas con gemas, reposaban es una

mesa alargada. ¡Qué diferente al mundo gris y violento de donde provenía el cliente!

Antes de entrar, el encargado le sugirió descalzarse. El hombre se despojó del abrigo, el sombrero y los zapatos como si se despojara del mundo. Vistió una túnica que le ofrecieron y se abandonó pronto a la placentera acogida de un diván, al tiempo que su anfitrión se reclinaba entre los mullidos cojines.

—Veo que el caballero duda, por lo tanto, le daré una breve explicación. El Expendio de la Fe no es una locura, es sencillamente lo que parece: un expendio. Somos depositarios de todo tipo de fe. Desde las diminutas, como serían: la fe en los sorteos, en las patas de conejo o el ajo macho; la fe en que pasará el autobús a tiempo, que encontrará un taxi vacío o un estacionamiento disponible en el centro. Hasta las grandes fes: la fe en un ser supremo, en el amor, en la vida, la muerte, o en sí mismo. Pasando, por supuesto, por todas las fes medianas, como serían: en los santos, muy popular, por cierto; en los espíritus; las religiones; los líderes; el poder y el dinero. Como puede usted apreciar por mis palabras, esto es sólo un negocio; lo garantizan todos nuestros clientes satisfechos. Estoy seguro que uno de ellos le recomendó nuestros servicios. Pues es la única manera de llegar a nosotros. Naturalmente, algunos pasan de largo sin siquiera advertir el local. Ha sido usted muy afortunado en encontrarnos.

Cuando el interlocutor concluyó su inusitado discurso, el hombre comprendió que aquello no era una jugarreta de su imaginación, sino un exótico comercio.

Se sintió un poco menos inseguro. Pero, visiblemente nervioso, preguntó irónico:

—¿Tienen catálogo? Es que yo no sé lo que quiero y me gustaría darle un vistazo a la calidad de la mercancía.

El encargado sonrió. De entre los pliegues de su túnica surgieron sus manos blancas y, desplegándolas como alas de paloma, dio dos palmadas. En el acto apareció una mujer envuelta en velos multicolores, abrazaba un vetusto legajo. Lo depositó entre las manos del cliente y ella se fundió con el paisaje, esperando la próxima orden.

El hombre recorrió el índice, leyó la breve introducción y fue hojeando el catálogo con lentitud, repasando calidad, cantidad y precio. Al final, se encontraba la sección de garantías y testimonios escritos y fotográficos de clientes satisfechos, desde tiempos inmemoriables, hasta ayer. Arrobado, entornó los ojos. Y antes de decidir, reflexionó en las posibilidades.

—Quizá lo que el caballero busca es una fe diminuta —lo interrumpió el encargado para ganar su atención—. De ésas que no implican grandes responsabilidades, ya que siempre se puede culpar a un objeto, o a otra persona, cuando las cosas salen mal, como en el futbol.

—No —respondió tajante el cliente.

—Podría ser entonces una fe mediana. Una de las más vendidas hoy en día: es la fe en el dinero.

—Deseo algo grande, que permanezca conmigo durante la vida y quizá más allá de la muerte —añadió más claro el visitante.

—Tal vez la fe en Dios —sugirió el encargado con delicadeza.

—No, no me gusta ese término, está demasiado devaluado, tanto como el dinero. ¡Ya lo tengo! —exclamó mientras señalaba con el dedo en el catálogo.

Después de permanecer unos minutos en silencio y mirar a su alrededor como si quisiera memorizar el espacio, el cliente eligió un elixir ligeramente rosado y burbujeante, a semejanza del vino blanco de uva zinfandel. La mujer, cobrando vida de entre el decorado, tomó la jarra de plata y vertió un poco de líquido en una copa adornada de esmeraldas; ella, ondulante entre sus velos, se acercó al hombre, hizo una reverencia respetuosa, se arrodilló frente a él y, elevando la copa entre sus manos, se la ofreció. El cliente, complacido, apuró hasta el último trago. Desde entonces no volvió a dudar nunca de sí mismo y desapareció la sombra agazapada que lo seguía desde niño.

Mi hermano Paco

Flor Cervantes

Me metieron aquí porque dicen que soy violenta, aunque les trato de explicar que fue en defensa propia. Me estaba probando el uniforme para el concurso de escoltas, cuando el tío Lencho entró dando gritos. Venía muy borracho y se molestó porque Paco y yo nos habíamos comido unos bistecs, son nuestros favoritos después de salir de la escuela. ¿Cuántas veces te he dicho que no le des carne a este méndigo?, que trague tortillas, la carne está muy cara y es para los que vivimos aquí. Él también vive aquí, tiene derechos, le respondí y mis palabras no sirvieron de nada. La gente que entra y sale me pregunta muchas cosas, pero no me creen. Yo les digo que no importa que me encierren, ni que me lleven a donde enderezan a los niños. Sólo busquen a Paco, es mi hermano.

Paco llegó al otro día de la partida de mamá, como si hubiera adivinado que necesitaba un amigo, un hermano para no sentirme tan sola; alguien con quien hacer travesuras y pasar el rato en lo que encontraban a mi papá en el otro lado. Quise acompañar a mamá cuando

se fue, pero me dijo que era muy peligroso cruzar porque estoy chiquita. Ya ven cómo son los adultos, no se ponen de acuerdo. Mientras que ella me decía Mi niña; el tío Lencho me agarraba del brazo a escondidas y me repetía, Cuál niña, cuál muñeca, si estás bien prieta y grandulona; y me obligaba a darle besos en la boca.

Yo nomás me hago mensa, eso se lo aprendí a mi amiga Tita antes de que se fuera con sus abuelitos para el norte. Aparte de saltar la cuerda, jugábamos a las estatuas, nos quedábamos mirando fijamente como petrificadas y la primera que se moviera o se le cayera la baba, perdía. También nos escondíamos de los grandes entre los árboles del río, porque nos pegaban en la cabeza para que se nos quitara lo taradas. Les digo que nomás se hacen viejos y no entienden nuestros juegos. Cuando me quedé sin mamá y sin amiga, el méndigo, así le dicen todos al Paco, pasó a ser mi hermano menor. Es moreno como yo y también le gusta jugar a las estatuas, pero él siempre pierde.

A la semana de amigos, ya hacía sus tres comidas en la casa y dormíamos abrazados en mi cama. Desde que mamá se fue, el colchón se había hecho muy grande. Cuando Paco llegó, quise dejarle la mitad pegada a la pared. Es más chico que yo, siempre pensé que tenía seis años, pero a veces se comporta como un señor cuarentón, sobre todo en las fiestas del pueblo. Nos gusta ir a ver cómo empiezan los grandes con su bailecito, cervecita, baile, cerveza y pelea, y Paco suele meterse entre ellos como si buscara pareja. Esas noches mejor ni lo

espero, tampoco al otro día, hasta que lo encuentro muy contento acompañando a los amanecidos en el jardín, mientras se toman su cerveza. No vayan a creer que él también toma. Ya les conté que está muy niño. Alguna vez el tío Lencho lo obligó a tomar vino, le dijo Chínguele, méndigo, nomás es coquita. Paco no es tonto, por eso les digo que lo busquen. Salió corriendo y al estar a mi lado, yo nada más lo abracé y le dije Ándele, ándele, ya le dije que no se junte con los viejos esos, pero ahí quiere andar de fisgón, esperando que le den su taco de carnitas.

A veces comemos del mismo plato y del mismo vaso; sabemos nuestros secretos, él los míos, yo los de él no tanto. Paco es muy reservado, sabe expresarse de bulto: si se mueve mucho, está contento; cabeza agachada, está triste; cuando pela el diente, mejor ni acercársele, es por hambre o por coraje. No es muy gruñón, sólo gruñe cuando el tío Lencho se me acerca de más y me obliga a darle besos en la boca. Para que no lo saquen de la casa a patadas, tengo que hacer como que lo agarro y lo regaño. Paco sabe el asco que me dan los bigotes del hermano de mi papá, de lo otro no he querido contarle, porque se me hace un nudo en la panza. Pero Paco me entiende y corre a la bicicleta para que salgamos a jugar. Nos gusta recorrer el pueblo desde la presa hasta el cementerio, de la iglesia al crucero y la gente nos dice de todo, mientras pasamos frente a sus casas. Morenita, baje al méndigo de la bicicleta. No don Chuy, le respondo, necesita raite, corriendo no llega o se queda de

bobo en la carnicería. Mijita, le voy a decir a tu tío que andas muy lejos de la casa. Sí, doña Estela, si lo ve me lo saluda y lo entretiene en lo que regreso. Ora verás, diantre de huérfana; la señora saca la cubeta con agua y hace como que nos la avienta. Paco le pela el diente, yo pedaleo más rápido, mi hermano se trepa entre el asiento y los cuernos, y nos acomodamos sin problemas.

En mi último mes del colegio fui elegida como abanderada de la escolta. El tío me dijo que mamá se puso recontenta cuando le avisó y que prometió decirle a mi papá en cuanto lo encontrara. Cuando llame, me echa un grito tío, le pedí, le juro que voy a estar atenta. Ese mes nos aburrimos mucho Paco y yo, porque el rol de la bici nomás era de esquina a esquina cerca de la tienda. Aunque mi hermano echaba ojos al río para cambiarnos de lugar, no le hacía caso. Cada que sonaba el teléfono de la tienda, nos encarrerábamos a preguntar ¿Es para mí? No, respondía muy amable doña Julia. Y eso pasó muchas veces, hasta que nos prohibió la entrada, porque pisamos caca de vaca y dejamos nuestras huellas desde la banca hasta los refrigeradores. Doña Julia nos corrió a gritos porque estuvieron buen rato limpiando para quitar el apeste.

No entendíamos por qué mamá no había hablado para felicitarme por mis logros en el colegio, me consolaba saber que quizá se acordaba de mí, como yo me acordaba de ella y estaba segura que encontraría a mi papá y regresarían por mí. Esos días mi hermano y yo dejamos de ver televisión, tuve que explicarle que no

estábamos castigados y que no había hecho nada malo. Era nada más para enfocarnos en la tarea y los ensayos, pues la maestra Conchita fue clara cuando me pidió ser la abanderada, me dijo que es el máximo honor al que una niña de mi edad puede aspirar, sólo los alumnos más aplicados son elegidos, hay que hacer sacrificios, levantarse más temprano, ensayar a todas horas hasta soñar con la rutina para poder traer el trofeo de primer lugar.

En el patio de la casa, Paco se reía de mí al principio mientras ensayaba. Le parecía tonto que le hubiera amarrado una toalla al palo de escoba y me esforzara toda la tarde en no bajar el codo, caminar derechita y bien seria. Cuando se aburría, me correteaba para quitarme la bandera hechiza, para mí era como pelear contra los gringos que querían entrar al Castillo de Chapultepec. No nos van a ganar, vamos a luchar hasta la muerte. Ahí era el momento dramático a la Juan Escutia, ya enrollada en la toalla brincaba desde la escalera del cuarto de arriba al patio junto a la cocina. En el piso me hacía la muerta y Paco corría a besarme los ojos, como rogándome que no muriera. Ya, no sea chillón, si estamos jugando, lo calmaba.

Desde la noticia del concurso de escoltas, el entrenador nos hacía llegar a las 6 de la mañana. Yo vivo más lejos y tengo que levantarme a las 4:45. Ensayamos hasta las 7:45. Por la tarde, luego de clases, dedicamos una hora más. Por eso mamá, en reconocimiento a mi esfuerzo, como dicen en las efemérides de la asamblea

de los lunes, me mandó una lonchera nueva con un termo de perritos. Mira mi muñequita, decía el recado con una letra que no se parecía a la de mi mamá, para que pongas tu lonche todos los días y le hagas caso a tu tío. Luego de estrenarla, tiré a la basura la bolsa de plástico en la que ponía mi torta y escondía por vergüenza. Al día siguiente llegué con mi regalo en mano, fingí tener mucha sed para presumir mi termo y todos lo vieran en el repaso matutino. Cuando entramos a clases hice lo mismo. Ya para las 11 se me había acabado el agua de limón que llevaba, así que por ahí de las 12 nomás fingía que bebía. Óscar era nuevo en la escuela, se la pasaba viendo calzones, jalando trenzas y ponía apodos; por su culpa me empezaron a decir prieta y a echar pleito en el recreo. Ese día no fue distinto:

—Prieta, ¿andas estrenando? Mírala, con razón ni habla, ya nomás eso nos faltaba, tanto que presume por ser la abanderada y ahora también con su loncherilla pedorra y su vasito de perritos.

—Prieta tu cola y no te la ves —le respondí sin intención de pelear.

Los de su bola empezaron con su uuuh, ¿te vas a dejar?

—Mírala, amaneciste brava —me dijo con los cachetes colorados del coraje.

—No, tú empezaste, yo no me meto contigo.

—Pues tu sola presencia me molesta.

—Mira, ¿ves esos cerros? —intenté defenderme.

—¿Qué?, esos cerros ¿qué?

—Allá te puedes perder.

Uuuh, volvieron a gritar más fuerte y con más eco los niños del salón y los de quinto y sexto que se habían acercado al chisme.

Óscar le pensó durante mucho tiempo hasta que se le salió lo culichi:

—Oye, prieta, ¿ya encontraron a tu mamá?

—¿Cómo que si ya la encontraron?, si no está perdida, ella me mandó la lonchera.

—Por ahí me dijeron que la vieron en el río nadando… pero de muertito.

Esta vez se burlaron también las niñas.

Se me hizo un nudo en la panza y me fui corriendo a la casa para que no me vieran llorar. Le chiflé a Paco. Él se la pasaba siempre de vago muy cerca de mi escuela. Antes de mi tercer silbido, apareció, me abrazó y luego me dio un beso dejándome la cara babeada. Los dos agachamos la cabeza, no dijimos nada, subimos a la bici y abandonamos la cuadra para ir al río.

Al siguiente día me mandaron llamar de la dirección. Salí del salón con miedo, pensé que me expulsarían de la escolta por pelearme con Óscar. Pero no, la directora, la madre más viejita y buena de todas, me felicitó por mis buenas calificaciones y mi desempeño como abanderada. Se paró y sacó un uniforme nuevo de uno de los cajones de su escritorio. Me explicó que era el que usaríamos en el concurso y que debía cuidarlo. Luego crucé lentamente el patio antes de regresar a clases y pensé si tenía gel para el cabello todavía, si tenía boleador para

los zapatos y si había jabón Zote para lavar mis medias. En el concurso haría todo para salir bien en las fotos, porque seguro irían los del periódico y mi mamá me vería desde donde anduviera, ¿qué tal que hasta salimos en el Canal 2? Entré al salón y la sonrisa se me atoró porque Óscar me veía como si le debiera algo.

Me salvó la madre Hilaria cuando gritó Abanderada, estoy buscando a la abanderada, la requieren en la cancha para ensayar la escolta. Dejé mis cosas en mi mesabanco y salí corriendo del salón. Esa mañana el sol pegaba duro, el cemento estaba tan caliente que las suelas de los zapatos se pusieron blanditas, hasta a mí que soy morena se me notaban los cachetes colorados. Cuando el entrenador nos pidió sentarnos en las bancas, Ramoncito gritó ¡Ay, ya me quemé las pompis! Todos nos reímos, hasta el maestro, quien nos dijo que por hoy era suficiente, que regresáramos a clases y comiéramos muy bien. Fue un alivio, porque ya todos teníamos sed.

Para cuando volví al salón, ya había pasado el recreo. Saqué el termo, bebí un trago sin detenerme y luego otro. Mis compañeros, que no dejaban de verme, se burlaron. Me acomodé el cabello, me revisé la falda por si me había manchado, miré la ventana para ver si encontraba la razón de las risas, pero nada. Me senté rápido y tomé de jalón el agua que quedaba. En ese momento explotó la carcajada. Era demasiado tarde, el agua de limón que yo misma me había hecho muy temprano esa mañana sabía rara. A la hora de la salida Carmelita, que

no se juntaba con nadie y a veces me pedía la tarea, me confesó que Óscar se había hecho pipí en mi vaso y de nuevo me aguanté las ganas de llorar.

Afuera mi hermano ya me esperaba, quise contarle, pero lo pensé varias veces y decidí que no. Siempre se enojaba si alguien se metía conmigo. Podía lanzársele a mordidas a Óscar y a nosotros nos echarían la policía. Aún tenía ganas de llorar, pero se me hizo feo arruinarle la tarde a Paco porque se veía todo contento. Me acordé lo feliz que se pone cuando comemos carne y pensé que a mí también me pondría feliz si pasábamos a la carnicería y me olvidaba de la escuela. Al fin y al cabo era la abanderada, tenía uniforme nuevo, me llevarían al concurso y mi hermano estaba de mi lado.

Mientras cocinábamos los bistecs en la casa, con el puro olor se nos hacía agua la boca. Comimos y se me antojó ver cómo me quedaba el uniforme. Me encerré en el cuarto, tapamos las ventanas y atrancamos la puerta para asegurarnos que mi tío no pudiera espiarme cuando me cambiaba. Pero en eso llegó oliendo a vino más que de costumbre.

—Hágase a la chingada, méndigo —sacó a Paco de un patadón y cerró la puerta.

Mi hermano nomás asomaba la cabeza entre los barrotes. Yo le traté de decir con la mirada que ahorita lo metía, que no se enojara; mientras el Lencho echaba madres, que si la comida, que si éste no vive aquí, que salúdeme, prieta. Luego me jaló y ahí fue cuando le dije:

—No, dígame dónde está mi mamá.

—Ah, cómo chingas, ya te dije que anda buscando a tu papá, mejor ven pa'cá y salúdeme como le enseñé —me agarró de nuevo del brazo para acercarme.

—Que no, dígame dónde está; si está viva, ¿por qué no llama a la tienda de doña Julia? —intenté aventarlo.

—¿Y el regalo que te mandó? —Lencho me acercó más a él.

—No decía nada el papelito que venía, además no era su letra. Ya déjeme.

—Ah, de veras tú como chingas.

Me besó a la fuerza, Paco le gruñó desde afuera.

—Que me suelte, le digo, yo nomás quiero saber dónde está mamá.

—Estáte, prieta o te va a ir pior.

—Suélteme, tío, por favor suélteme.

Siguió jaloneándome. Cedí porque no quería que me rompiera el uniforme. Me mordió el labio y me dijo que era igual a mi mamá, pero que en el fondo sabía que me gustaba, que no me hiciera. Paco gruñó como si quisiera avisarle a los vecinos, pero ellos ni se asomaban, luchó por meterse entre los fierros de la puerta. Entró disparado a donde yo peleaba con mi tío, enseñó el colmillo más que cuando traía hambre, los ojos se le llenaron de un fuego negro y los pelos se le crisparon. Se lanzó bravo a la pompa de Lencho, lo agarró con los dientes, y aproveché para zafarme.

—Pinche perro, suéltame —intentó quitárselo de una patada.

—No le pegue a mi hermano —le grité.

Y me le lancé al cuello también a mordidas, pensando hazlo como te enseñó el Paco, no lo sueltes. De pronto ya estábamos en las escaleras. Mi tío jalándome para tirarme al piso y dando patadas para desprenderse los colmillos de mi hermano. No pensábamos soltarlo, para que se le quitara lo grosero y borracho.

—¿Dónde está mi mamá? —seguí gritándole cuando lo dejaba de morder—. Si no me dice, lo mordemos más fuerte.

—Suéltame, dile a tu pinche méndigo que deje de morderme.

Paco entendía muy bien que debíamos sacarle la verdad al viejo borracho. Y pudimos haberlo hecho, pero una botella vacía de vino provocó que mi tío se tropezara, yo saliera volando contra la pared y Paco rodara por las escaleras.

Lencho se sacó el cinto.

—Ahora sí, van a ver, cabrones —se nos dejó ir como la vez que golpeó a mamá porque no quiso subirse al cuarto con él.

—Corre, Paco, yo te alcanzo —le grité porque sabía que de esa no nos íbamos a salvar.

Paco salió primero y yo atrás de él. Parecía que la cuadra había salido a echarnos porras: nos gritaban cosas pero no entendíamos nada; nomás alcancé a escuchar a Lencho decir Agárrenla está loca, como su madre y trae cuchillo. Yo no traía nada más que mi coraje. Corrí para alcanzar a mi hermano. A unas cinco cuadras Doña Estela se me puso enfrente, me jaló de las trenzas y me

dijo Párate, huérfana, hágale caso a su tío. Llegó la policía, me esposaron enfrente de los vecinos, me aventaron a la patrulla y me trajeron a la cárcel.

Aquí un señor me dijo que me encerraron por violenta, que me van a llevar a otro pueblo donde hay niños que se portan mal y donde me van a enseñar a respetar a mis mayores. No me importa, ya sé que mis palabras no sirven de nada. Sólo llévenme, no quiero vivir con mi tío Lencho, ni tampoco estar esperando ya la llamada de mi mamá, pero encuentren a Paco, no me digan que no existe ningún niño que se parezca a mi hermano.

Los autores

Rogelio García creció en Tijuana en la década de los 90, encantado por el auge de las tecnologías emergentes que mezclaron arte y ciencia en medios interactivos, ellas lo inspiraron a ser ingeniero de profesión y artista de corazón. Con esta faceta logró hacer una carrera en la industria de videojuegos y, gracias a su desempeño tuvo la oportunidad de viajar por el mundo. Desde muy chico siempre le ha gustado imaginar y contar historias. Su cuento "Ojos arrepentidos, ojos perdonados" obtuvo el primer lugar del Concurso de Cuento Jesús Francisco Cabrera Tapia.

Mack Robles. Tijuana, Baja California, 1995. Estudia la carrera de Ingeniería en Diseño Gráfico Digital en el Cetys campus Tijuana. En 2003 publicó un libro de poesía del que prefiere olvidar el nombre. Ganadora por Baja California del XII Concurso de Cuento "La juventud y la mar", y becaria desde 2010 del programa Talentos Artísticos de Baja California en la disciplina de artes plásticas. Pasa las horas leyendo, dibujando, escribiendo, y viendo series de televisión.

Mariana Bolaños nacida en la Ciudad de México en octubre de 1996. A muy temprana edad se mudó a Tijuana donde se enamoró de la literatura y decidió que quería ser escritora. Comenzó la licenciatura de Derecho en Cetys Universidad, pero por azares del destino actualmente reside en Santiago de Querétaro. Asistió al Seminario de Creación Literaria donde ha escrito (a mano, porque sólo así fluyen las ideas) y pulido sus cuentos. En esa misma institución educativa fue finalista del Concurso de Cuento Jesús Francisco Cabrera Tapia en 2016.

Jesús Daniel Lerma. Nací el 20 de enero de 1994 en la ciudad de Ensenada, Baja California. A los 19 años decidí ingresar a la carrera de Mercadotecnia en Cetys Universidad, desde ese momento mi creatividad tuvo un impulso que jamás imaginé. En la actualidad estoy a meses de concluir el capítulo de mi vida llamado "Vida Universitaria". ¿Qué me depara el futuro? No lo sé, pero estoy preparado para afrontar cualquier reto que pueda venir. Mi cuento "Mike la tortuga" fue finalista del Concurso de Cuento Jesús Francisco Cabrera Tapia

Víctor Bocanegra. Nací el 25 de octubre de 1994 en la Ciudad de México. A corta edad me mudé a Baja California, lugar que añoro con el alma, donde crecí. Estudié Ingeniería Mecánica en Cetys Universidad. Actualmente curso la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Escribo una novela donde recupero los días de infancia que viví en la que yo llamo Ciudad del polvo, Tijuana.

Carolina Herrera nació el 21 de febrero del año 2000, en la ciudad de Puebla, México. Cursó su educación primaria y secundaria en el periodo de 2005 a 2015, donde desarrolló una afinidad a la lectura y, por consiguiente, un interés por redactar. A los 15 años ingresó al Cetys campus Ensenada y actualmente se encuentra estudiando cuarto semestre de preparatoria en el programa bilingüe, donde ha destacado por su afición a las ciencias y a la literatura. Su cuento "Zen kleinkinder" fue finalista del Concurso de Cuento Francisco Cabrera Tapia.

Adriana Morga nació en dónde empieza la patria, Tijuana, en el año de 1999. Desde chica ha tenido interés por el arte en distintos ámbitos, pero aún más en la narrativa, también ha tenido la aspiración de ganar premios, ser reconocida y tener una alberca propia para invitar a sus amigos en las tardes calientes del verano. Estudia la preparatoria y sus libros favoritos, que siempre lee entre clases, son: *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen; *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón; y *La historia del amor*, de Nicole Krauss. Si quieres contactarla, puedes hacerlo en @adrianamorga, o en su correo electrónico: adrianamorgao@gmail.com.

Cinthya Meza nació en Ensenada en 1980, pero en su búsqueda por llegar a la Luna se mudó a Tijuana, pues le llegó el rumor de que en esta ciudad había aviones especiales que hacían esos viajes nocturnos. Desde pequeña soñaba con ser Sherezada y dominar el arte de contar historias para salvar

al mundo. Ahora, gracias a un oráculo barbón y a una sibila muy atinada, ha logrado compartir una de las historias que tanto deseaba contar.

Jorge Martínez Durazo nació en Pachuca, Hidalgo, en 1978. Hizo su debut *amateur* en las canchas de tierra del Aguaje de la Tuna. Pronto despuntó como uno de los cinco mejores jugadores de la unidad habitacional del 5to Batallón de Infantería. Tras su intento fallido de ingresar a las reservas del Club América, incursionó en los estudios preparatorianos, el beisbol, el box, el futbol americano y, a veces, el tenis. De pronto se graduó de la licenciatura en Cetys Universidad, campus Tijuana, donde obtuvo el Premio al Campeón sin Corona del Futbol de Mesa. La vida lo llevó, después, a realizar estudios de posgrado en el ITAM y en Tulane University, en ambas fue descartado de los equipos de futbol por viejo y cochino. En la actualidad ha sido coronado campeón en tres ocasiones en la liga Interposgraduado de Futbol de Fantasía. De los que se saben, tiene tres hijos y una esposa.

Flor Cervantes nació en Zacatecas en 1983. Reside en Tijuana desde 1995. Estudió la licenciatura en Comunicación en la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Cuenta con más de diez años de experiencia en comunicación y relaciones públicas en el sector público y privado. Desde el año 2011 es consultora independiente, agente literaria, gestora cultural y maestra invitada para impartir las materias de Publicidad & RR.PP. y Comunicación Oral y Escrita en universidades privadas. Es integrante de la Compañía de teatro del Sótano desde 2002 y ha participado en más de diez puestas en escena.

También forma parte del grupo Ciudadano Harto, que busca reeducar cívicamente a la ciudadanía. Ha sido intérprete simultánea inglés-español, actriz de voz (doblaje), conductora de televisión y seleccionada por Baja California para competir en las pruebas regionales de 800m, 1500m y 3000m, 5000m planos en el 2000. También ha estudiado actuación en TVI Actor's Studio (L.A.). Su tiempo libre lo destina a correr, el senderismo y escribe en su blog florog.blogspot.com y en Twitter como @florcervantes.

Y. V. Arballo es una mujer que nació en el siglo pasado. Tiene estudios superiores, pero no le importan los grados sino el conocimiento. Es poeta y narradora, buena para las relaciones públicas y la planeación creativa. Es una pensadora y hacedora de proyectos propios y ajenos. Hace 17 años se inició en la docencia universitaria en Cetys Universidad, campus Tijuana. Durante ese tiempo ha desempeñado los cargos como directora y coordinadora de departamentos. Algún día también fue la titular del Taller de Creación Literaria de Poesía de la misma institución. Desde entonces soñó con publicar los trabajos de sus alumnos en un libro similar al que hoy tenemos en las manos.

Antologador

Joel Flores tiene 32 años, pero se subió a una bicicleta a los 18 influido por la idea de llegar lejos. Aunque nació en Zacatecas, su viaje lo ha llevado a vivir en Ciudad de México, Córdoba, España y actualmente en Tijuana. Sus travesías han sido documentadas en los libros de cuento *El amor nos dio cocodrilos*,

que le abrió las puertas de la prestigiosa fundación para jóvenes artistas Antonio Gala; *Rojo semidesierto*, que obtuvo el premio internacional Sor Juana inés de la Cruz en 2012; y la novela *Nunca más su nombre*, que en 2014 ganó el premio nacional Juan Rulfo convocado por Bellas Artes, y que será publicada por Ediciones Era. En Tijuana, aparte de viajar en bicicleta diariamente, enseña en escuelas privadas cómo conducir y dominar este vehículo de dos ruedas a viajeros primerizos, nivel medio y experimentados. Atendiendo a sus periplos, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL) lo consideró en 2016 como uno de los veinte escritores jóvenes más representativos de América Latina, en su programa Ochenteros, como representante de México. Joel suele escribir periódicamente en su página de autor www.bunker84.com.

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

[NOTAS]

Cuaderno azul. Antología de cuento del Seminario de Creación Literaria del Cetys *Universidad* se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2017 en los talleres gráficos de Grupo Comersia, S. A., Insurgentes 1793-202, colonia Guadalupe Inn, C. P. 01020, Ciudad de México. Para su composición se utilizó el tipo Optima. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Programa Editorial del Cetys Universidad.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.

EDITORIAL CETYS